

N O S O T R O S

A PROPOSITO DEL LIBRO MAS SENSACIONAL DEL MOMENTO: "UPTON SINCLAIR PRESENTA A WILLIAM FOX"

I.—La lucha por una obra

HACE ya un par de años que deseaba escribir con algún detenimiento sobre Upton Sinclair. Especialmente después que el venerable jurado de Estocolmo resolvió otorgar el premio Nobel a su conterráneo Sinclair Lewis, no sé si por haber confundido su nombre con el de Upton Sinclair, o realmente por los tres libros muy buenos, pero no tanto, entre sus cinco o seis.

Esperaba conocer algo más de la vida y conseguir dos o tres obras que no he leído de este hombre y escritor extraordinario, gloria de su gran país, cuya plutocracia le combate, difama y empequeñece con merecida saña, y uno de los primeros de nuestra época.

Pero he aquí: tomo la pluma para hacer una nota sobre el formidable libro que acaba de publicar con el jactancioso título que no resulta jactancia: *Upton Sinclair presenta a William Fox*; y tenía tanto acumulado que no he podido impedir tomara forma algo parecido, aunque inferior, a lo que proyectaba.

Permiten valorar mejor este libro la obra anterior de Upton Sinclair y el hombre en sí mismo, tanto más que es, por desgracia, muy poco conocido entre nosotros.

No es culpa del público argentino en particular, ni del hispanoparlante en general. Si las obras capitales de Upton Sin-

clair —doce grandes volúmenes— fueran puestas a su alcance, y dadas a conocer por la gran prensa, no tardarían en agotarse en muchos miles de ejemplares. Sólo hace pocos años se hizo cargo una editorial catalana de la traducción al castellano de sus obras. Pero a tal paso de tortuga, y a tan alto precio, que nunca me he encontrado con un ejemplar de ellas en las librerías que más sistemáticamente favorecen al libro editado en España a expensas del editado en la Argentina.

Tampoco es más fácil encontrar un libro cualquiera de Upton Sinclair, en su idioma original, en nuestras librerías inglesas.

¡Qué caudal de nociones e ideas fecundas, de emociones nobles, de sano *humour*, y, en muchas ocasiones, de altísimo arte literario queda así cerrado a los lectores en idioma español!

Es el resultado indirecto de una conspiración en toda forma, de prensa y de casas editoriales, organizada en su país de origen, a raíz de los libros *Los cambistas de moneda* y *La ficha de bronce*.

Upton Sinclair ha tenido que convertirse en su propio editor en el país de las más grandes editoriales del mundo, que llegan a vender millones de ejemplares de libros muy inferiores y menos atractivos para el gran público, y saben que podrían vender muchos más de las mejores obras de Upton Sinclair. Ha tenido también que organizar su propia propaganda, porque la gran prensa, las revistas de mayor circulación y los críticos más difundidos han decretado que Upton Sinclair no existe para el público. Entre las muy contadas excepciones de críticos estadounidenses que han continuado fieles a su misión y hecho honor a las obras de Upton Sinclair, a pesar de disentir de sus ideas, figura el más eminente de ellos, H. L. Mencken.

En *El dinero escribe* documenta Upton Sinclair, con numerosos casos personales de amigos suyos, los medios de que se vale el poder plutocrático estadounidense para captar a los escritores de talento, para domesticarles, como Jack London al final de su vida, Zane Grey y Sinclair Lewis, o acorralarles, sitiándoles por hambre si pretenden expresar totalmente su personalidad frente al problema social, hasta tener que optar entre renunciar a sí mismos como escritores o renunciar a escribir. El genial escritor Frank Norris es el caso más destacado, hundido

en la miseria y muerto de tuberculosis por haberse mantenido fiel a sus ideales de artista y de hombre.

Upton Sinclair ha podido salvarse porque ya tenía un nombre cuando "el dinero" se puso a escribir en Estados Unidos. Sus obras, que le producen pérdidas en su propio país por la limitada circulación de 5.000 a 10.000 ejemplares que en él alcanzan, se venden por centenares de miles en los demás países de habla inglesa (entre los 6 millones de Australia y Nueva Zelandia más que entre los 120 de Estados Unidos) y por millones de ejemplares traducidos a todos los idiomas... excepto en los países hispánicos.

Upton Sinclair es a la vez un gran escritor, especialmente novelista, y un gran propagandista. Lo uno y lo otro pueden ser incompatibles en ocasiones. Y así, hay novelas y relatos novelados de Upton Sinclair que, por llegar a ser en cierto modo "de tesis", sufren en su valor como novelas. Pero en otros libros, el conocimiento de los hechos estudiados, la pasión de sus ideas de socialista, su sensibilidad moral, cobran cuerpo en la creación artística, le dan un vigor extraordinario y la rodean de un nimbo de superior belleza.

Sigue siendo famosa *La Jungle*, obra de sus 25 años, trama apasionadamente novelada y a la vez minuciosamente documentada de las atrocidades que se cometían en los mataderos de Chicago, para aumentar por todos los medios el provecho, ya de suyo muy grande, que permitían obtener los grandes recursos técnicos y la explotación de trabajo humano míseramente pagado.

La Jungle hizo época; determinó procesos e investigaciones oficiales que confirmaron todo lo denunciado por Upton Sinclair. Una severa reglamentación transformó los métodos tan radicalmente que Georges Duhamel, al visitar hace poco los mataderos de Chicago, no ha tenido otra cosa de qué lamentarse —; y cuán agriamente!— que de los gritos de los cerdos degollados en serie, la matanza continua en gran escala, la mecanización y la rigurosa higiene de todo el proceso, en contraste con la idílica ternura de la matanza y descuartizamiento de cerdos y terneras, a uno por día y todo a mano, en la vieja carnicería provinciana de su aldea natal.

Al áspero cuadro del dolor y la explotación proletarios en *La Jungle* opuso luego en *La Metrópoli* la vida de suntuosas dilapidaciones de los "supremos cuatrocientos" y de sus aventuras financieras y eróticas. Libro más bien debil, porque menos sentido.

Escritor pródigo de sí mismo, que necesita expresarse en su integridad, con un candor inaudito, Upton Sinclair ha seguido produciendo tomo tras tomo, incansablemente, de una ecuanimidad admirable siempre, pero aun más si se conocen las estrecheces, lindantes a menudo con la miseria, que ha debido afrontar para sostenerse erguido en su afirmación.

A los golpes de la prensa reaccionaria y venal, que para desacreditarle no vaciló en explotar la desgracia de su primer matrimonio, se irguió para contestarlos, él sólo contra un mundo, con un mandoble gigantesco. Procesó, tan inexorablemente cuanto sereno, a dicha prensa, en la citada *Ficha de bronce*. (La ficha de bronce que en los prostíbulos estadounidenses era necesario comprar en el mostrador de la entrada, y daba derecho a elegir la que se quisiera). Pero no hubo proceso alguno. Los acusados habían intentado otro medio mientras sabían que estaba redactando su libro: creyendo poder destruir sus documentos le incendiaron su casa, el *Helicon Hall*, en el que había ensayado combinar para un grupo de familias de escritores y artistas las ventajas de la vida de hogar con las de la vida en común de los hoteles y casas de pensión, a precio de costo. Los documentos del libro estaban en lugar seguro. Pero Upton Sinclair quedó arruinado, y el *Helicon Hall* fué blanco de toda clase de calumnias, a pesar de los nombres casi todos ilustres de sus moradores.

II.—Algunas obras entre muchas

La ficha de bronce es por su factura y su inspiración una obra de arte, lo mismo que puede serlo un cuadro que pinte sugestivo el delito o la monstruosidad, y no un panfleto (o sea, libro de polémica y no libelo).

Salteo muchas de sus obras de valor desigual, para mencionar sólo las que más duradera impresión me han dejado.

La guerra mundial y sus proyecciones en la política interna de Estados Unidos le inspira una obra novelada en que, con *humour* cáustico, marcó a fuego el pretendido patriotismo de los "americanos al 100 %", exhibiéndolo tácitamente, con hechos documentados, como simple apetito de 100 %, y denunciando al mismo tiempo la delincuencia policial a su servicio.

También fué inspirado por la guerra *Jimmy Higgins*, obra desigual pero con páginas de extraordinario vigor. Es otro proceso al patriotismo guerrero al 100 % de dividendo, y de las intervenciones militares contra la Rusia revolucionaria en que se embarcó inconstitucionalmente el presidente Wilson, empresas de esa misma clase de patriotismo.

Ya quincuagenario, con veinte obras casi todas de alto valor, Upton Sinclair publica su libro para mí capital: la gran novela *Petróleo*. Por su estilo, por la vitalidad palpitante de todos los personajes, por el interés fascinador de la trama, por la animación de los cuadros, por su claridad y sugerencia, no vacilo en colocarla entre las diez mejores novelas que he leído, entre centenares escogidas de entre los autores más justamente famosos del mundo occidental, desde Balzac y Dickens hasta Stephan y Arnold Zweig y Leonhard Frank. Recuerda alternativamente las maneras de componer de los dos primeros, y tiene por su vastedad panorámica y la intensidad de la inspiración, que se mantiene deliberadamente latente, no poco de poema épico, con un final amargo de cáustica burla.

También *Petróleo*, como todos los libros de Upton Sinclair, es un documento social de los tiempos a que se refiere, y, aunque el arte de la trama lo deja traslucir apenas en una que otra página, es todo él un libro de propaganda socialista, propaganda de hecho, por los hechos que en él se estudian.

Es por eso un verdadero *tour de force* intelectual y artístico, sólo posible en un Upton Sinclair, por estar en su carne y en su sangre las ideas, al punto que no necesita exponerlas directamente. En la mente del novelista innato que es, tales ideas se encarnan como por sí mismas en hombres y en hechos que surgen, se entrelazan, se entrechocan y desarrollan con la espontaneidad de la vida real.

Una página de *Petróleo* describe, no sin delicadeza sexual,

pero con subentendidos que son una tremenda sátira social, una escena amorosa como sobreabundante, mucho más crudas, en novelas de autores franceses y alemanes. La puritana ciudad de Boston se sintió escandalizada. ¿Sus autoridades prohibieron la venta de *Oil!* ¿Por ser esa página una escena sexual? ¿Por no estar legalizada por el matrimonio? ¿Por la frivolidad carnal y la astucia con que la bella niña "de apellido" seduce al inexperto galán aparentando entregarse? ¿Por la prudente experiencia que confiesa? Me inclino a responder por la afirmativa a las dos últimas preguntas, y por la negativa a las primeras.

Además, era un magnífico pretexto para impedir la circulación del libro. Pues los libreros se negaron, con enternecedora unanimidad, a aceptar una edición con la pecadora página tachada por una hoja de parra... Lo que, sin duda, no impedía que vendieran ciertas obritas infinitamente más picantes.

Upton Sinclair, obligado a la propaganda personal, tuvo entonces un arranque de *humour* y sencillez muy suyos: el ilustre quincuagenario abandonó las modestas comodidades de su casa y jardín en California para vender en persona la edición con hoja de parra en las calles de Boston con el delantal de rigor. Y vendió muchos más ejemplares que los que hubieran vendido todas las librerías juntas.

Oil! ha sido en poco tiempo traducido a todos los idiomas, incluso el chino y el japonés; e incluso el castellano.

Además de una magnífica novela, *Oil!* es un acto de magnífico valor. También, como *La ficha de bronce*, contiene tales acusaciones que, de no estar plenamente documentadas, habrían llevado a la cárcel a Upton Sinclair. Hasta el presidente Harding es acusado de haber percibido una coima de 300.000 dólares. (Había fallecido súbitamente cuando Upton Sinclair preparaba su libro, pero quedaban sus amigos, y esa acusación sólo tenía el propósito de las otras: lanzar plena luz sobre un estado de cosas político y social). Pero quienes fueron a parar a la cárcel fueron los acusados por Upton Sinclair: un ministro y un influyente magnate del petróleo.

La guerra que a *Oil!* hicieron los círculos que mueven los títeres en Boston aclaró muchas cosas a Upton Sinclair, y su réplica fué otro gran libro: *Boston*. En él hace vivir en su in-

timidad a los magnates bancarios de la gran ciudad puritana y a los proletarios inmigrados que trabajan en su gran industria. Es, como *Oil!* una novela histórica de la actualidad a que se refiere: la terminación de la guerra, el asesinato legal de Sacco y Vanzetti, y las tramoyas de una camarilla bancaria de ilustre prosapia puritana para apoderarse de una serie de grandes fábricas de fieltro. Todo rigurosamente actual y documentado. El retorno de Versalles del presidente Wilson es asunto de las mejores páginas.

Tal boceto de *Boston* lo presenta como una ensalada de cosas heterogéneas, como una cinta de los hechos de la semana. Pero su trama es tan rigurosamente orgánica como la de cualquier obra de ficción bien construida, y a la vez como la de un estudio histórico-social.

El proceso de Sacco y Vanzetti es rigurosamente paralelo del que originó la conspiración de la pandilla de "financistas apresurados" para saquear a un industrial honesto y capaz, desacreditándolo al mismo tiempo, sólo porque la prosperidad a que había llegado despertó el apetito de sus banqueros. En ambos procesos el delito fundamental objeto de la acusación es el mismo: "conspiración criminal". La única diferencia es la siguiente: Sacco y Vanzetti son acusados sobre la única base de vagos testimonios que las incidencias del proceso revelan falsos en su mayoría... y son condenados a muerte. En cambio, los piratas bancarios de ilustres apellidos son acusados sobre la base de documentos concretos, plenamente probatorios, tanto que el fallo de primera instancia les obliga a desembuchar gran parte del botín, pero... ese mismo fallo que los condena de hecho reconociendo, por los documentos en que se basa, que incurrieron en el delito de "conspiración criminal", los absuelve de este delito. Y la Suprema Corte del Estado de Massachussets anula el fallo. Upton Sinclair demuestra que todos sus miembros eran amigos de club —cuando no estaban pecuniariamente interesados en alguno de los negocios— de los distinguidos banqueros.

Los humildes proletarios inmigrados Sacco y Vanzetti son condenados a muerte, sin pruebas suficientes, por el delito de "conspiración criminal" para un atentado que destruye el frente de una casa; los aristócratas bancarios son absueltos del cargo

de "conspiración criminal" por un atentado que arruina y destruye moralmente a un hombre y hace de él un inválido, lo que equivale a matarle, y son absueltos a pesar de pruebas documentales aplastantes, y a pesar de que esa "conspiración criminal" queda de manifiesto como un sistema.

Los dos procesos paralelos ponen así en plena luz la más cruda "justicia de clase". Sacco y Vanzetti tenían que ser sacrificados, para sembrar el terror entre la plebe inmigrada expoliada en las fábricas puritanas. La pandilla de banqueros tenía que ser salvada, para salvaguardar en ella el sistema económico-financiero imperante.

Después de *Boston*, Upton Sinclair, con la versatilidad de una mente incansable, publica *Mental Radio*. Interesante libro, que da mucho que pensar, en el que relata y documenta con numerosas ilustraciones una serie de experiencias de telepatía hechas con su segunda esposa como *medium* receptor. Ellas han consistido en el ensayo de percepción de dibujos guardados en sobres rigurosamente opacos y cerrados, que la *medium* intentaba reproducir. Se encuentran coincidencias y aproximaciones sorprendentes, que Upton Sinclair analiza críticamente, comparándola con los fracasos y las circunstancias de unos y otros.

En rápida sucesión da de sí Upton Sinclair, en los últimos cinco años, una serie de libros sobre los temas más variados, y en cada uno de los cuales ensaya un camino diferente: *Feriado Romano*, *Mountain City*, *La procesión húmeda*, *Atalaya americana*.

Mountain City, novela dedicada a la carrera de un joven arribista que llega temprano a hacerse magnate financiero, con una pintura del ambiente social de una ciudad-tipo de 100 a 200.000 habitantes en el centrooeste de Estados Unidos, es superior a *Metrópoli*. Interesante, rica en sugerencias, es también historia contemporánea norteamericana, pero inferior a *Oil!* y a *Boston*.

Feriado Romano es el ensayo de un paralelo en forma novelada entre la vida y el ambiente familiar y social de un joven magnate deportivo estadounidense y un joven patricio romano, tan ajustado que la intención social del autor no necesita expresarse en ningún alegato, y hasta no parece demasiado violenta la ficción de que ese paralelismo, expresado en los sueños del

yankee sumido en un grave *choc* cerebral por un accidente automovilístico, es un fenómeno de metempsícosis en un ambiente social análogo a través de casi dos mil años.

La procesión húmeda es una novela impresionante, una apasionada denuncia de la forma en que la prohibición de alcoholes era burlada en Nueva York, por la fuerza de la poderosa organización que desde los más bajos fondos llegaba a las cumbres de la finanza, la industria y la política. Libro conmovedor, de vigorosos trazos, a la vez que una gran novela es un gran documento social de una época y una metrópoli, y un alegato tácito contra el alcohol. Lo debilitan las páginas de alegato directo en favor del cumplimiento estricto de la prohibición, por su heterogeneidad. ¡Pero qué diferencia entre esos alegatos, que surgen de la acción, y las tiradas interminables, como discos metidos de viva fuerza en maniqués de cartón, por algunos que entre nosotros han llegado a creerse novelistas!

III.—El héroe se confiesa

Al leer *La procesión húmeda* recibí la impresión de que algunos capítulos eran demasiado coloridos y llenos de emoción oculta para no haber sido *vivid*os. En efecto: en *Atalaya americana* Upton Sinclair nos da la autobiografía de sus primeros treinta años con un candor, una espontaneidad y una animación que la hacen más fascinadora que la mejor novela, porque siempre la realidad es superior, a igualdad de interés de los hechos. Y allí confiesa al lector, venciendo a sí mismo con una nobleza manifiesta de propósito, cuál fué la tragedia de su infancia y su adolescencia: la creciente dipsomanía de su padre; los sufrimientos morales del mismo, tales al ver su derrumbe progresivo que pone término a su vida; la lucha heroica de su madre, abnegada mártir; su propio dolor, por ambos.

Esa autobiografía, de una transparencia que nos deja ver el alma del autor sin necesidad de que entre en toda clase de detalles, revela el carácter del hombre que se adivina en sus libros y cada vez que ha hablado de sí mismo.

Una y otra vez sale a la pluma la palabra "candor" al referirse a Upton Sinclair, en su vida y en sus obras. Es un

agua cristalina que corre en un lecho de roca. Cuando se levantan obstáculos y se forman remolinos, el caudal se enturbia, pero como no hay en él ni una partícula de barro, sino cantos rodados y arena, en cuanto la corriente puede aquietarse recupera su limpidez.

Es una vida extraordinaria. Apenas adolescente y escolar, se gana el pan con su pluma, y a ratos con abundancia, fabricando chistes en serie, hasta ascender a la fabricación de novelones de aventuras. Todo esto antes de los 20 años, y en cantidades enormes. Vida de labor intensísima, de alternativas dramáticas, de la miseria al bienestar, de la fe religiosa al socialismo, de la felicidad lírica al dolor trágico, de la gloria a la burla y la difamación organizadas en gran escala. En los primeros 30 años.

Hechos todos documentados públicamente, o verificables por numerosos testigos. No hay en ningún momento el menor asomo de jactancia ni de falsa modestia. Manifiestamente, ningún propósito de inspirar admiración o compasión según el caso. Un libro admirablemente impersonal sobre sí mismo. Sus hazañas como fabricante de chistes y de novelones espeluznantes son relatadas con un *humour* delicioso. Apenas insinuados los sacrificios en la misión que se impuso, de agitador socialista. Su proceso de divorcio, con el que tanto ruido hizo la prensa amarilla, es indicado con la mayor discreción posible. Y así todos los episodios de la autobiografía.

No es una de esas obras de "introspección" que siempre deben inspirar profunda desconfianza, como se ha verificado hace tiempo con las *Confesiones* de Rousseau y, últimamente, con el *Diario Intimo* de Amiel. Y, sin embargo, o por lo mismo que no hay en la autobiografía de Upton Sinclair ningún análisis, sino relato de hechos salientes e indicación de impresiones, con una modestia y un candor absolutos, es de una diafanidad única entre las obras de su género.

¡Ojalá publique cuanto antes la segunda parte! Nos la debe; nos hace falta. Será, como sus otros libros, obra impersonal de propaganda. La necesitamos no tanto para comprenderle mejor, cuanto para comprender mejor a la humanidad norteamericana y el mundo en que se mueve. Es necesaria para enriquecer la biblio-

grafía con una verdadera *Vida Ejemplar*, con el interesante aditamento de no contener ningún elogio, y sí no pocas pullas al héroe, hechas por él mismo a sus expensas.

Un rasgo que revela el candor impersonal y la pureza espiritual de Upton Sinclair mucho más que su autobiografía y toda su obra, es la única edición hecha por él de una obra ajena, desde que la conspiración que le rodea en su país le obligara a hacerse su propio editor, como en la Argentina, a tantos, la conspiración puramente mercantil analfabeta de los libreros enfeudados al libro de España.

Ese libro se titula *Sonetos a Craig*, colección de los sonetos amorosos dedicados epistolarmente por el poeta George Sterling, prematuramente fallecido, a... la esposa y abnegada compañera del editor. Upton Sinclair les ha puesto un prefacio único en la historia literaria, necesario para explicar el hecho de la publicación y los sonetos mismos. Y así, el marido de la mujer amada por el poeta, relata con sencillez de niño cómo surgió súbitamente ese amor, la lucha del poeta para convencer a su amada Craig de que no debía casarse con Upton Sinclair, y la amistad cultivada después por su esposa con el rival rechazado, poeta celebrado y rico, para seguir a un escritor difamado y pobre. El poeta advertía a Craig: ¡No os caséis con Upton! Es una "máquina ética". Iréis al sacrificio. Y soís capaz de creer que es vuestro *deber* casaros con él por eso mismo. ¡*Don't!*

George Sterling se convierte en amigo de la esposa de Upton Sinclair después de casada. Durante los 15 años que le quedan de vida, visita con frecuencia al matrimonio y pasa algunas semanas con ellos. Su amor se exhala sólo en sus versos, conocidos únicamente de la destinataria y su esposo. Ni una mirada, ni una palabra de reproche —dice Upton Sinclair— al ver a su amada convertida en "máquina ética" al lado del compañero elegido, y desgastándose y compartiendo todas las durezas de esa lucha por el socialismo en un ambiente político que lo combate con saña.

¿Por qué publicó esos sonetos, sólo conocidos de dos personas? Por su belleza, que consideraba patrimonio común que no tenían el derecho de apropiarse después de la muerte del autor. "Grandes emociones, expresadas en bello lenguaje, son más importantes que los sentimientos personales".

De publicarse, tenían que serlo con el nombre de la destinataria, por estar entrelazado en muchos de los versos. Y esto requería la explicación del Prefacio, "para ahorrar al lector fútiles conjeturas y dejar constancia de los hechos".

Este acto, explicado en escuetas palabras, documenta en mi entender la virtud fundamental de Upton Sinclair: *el amor impersonal*, la incondicional subordinación al bien común tal como lo siente, con tanta mayor intensidad cuanto que lo tiene hondamente pensado y largamente vivido, hasta ser su propia sustancia.

Upton Sinclair no es un individuo: es *una antena social*, potente en su irradiación porque potente en su receptividad. Es el alma de esta época de un gran pueblo en lo que tiene de alma la época y el pueblo.

IV.—El libro sensacional

La acumulación incesante de potencial, para mover una dinámica perfectamente regulada, se ve en el libro de William Fox, el genial creador de la gran corporación teatral y cinematográfica más difundida en el mundo, de un valor real de 400 millones de dólares, que le fué arrebatada hace poco por una conspiración de los principales magnates de la banca estadounidense, saqueando a los accionistas, con el único resultado de que el botín de esa "mina de oro" que codiciaron, no tardó en convertirse en sus manos en un montón de desechos.

Nunca escritor alguno del mundo occidental se ha erguido en mayor desafío al verdadero Poder de su país, y con la más perfecta equidad. Un desafío tal, un mandoble tan aplastante, que es difícil se atrevan las oscuras potencias puestas en plena luz por Upton Sinclair al atentado que ha declarado posible el prestigioso crítico Floyd Dell.

Esta vez, Upton Sinclair habría conseguido editor para su libro. Una gran empresa editorial a la que ofreció los originales los sometió al dictamen de Floyd Dell, quien, después de expresar que era un libro muy importante, "de inmenso interés humano", lo declara "tan apasionante y fascinador" que habiéndolo abierto creyendo que no llegaría a terminarlo por tratarse de negocios,

asunto que le aburre, se mantuvo despierto toda la noche porque no podía dejar su lectura.

Agrega Floyd Dell: "Va a ser una de las grandes sensaciones literarias en la historia editorial americana... La única razón para no aprovechar *la más gran oportunidad editorial de nuestro tiempo* sería la creencia en la realidad de la conspiración denunciada en el libro, y *el temor de que esa conspiración llegue al extremo de una tentativa criminal para castigar y arruinar al editor que ponga el caso Fox al alcance del público...*"

"Es el libro más apasionante que he leído desde hace años... Está destinado a una inmensa popularidad, y hará de Upton Sinclair el autor más leído de América..."

A causa de este dictamen, Upton Sinclair prefirió afrontar solo las posibles consecuencias, y, falto de capital, ha tenido que reducir la primera edición a 10.000 ejemplares. Pero no tardará en circular por todo el mundo en millones de ejemplares, en todos los idiomas, posiblemente hasta en castellano.

Floyd Dell no ha exagerado, por cierto. *Upton Sinclair presenta a William Fox* es no sólo un libro de gran importancia por el asunto y la forma en que es tratado. Es una gran obra de arte al par que de fina e implacable disección social.

¿Cómo se formó el libro? Imposible decirlo mejor y en menos palabras que Upton Sinclair en el Prólogo. Ello aclara también el concepto central.

En una tertulia a que lo invitó un amigo escritor de Hollywood, la conversación recayó sobre la situación de Estados Unidos. "Yo expliqué que cuando me inicié hace treinta años como agitador social moralizante (*muckraker* es un despectivo e intraducible modismo yankee), el fenómeno significativo había sido la eliminación del pequeño empresario por el grande; pero ahora la situación había cambiado, y el rasgo era la suplantación del gran empresario por el banquero..."

"Mi amigo, el autor de Hollywood, me interrumpió: "Sinclair, ¿por qué pierde su tiempo con esa morralla de los hombrecitos de 10 millones de dólares? ¿Por qué no nos habla de los hombres de 1.000.000.000, o por lo menos de los de 100.000.000?..." Agregó el dueño de casa: "¿Por qué no escribe la historia de William Fox? Eso es algo como hecho de encargo para Vd.: un

asalto liso y llano en pleno día, ¡y por nuestros más eminentes y respetables financistas!”

“Los concurrentes conversaron un tiempo sobre William Fox. Había sido el hombre más grande de la industria cinematográfica, el único verdadero empresario entre todos, el único que pudo haberlos salvado de la postración actual. Y no porque estuviera en apuros, sino porque tenía tanto éxito, porque estaba haciendo (verbo muy yanqui) demasiado dinero, la banda de Wall Street lo había cercado, lo había bloqueado, arrancándole de las manos su máquina productora de provecho. Y lo más extraño de todo ello: cuando la consiguieron, no supieron qué hacer con ella, lo único de que fueron capaces fué de saquear sus propiedades, y ahora son una cáscara vacía, a punto de caerse. Habían comprado las empresas de Fox, pero no su cerebro.

“Me preocupaban otras cosas, y no me detuve a pensar en la indicación de mi amigo. Pero un par de días después sonó mi teléfono, y una voz de mujer dijo: “Soy la secretaria de Mr. Fox. Desea saber si puede ir a verle”.

“Yo he aprendido a desconfiar del teléfono. Pregunté: “¿Qué desea Mr. Fox?”

“No me lo ha dicho —contestó la voz— pero me encargó decirle que no se proponía venderle nada”.

“Bueno, dígame que no tengo nada con qué comprar”, contesté.

“La mañana siguiente rodó una *limousine* hasta mi humilde puerta, y bajó de ella William Fox, acompañado de un caballero pequeñito que luego supe era su abogado. Resultó que, sin embargo, había venido a venderme algo: en la jerga de nuestra era comercial, quería “venderme” a sí mismo. Siempre, desde que comenzó esta batalla, había pensado en mí como la persona indicada para ser su historiador...

“...Lo que William Fox me estaba ofreciendo era un asunto para una novela. Pero yo he escrito seis novelas sobre banqueros de Wall Street... Vi en seguida que ésta, si la escribía, sería *un relato de hechos, expuestos en detalle y documentados* (Yo subrayo).

“Pedí tiempo para pensarlo, y la *limousine* partió. Al fin dije que me encargaría de William Fox bajo dos condiciones:

debería dejar por mi cuenta la cuestión del estilo y la forma del libro, y me dedicaría dos semanas, con un taquígrafo al lado.

“Aceptó, y empezamos la tarea. Su historia se extendía, y las dos semanas se hicieron tres, cuatro, cinco. Cada día, durante treinta y seis consecutivos, vino a mi casa, y de 10 de la mañana a la 1 ó 2 hablaba y yo le hacía preguntas. El taquígrafo se quedó atrás y tuvimos que tomar dos. Cuando terminamos, había 758 páginas dactilografiadas, bastantes para dos volúmenes. Además, hay una valija y dos cajones de escritorio llenos de cartas, folletos, expedientes judiciales e informes y actas de compañías; también los periódicos de Nueva York, los noticiosos y los financieros, que relataron día tras día la batalla que duró años. Si los que leáis este libro no llegáis a conocer la historia de William Fox, mía será la culpa y no suya”.

Esto es todo lo que dice Upton Sinclair de la enorme labor de análisis, reordenación, síntesis y composición del gigantesco material acumulado, sin contar el intensísimo esfuerzo *creador* para hacer del cúmulo de hechos un organismo compacto, armonioso, claro, accesible a todos, y del relato un desarrollo ameno, progresivo, apasionante, desde los comienzos de la vida de Fox como hijo de proletarios inmigrados en un tugurio del *East Side* neoyorkino, hasta el pináculo de su acción, las feroces alternativas de su lucha y el dramático *climax*.

Tremendas son las acusaciones de Fox mismo, de las que él es responsable por haber leído y aprobado la versión que de ellas ha hecho Upton Sinclair; pero infinitamente más lo son las que éste intercala por su exclusiva cuenta, sobriamente, de tarde en tarde, pero como quien concentra en la fulminación de un rayo los millones de chispas surgidas de los hechos.

Me permito transcribir algunos párrafos del prólogo, porque condensan el significado social del caso:

“¿Qué es propiamente lo que le sucedió a William Fox? No es nada nuevo, sino una vieja historia, que he contado ya varias veces. En 1908 escribí *Los cambistas de moneda*, que fué considerada en su tiempo cosa muy audaz y desesperada. He contado en *La ficha de bronce* cómo obtuve la información para esa novela. Baste decir aquí que acusé a Pierpont Morgan, el viejo, de haber causado deliberadamente el pánico de 1907 para

arruinar a tres compañías neoyorkinas de administración de capitales que estaban interviniendo en su campo de dominación, a fin de apoderarse de ellas. Las compañías administradoras de capitales (*trust companies*) eran algo nuevo en esos tiempos, y estas tres estaban recibiendo demasiado dinero, y Morgan consideraba que Oakleigh Thorne y F. Augustus Heinze y Charles T. Barney eran gente inapropiada para tener el manejo de tanto dinero. Es cierto que Thorne y Heinze eran personas irresponsables, jugadores y bebedores; pero su falla principal era el hecho de que no pedían órdenes a Morgan.

“El método empleado fué prestarles dinero e inducirles a “ampliarse”; “llevarles de la cuerda” con promesas que no eran cumplidas; iniciar un *raid* en la bolsa de valores y hundir los precios de los títulos que se sabía habían adquirido; lanzar rumores de que se encontraban en apuros financieros, y conseguir que todos los escritores financieros alquilones de Wall Street publicaran esas noticias; luego, reclamar de golpe el pago de todos los préstamos, y usar el poder del mundo bancario a fin de que no obtuvieran ningún crédito.

“He aquí la manera de hacer el trabajito: Hacéis llegar a los banqueros más influyentes la consigna de que Oakleigh Thorne y F. Augustus Heinze y Charles T. Barney están marcados para destruirlos, y que toda ayuda que se les preste será un acto inamistoso hacia J. P. Morgan y Cía. Así no conseguirán ningún crédito; las tres *trust companies* cerrarán sus puertas; y los intereses amigos de J. P. Morgan y Cía. se harán cargo de ellas. F. Augustus Heinze y Oakleigh Thorne se retirarán a la oscuridad, y Charles T. Barney se hará saltar los sesos de un tiro. Y si el pánico se desboca y amenaza toda la estructura financiera del país, J. P. Morgan convocará a sus colegas bancarios a su oficina y les dirá cuánto dinero efectivo se necesita para detener la corrida a los bancos, y la proporción que cada uno deberá aportar.

“Yo oí la versión de esa conferencia. Un banquero dijo: “Mr. Morgan, yo he mantenido a mi instituto seguro y saneado, y no me siento responsable de aquéllos que han permitido que sus fondos fueran usados para manipulaciones bursátiles. Yo

me propongo quedarme dentro de mi banco y dejar que los otros se arreglen como puedan”.

“La nariz purpúrea del viejo Morgan enrojeció todavía más, golpeó violentamente la mesa con el puño y contestó: “Quédese dentro de su banco, y yo levantaré una muralla alrededor de él, y usted no saldrá hasta que se haya muerto!”

En el caso Fox, todo lo tenía éste de su lado: honradez, una inverosímil capacidad de trabajo, inventiva genial, amor apasionado por su obra que le daba un soplo idealista, a su modo, aptitudes extraordinarias de organización, astucia comercial, visión financiera. Todo, menos centenares de millones propios para poder afrontar la expansión de su “cadena” de 500 teatros y cines estadounidenses y de su empresa mundial de producción y distribución de cintas, sin necesidad de acudir al capital financiero administrado por los magnates de Wall Street.

“Si, por ejemplo, Vd. se encuentra con un Fox que posee un tesoro —algo que un simple Fox no tiene el derecho de poseer— Vd. puede tomar a ese Fox (palabra que en inglés significa “zorro”) y ponerle una marca o una etiqueta: “Propiedad de la Compañía Telefónica (gran trust de más de 1.000.000.000 de dólares) y de la Chase National Bank (gran trust bancario). Fuera las manos”.

Objetivamente, Upton Sinclair resume el significado de la fase económico-financiera que caracteriza el caso Fox. Ya no hay lugar para el pequeño empresario de 10 a 100 millones. Es la hora de los gigantes de 1.000.000.000. No sólo de las empresas industriales prósperas se apoderan los colosos del capital financiero. Las chacras del centro-oeste —la vasta región agrícola antes más próspera de Estados Unidos— van siendo anexadas por los bancos, que las transforman en vastas explotaciones cultivadas por administración, mientras medio millón de desposeídos vagan en busca de trabajo, hundidos en la miseria.

Los grandes banqueros no pueden por lo general administrar por sí mismos las empresas que se apropian, pero pueden hacerlo con éxito mediante administradores asalariados. Pero esto solo es posible cuando son empresas típicas, en que los factores decisivos son la concentración capitalista y la alta técnica que ella condiciona.

Las empresas Fox no eran de ese carácter. Upton Sinclair la sugiere a través del relato. Atípicas, creación genuinamente personal, algo viviente, propio, inasible en su complejidad flúida, se deshacen entre las garras que las tomaron, como un violín entre las de una pantera que pretendiese sustituir al violinista que se devoró.

Nunca sufrió Wall Street un chasco más grande. Y él contiene una enseñanza que Upton Sinclair no expresa directamente, pero que surge tácita de todo su libro: el gran capital financiero llegado a la fase de hipertrofia y plétora que le induce a erigirse en director de las industrias que el capital bancario genuino se limita a financiar (para hacerse cargo de ellas sólo cuando no tiene más remedio, porque han fracasado y es su principal acreedor), conduce a una cristalización, a una momificación, porque elimina las únicas fuerzas creadoras posibles: o el interés personal de la gestión lucrativa (tipo burgués) o el *interés personal de la gestión socialmente útil y bella* (tipo socialista). El gran capital financiero deviene así, por función de su hipertrofia y su plétora, un monstruo de presa y rapiña, destructivo y no creador. Señala de esa manera una fase sin salida en la evolución capitalista, análoga en todos sus aspectos al feudalismo en su fase final, exclusivamente predatoria.

Y ésta es para mí la sugerencia principal de *Upton Sinclair presentá a William Fox*. Todas esas luchas de bestias feroces, en que la astucia, la crueldad, la hipocresía y el cinismo corren parejas; esos grandes abogados de reputación mundial, como el ilustre Charles Evans Hughes, que aprovecha una de las confidencias de Fox (requeridas cariñosamente por él mismo a fin de poder encargarse de su asunto), para hacerle demandar por su hijo, procurador de la Suprema Corte Federal, y que maniobra de manera de poder actuar como abogado de los enemigos de Fox estando al servicio de éste; la impotencia del presidente Hoover y sus ministros frente al director de la *National Chase Bank* y el pulpo telefónico; la fría brutalidad de Pierpont Morgan (hijo), el "jabalí de Wall Street"; procesos interminables en que los honorarios de los abogados se fijan en millones de dólares, ante jueces inhibidos por los poderes ocultos, o complacientes con ellos; todo eso, no es para crear valores como medio

de lucro personal, sino para lucrar con su destrucción! En el mejor de los casos, para coagularlos, deteniéndolos en su crecimiento, después de haber saqueado a los que aportaron el capital en acciones.

Este aspecto del libro de Upton Sinclair es el más sensacional, por los nombres y las figuras de magnates notorios que por él pasan, agazapados o gesticulantes, como en el film más animado y movido, a la vez comedia y tragedia. Pero el más impresionante y fascinador es el aspecto humano. La vida del propio William Fox, pequeño judío húngaro llegado muy niño a Nueva York con sus padres, que desde los 11 años contribuye al sostén de su familia con duro trabajo, alternativamente en el taller y como vendedor ambulante, luego instalado por su cuenta para arreglar trajes hasta que un golpe de inspiración le induce a alquilar y arreglar un teatro fracasado y en ruinas y le pone en el camino de su vocación. Su mujer, perfecta compañera, colaboradora e inspiradora de todos sus trabajos. La extensión gradual de la empresa de teatros y cines, la conquista de Hollywood y de los teatros californianos, la expansión mundial para realizar un sueño de divulgación. Los ensayos de formas más perfectas, que han quedado estranguladas por los saqueadores bancarios de las empresas Fox. La vitalidad de todos los personajes, y son centenares, aun los pintados en pocos trazos, como Hoover y Ford. No resisto a citar una de las anécdotas características. Ford fué uno de los que negaron ayuda a Fox, a pesar de haber sufrido él mismo un asalto bancario parecido. Fox no creía haberle hecho ninguna ofensa, fuera la de ser de origen judío. Pero Upton Sinclair le pidió que hiciera memoria, y salió lo siguiente: Cuando Ford preparaba su teatral "viaje de la paz", Fox se negó a participar. Además, cuando emprendió su violenta campaña antisemita, Fox, llevando bien su nombre de zorro, pensó que siendo de Ford la mayoría de los autos en circulación, la mayoría de los accidentes debería corresponderles. Avisó telefónicamente a Ford que tenía la intención de hacer salir en sus "noticias Fox", cada vez, los accidentes causados por sus coches, que haría fotografiar por todo el país, si no detenía su campaña antisemita. Ford la detuvo de inmediato.

La trama del libro es complejísima y sin embargo siempre clara, como en una gran novela de Dickens. Pero tan movida y sintética, tan propia de un film que cae de suyo el subtítulo a primera vista forzado que le ha puesto el autor:

“Una cinta característica (no encuentro término más apropiado a *feature*) de Wall Street y la alta finanza, en veintinueve rollos, un prólogo y un epílogo”.

Y continúa con suelto *humour* irónico, lo mismo que en un cartel anunciador de una cinta Fox (de las genuinas) con mayúsculas y todo:

“Un Melodrama de Fortuna, Conflicto y Triunfo. Repleto de Emociones y Palpitaciones Cardíacas. Muchacho del East Side Conquista Fama y Poder. Los Dueños de los Millones Envidian Su Triunfo y Complotan Su Caída. El Pulpo Presenta Batalla al Fox (zorro). ¡El Duelo de un Siglo! ¡La Sensación de una Vida!

“Nunca en la Historia de la Pantalla ha habido una *Feature* tan estupenda como Esta. Una Historia por Dentro, una Revelación de Primera Mano de la Política y la Finanza, con una Puesta de Estadistas y Financieros que Suman Diez Mil Millones.

“Al mismo tiempo un Relato de la Familia, tenso y conmovedor, con Amor, Lealtad y un Alma de Mujer. Una Novela romántica, tan hermosa, tan verdadera, tan cargada de Risas y Lágrimas, que nadie puede resistirla”.

Al pie, en mayúsculas y entre rayas:

¡AMERICA ESPERA ESTE DRAMA!

¡ENCABECE CON EL SU PROGRAMA!

¡VA A LLENAR TODAS LAS SALAS HASTA EL TOPE!

Y es verdad literal.

El libro es también un alegato. No podía dejar de serlo un libro de Upton Sinclair. Un alegato socialista. Pero explícito sólo en la última página del epílogo. Con él perjudica Upton Sinclair el éxito editorial, porque puede hacer el libro antipático a la mayor masa de lectores: la conservadora clase de los Babbit de la mediana y pequeña burguesía. Upton Sinclair lo sabe.

y lo sabe desde hace treinta años, pero es un pecador impenitente en ese terreno.

Son palabras que ya publicó al término de la guerra. Reproduzco, para terminar, el párrafo final, por la valentía y belleza con que resume el espíritu de la obra de su vida, y el de este libro:

“¿Vamos a tener en América una revolución bolchevique? ¿O conseguiremos realizar una nueva clase de revolución: una revolución democrática, en que los hombres de todas las clases se unan para la abolición de la esclavitud asalariada, con sus maldiciones de pobreza, prostitución, criminalidad y guerra? Estad seguros de esta única cosa, señores de América: con vosotros o sin vosotros, la tarea será realizada; el mundo en que vivimos será rehecho, y nunca más aquéllos que buscan su provecho particular serán dueños de la política o de la industria”.

AUGUSTO BUNGE.

EN EL REINO DE LA MELANCOLIA

CÁNDIDO loto en ignorada fuente,
clara visión en funerario parque,
tengo un secreto que llenó mi vida
y es un amor que no conoce nadie.

Era en dorada noche de silencio,
sacro silencio en espectral paisaje
donde a los ojos fijos en la sombra
vagos los mundos de la sombra se abren.

Ella esperaba en un jardín remoto,
viejo jardín que hoy no recuerda nadie.

Aguas celestes desflocó mi góndola,
linfa serena donde fué a copiarse
tímidamente la rosada luna.

Era una noche inmóvil, fulgurante.

Flores de almendro reflejaba el lago,
nubes, estrellas, lóbrego follaje,
cuando surqué del trasparente líquido
—cielo ideal— la superficie inestable.

Iba mi negra góndola en la noche,
noche profunda y armonioso instante.

Hacia el silencio, los nevados cisnes
levemente la vieron alejarse.

Solo vagaba en fantasmal ribera,
pálido el rostro y enlutado el traje,
cuando Saturno iluminó el camino,
largo camino de obeliscos graves,
que me condujo a lóbrego palacio.

Negras las gradas de ónice brillante,
gráciles las ojivas, altas cúpulas,
finas columnas de pulido jaspe
y una pradera de amapolas rojas
donde tiembla la luz y embriaga el aire.

¡Tierra floral de brumas y de sueños,
híbridas flores de hálito enervante,
vagos suspiros, célicas mujeres,
hosca silueta de grandiosos árboles!

Desde un limbo de férvidas nostalgias,
Ella me sonrió. Jamás, a nadie,
dióle su amor tan íntima dulzura,
fué una embriaguez anuladora, suave.

Cándido loto en ignorada fuente,
clara visión en funerario parque,
tengo un secreto que llenó mi vida
y es un amor que no conoce nadie.

Vago en doradas noches de silencio,
busco el silencio de irreal paisaje
donde, a los ojos fijos en la sombra,
lentos los mundos de la sombra se abren.

Oigo las voces de un país remoto,
viejo país que hoy no recuerda nadie.

AUGUSTO CORTINA.

(De *Oasis*, libro en preparación).

RICARDO JAIMES FREYRE

CONOCÍ a Jaimes Freyre cuando llegaba a ocultar uno de los más claros renombres en las letras de América, a un rincón provincial. Iba de los cenáculos de Río y de Buenos Aires. Tendría 40 años.

Hoy, treinta años después, reconocemos en aquella renuncia una confesión, quizá una conversión. Vivió, en efecto, desde entonces huyendo de la fama. Fué tan alto, tan largo su silencio que desde hace años los historiadores de las letras sudamericanas dejaban la duda de si el cofrade de Darío se le había ya unido o no. A tal punto llegó el empeño en borrar sus huellas.

Reapareció hace poco tiempo bajo otro signo que el de la poesía; las gentes no acertaban a identificar al poeta de fines del siglo pasado con el ministro de Bolivia en Santiago y Washington.

¿Fué llevado al retiro como de Vigny por la convicción de que no podía hacerse a la dignidad del propio espíritu, homenaje mayor que rodearlo de un gran silencio? ¿Era desencanto, era desdén, era sabiduría? De todo un poco. Vió quizá en la poesía de su juventud, en la cruzada por un nuevo ideal estético, de la que fué proclama y blasón su *Castalia Bárbara*, una aventura como sagrada. A la manera del trovador medieval —y era trovador por la integridad de su devoción y su abandono místico al ensueño— vivió en la contemplación de “la princesa lejana” que se ama una sola vez y para siempre. Es así cómo pudo llamar a uno de sus libros: *Los sueños son vida*. Ellos fueron, en verdad, su vida verdadera.

Fuí testigo muy próximo de esos años recogidos, entre Darío y la diplomacia, pasados en la ciudad provincial, que llegó

a amar como uno de sus hijos, y como nosotros, sin quebrantarse el amor por la ausencia.

“Nunca fui más feliz que en Tucumán”, decía a un amigo en Río de Janeiro al final de su carrera diplomática.

Sentía como nosotros musitar en el corazón el refrán tenaz del recuerdo melodioso y ardiente del terruño.

Los hombres inactuales buscan las pequeñas ciudades. Las grandes urbes están demasiado impregnadas de presente. Aque-



RICARDO JAIMES FREYRE
(1863-1933)

llas, en cambio, invitan a evocar y a proyectar, es decir, viven del pasado o para el porvenir.

Pero “la luz no se puede ocultar”, como dice el texto sagrado. Y por acción de Jaimes Freyre tuvo Tucumán una *Revista*, que le atrajo muchas miradas de América y celebró *juegos florales* que atrajeron poetas de toda la Nación, algunos de los cuales recibieron de sus manos el bautismo de la fama.

La Universidad de Tucumán fué fundada con su colabo-

ración y cobró fuerza con la suya. El Tucumán de la conquista y la colonia, tuvo un historiador. Del Colegio Nacional salían innumerables jóvenes escribiendo versos, amando las letras y amando un maestro. La pequeña ciudad se había convertido en un centro intelectual.

Hubo extranjeros que pedían noticias sobre los libros y el movimiento literario de Tucumán a los viajeros argentinos.

Fué ésta una experiencia viva y categórica a la que habría deseado hacer asistir a los sociólogos que niegan en el proceso social otra fuerza que no sea la colectiva, la acción de las masas, que no creen en el influjo creador de los hombres-encinas, de las grandes individualidades.

No irradiaba influencia por proponerse, en ejecución de un plan, si no por vivir, simplemente. Tuvo su congrua: llenábale de gozo la apacibilidad de una ciudad sin bullicio, la serenidad de una vida sin sobresaltos de vanidad, el olvido de las pasiones políticas que habían hecho de él un proscrito, hijo de proscritos. Olvido pero no muerte de esas pasiones: algún día sacudirían su sueño.

Traía también de su herencia peruana el gusto por la conversación, por el salón, la sociedad de damas, por los gestos cortesanos, por las maneras de señorío. Bastaba ver su silueta aristocrática y enjuta y su porte grave, su ademán gentil y altivo de hidalgo, cruzando, en las tardes, las calles solitarias o la Plaza de Tucumán. Era un cuadro a lo Velázquez éste en cuyo primer plano estaba el caballero, de traje negro, de tez moruna, sombrero de una ala alzada, en segundo plano el verde profundo de los naranjos, burilados, como el caballero, por la luz deslumbrante de la lenta tarde tropical. Como el espectador del cuadro escuchaba también las campanas de las iglesias vecinas que entremezclaban los toques melancólicos del *Angelus*, podía emocionarse ante esta estampa viva del siglo XVI de Castilla o del Perú.

Encaminábase aquella tarde y muchas más durante largos años a una tertulia de amigos que él animó y encantó, dando sin medida su talento de humanista, su gracia de conversador, su memoria de viajero, su imaginación de poeta, su corazón magnífico de amigo. Las horas eran muchas pero ligeras. Ahora sa-

bemos los sobrevivientes de la tertulia —;cuán pocos!— que eran inolvidables.

Se tenía por griego. Su *Alma helénica* es un poema de inspiración pagana. Escribió un libro que llamaba *El taller de Eufanor*, todavía inédito. Pero su helenismo era solamente el culto del país que hizo religión de la belleza.

Su filiación oficial es simbolista, pero tampoco fueron esos moldes los que requería su temperamento natural. Su alma verdadera era mucho más pariente de Hugo que de Leconte de Lisle. Dentro de la propia escuela estaba más cerca de Mallarmé que de Verlaine. Era, sobre todo, un romántico.

Nacido treinta años antes, su genio poético habría dado la plenitud de su fuerza y su acento genuino. Habría resplandecido en la visión grandiosa, en el canto épico, en la angustia del dolor, en el frenesí de las grandes pasiones, en la rebeldía, en el apóstrofe, en la profecía.

Era mucho más medieval que griego: era un castellano, un español heterodoxo. Su predilección fué por España, por sus poetas, por su lengua, que conocía y comprendía como pocos. Su culto era para el Arcipreste, Calderón, Espronceda, Becquer.

La voz más íntima de su alma es la que decía en uno de sus versos:

¿En qué lid, en qué claustro, en qué castillo,
Espada, cruz o lira tuve en mi mano?

Tenía un concepto místico del escritor. Para él no era un simple artista, mucho menos una profesión. Tenía a sus ojos algo de sacerdotal, que lo hacía superior a todo interés o vanidad. Estas ideas eran ecos del abolengo medieval de su espíritu.

No le atraía la belleza sencilla, la gracia sonriente de la inteligencia francesa. Prefería la vaguedad misteriosa del sentimiento, la niebla irizada de la evocación y de la leyenda, el tropel de los ensueños y las visiones fantásticas. El simbolismo tocó por ese lado su sensibilidad para seducirlo.

Su desinterés, su desamor por la fama, su decisión de vivir por encima de las cosas vulgares, los menesteres mediocres, se compensaban, como razones para adherirlo a la vida, con la adoración de la forma, del amor y de la amistad románticas.

La amistad era para él una suprema razón. Decía una vez a un amigo del grupo tucumano, a quien amó entrañablemente, Alberto Rougés, desdeñoso como él de los ruidos del mundo y admirador conmovido del poeta y del hombre: "si concluyo *Los Conquistadores* será por complacer su insistencia".

Y por ello concluyó y publicó ese admirable drama histórico que los contemporáneos dejamos a la posteridad el privilegio de gustar y el honor de aplaudir.

Mi voto enternecido de amigo, mi ambición de admirador, es que haya sido deparada a su espíritu visionario la luz inefable de la belleza suprema de Dios, —por la que suspiraban sus "antepasados", el monje, el paladín y el trovador de su poema—, que es el nombre de esa perfección sobrehumana que su angustia persiguió por las cumbres abruptas del arte, la filosofía y la historia.

JUAN B. TERÁN.

Abril 30 de 1933.

RICARDO JAIMES FREYRE

(Un maestro del simbolismo)

¡QUÉ grave inquietud, qué zozobra curiosa me inspiraba en aquellos días de *Castalia Bárbara*, el nórdico y salvaje poema de Jaimes Freyre! Aún siento en la raíz de mis cabellos el escalofrío que me estremeció cuando leí, por vez primera, *El canto del mal*... Lo encontraba completamente hermoso y terrible. Perfecto de forma, trágico de expresión. *El canto del mal*. ¡Con qué gozo, ardiente y sombrío, volvería a recitarlo...

Canta Lok a la pálida muerte que pasa,
y hay vapores de sangre en el canto de Lok.

Grandes nombres se pronunciaban en aquellos días, y en el alma latía una ansiedad mesiánica. Casi niño aún, sentía que la aurora llegaba con más fresca gloria, y que por la noche las estrellas tenían fulgores de revelación. ¡*Aleluya!* ¡*Aleluya!* Ese estado de gracia me llenaba los ojos de lágrimas felices. Una nueva expresión de belleza llamaba en los corazones. La buena palabra estaba dicha. Y el Mesías pasaba sobre su dromedario como un rey mágico, a cuyo conjuro florecían los arenales y se vertían en rosas de cristal las peñas hostiles. ¡Oh Rubén, Rubén! clamaba la gente. Y sembraba su camino de rosas y espinas...

Hoy he vuelto a leer *Castalia Bárbara*. Ya no es un poema para mí. Es un boceto. Saltan de él, como los rubíes de una granada que se parte, los versos maduros. Pero la fruta no está toda en sazón. Bajo un cielo extraño creció mientras dióle calor el fuego del trópico. Pero, qué sabor de misterio, de espanto, de belleza fantástica en la obra lograda. ¡Y qué melodía!

¿Por qué fué a buscar, este Jasón, a países de frío y de nieblas su vellocino de oro? Era la edad también de los grandes viajes... Se volvía siempre con algún trofeo de versos raros, de imágenes nuevas. Se descubrían islas de ensueño. Se conquistaban grandes reinos de poesía. Una mañana, del mar azul llegaba un nuevo navío tripulado por sirenas. Su piloto sonaba la trompa. ¡Ea, aquí estoy! — ¿Qué traes, hermano? — Traigo este pájaro maravilloso: oíd cómo canta, cómo es de dulce y extraña su canción!... — Y la gente entornaba los ojos y escuchaba con el oído embelesado.

Así llegó un día Jaimes Freyre de la hiperbórea Escandinavia. Traía su arpa tallada en un tronco de abeto, pero en sus cuerdas había retorcido rayos de sol. Y cuando la madera daba un sonido ronco y selvático, en las notas cantaba una música deliciosa. Su canción era breve y rica como un haz de espigas, como un ánfora llena de noble vino, como una cesta colmada de frutas. Se la podía llevar en la mano, igual que un gerifalte, y soltarla bajo el cielo. Siempre volvía trayendo alguna estrella en el pico...

¡Y escuchad, cuánta melodía!

A lo lejos, por los claros de los bosques,
pasa huyendo tenebrosa cabalgata,
y hay ardientes resoplidos de jaurías
y sonidos broncos de trompas de caza.
Con sus rubias cabelleras luminosas
se acercan las hadas.

¿Cómo este hijo del Sol, de ardiente sangre y ojos de obsidiana, fué a buscar en las nieblas del Norte y en los hielos del Polo su musa consorte?

En los sueños errantes hay siempre el goce de lo exótico. Pero esa mujer con grandes ojos verdes, de rubios cabellos como un crespo matorral de oro; esa mujer de largo cuerpo fino y tules flotantes, que roza apenas las yerbas del bosque, que suspira y que huye por fin; esa mujer siempre la lleva el poeta en su corazón. No es ésta ni es aquélla. Es otra... Y un día le canta. Y la gente le pregunta: —¡Oh, qué extraña mujer! ¿De qué país lejano habéis ido a traerla? Y el poeta responde: —¡Pero, si es mi alma!

No está sólo en *Castalia Bárbara*, el Jaimes Freyre que

dijo su palabra de anunciación. Está también, —y está más, quizá,— en *Pais de sueño*. Una compleja figura de marqués, de juglar y de santo. Aquí el soneto troquelado, la trova cincelada, el terceto repujado. Como aquellos grabadores que, sobre el pavón del acero, nielaban arabescos difíciles con un pelo de oro, así su verso es un encaje de empuñadura, un medallón para guardar imágenes, —de santas y meretrices,— y es también su verso una mayúscula de misal, colorida y ascética.

Deja que empolve tu cabeza blonda,
oh, mi amada maligna y hechicera!

Corteja de este modo a la musa, en aquella segunda parte, que se abre al ensueño y el amor. Del cofre de sándalo van saliendo brazaletes, camafeos, joyas de lujosa orfebrería. Y es la canción trovadoresca, de estribillo ardoroso y melancólico,

Va mi pálida quimera
a enredarse, como un ave,
en la onda, crespa y suave,
de tu blonda cabellera...

son los sonetos medievales, de violenta pasión, que la forma aprisiona como el guante ciñe la mano; o los oleajes de versos libres de la *Voz Extraña*... ¿Quién hizo versos libres con tan lírico desembarazo? Pero, como él mismo lo dice en su *Retórica*, para hacer versos libres es preciso, primero, hacer versos...

En tus labios hay caricias
moribundas, como una larga esperanza.
En tus ojos hay ensueños
que velan la azul aurora de tu mirada.
A tu oído
suspirantes voces hablan,
con murmullo de olas
lejanas.
¿Por qué la abeja no busca
la miel que tus labios entreabiertos guardan?

Está también, —y más aún, quizá,— en *Pais de Sombra*, la tercera y última parte de ese libro, al que una particular distinción le da matices de marfil antiguo, de terciopelo añejo. Ese libro se toma en las manos como un puñal de labrada empuñadura, en cuya hoja el forjador artista grabó la imagen de una mujer amada. Es tan delicado, que uno se olvida de que es peligroso. Jugáis con él desprevenido, os lo ponéis a la cintura co-

mo un Borgia inocente, o lo lanzáis al aire como un juglar sin malicia que entretiene a un corro de doncellas. De pronto, soltáis un grito: estáis herido. ¿Cómo fué? No lo sabéis. ¿En dónde? Tampoco. Pero os duele el corazón, y a vuestros pies acaba de caer una gota de sangre...

Así es este libro. Nadie lo ha creído un misal de enamorados. Pero el bosque es testigo, y el mar lo sabe, y la estrella recibió en su seno la queja de amores. Y todos vieron al amante pálido cuando se perdía, murmurando entre dientes, con la voz tan cerca de su corazón:

¡Tú no sabes cuánto sufro! Tú que has puesto más tinieblas
en mi noche, y amargura más profunda en mi dolor.
Tú has dejado como el hierro que se deja en una herida,
en mi oído la caricia dolorosa de tu voz...

Alma de dolor, de ascetismo y sensualidad. Dominio de la técnica, en una escrupulosa conciencia de forma. El libro llegó en su momento. Luego se hizo un largo silencio sobre su autor. Por que este poeta, este monje, este caballero, que parecía destinado a clavar su estandarte sobre alguna Tolemaida de ensueño; este señor del verso y la prosa, en un día impensado cerró su misal y se arriesgó por laberintos de diplomacia. Fué lástima grande. En su hora él integraba la Trinidad, porque así como Rubén hizo que Leopoldo se sentara a su derecha por ser el más fuerte, hizo también que Ricardo se sentara a su izquierda por ser el más querido.

Muchos años habían de pasar. Más de quince tal vez. Casi una vida. A veces lo veía aparecer: su sayal era de un paño más áspero, sus cordones de una crin flagelante, y en sus manos ardían los versos como una zarza de Horeb. No se sabía dónde concluía el fraile y empezaba el agitador. Cantaba a la Rusia del mujik y del zar. Presentía y profetizaba...

Enorme y santa Rusia, la tempestad te llama!

.....
De tu dolor sagrado
como de un nuevo Gólgota, fe y esperanza llueve.
La hoguera que consume los restos del pasado
saldrá de las entrañas del país de la nieve.

El pueblo con la planta del déspota en la nuca,
muere la tierra esclava con sus rabiosos dientes.
Y tíñese entretanto la sociedad caduca
con el sangriento rojo de todos los ponientes!

En los poetas, en los artistas que no se han encerrado en una línea monocorde, la posteridad descubre a menudo los aciertos milagrosos. No creáis en esos que a tal labor la tachan de difusa. Es como la nebulosa, donde se cuajan los soles del futuro...

Pero donde yo le volví a encontrar íntegramente, fué en aquellos versos de un sabor monacal y trágico hasta la alucinación. Versos de muerte, de fe, de esperanza. Versos que saben a sangre y tienen ese olor salado y aceitoso de las celdas. Versos que huelen a fanatismo y resurrección.

El último golpe de lanza fué para mí;
después como liebres huyeron y yo caí
con los brazos abiertos en cruz.

Y el hermano muerto nos cuenta cómo fué la refriega, y cómo murió él cuando de su pecho destrozado saltó una ola de sangre, y se extendió como un beso postrero, sobre la cruz que colgaba de su cuello. Y cómo puso él esa misma cruz sobre su boca, para que no entraran en su cuerpo los demonios.

...la turba precita
con figura de cuervos llegaba volando y graznando.
Y ardía en sus ojos redondos la llama maldita.

Extraña visión que tiene angustias de realidad y sudores de ultratumba. Y todo iluminado por una luz, más angustiosa, tal vez, que las propias tinieblas.

El hermano va señalando a los demonios cotidianos, que revolotean a su alrededor con figura de cuervos. El que acecha en su celda, pronto a regar sus llagas con el veneno del pecado; el que vive en el foso que protege al convento, en espera de las almas

Quando el potro, la hoguera y la horca las libran del cuerpo...

Hasta que llega el abad con los novicios, buscándole para darle sepultura. Ya le han arrancado los ojos.

Pero el alma está libre, por siempre, de sus maleficios.
Dios sea loado!

El poeta ha dado a su cuadro la ardiente fe y la tinta sombría. Y el candoroso fanatismo, que lo hace penetrar en nuestra

inquietud angustiosamente. En alguna página de *Thais*, en algún capítulo de las *Tentaciones* se respira esta atmósfera sofocante.

Casi a los veinte años de *Castalia Bárbara* apareció su segundo libro de versos. Versos escritos a través del tiempo y reunidos en medio de la diaria preocupación. El libro llevaba por título *Los sueños son vida*. Son, quizá, la única vida digna de vivirse.

La obra de este poeta, a pesar de sus piezas notables, y llamadas a perdurar, ha quedado trunca si medimos con la imaginación todo lo que pudo darnos. Fué como un río que se distrajo por vegas y cañadas. Me diréis que su obra de historiador es valiosa, y no lo es menos su labor de conferencista y de político... Sí, una vida fecunda bajo las estrellas. Ya lo sé. Y todos sus trabajos han de enumerarse, y así sean los de Hércules. Pero lo que quedará vibrando de su memoria con un latido imperecedero, serán esas palabras movidas por una música penetrante y animadas por un soplo de belleza. Esas palabras, palabras... ¿Qué substancia más íntima puede quedar del hombre?

Un dios misterioso y extraño visita la selva.

Es un dios silencioso que tiene los brazos abiertos...

Y sus huesos se regocijarán en la paz del Señor, porque si su fe tropezó a veces en la duda, su sentimiento de la belleza siempre estuvo lleno de gracia.

ERNESTO MARIO BARREDA.

LA ESCUELA EN EL REGIMEN DE ORGANIZACION DE LA INSTRUCCION PUBLICA ARGENTINA (*)

VI

HAY también una relación profunda e íntima, de coordinación y convergencia, entre el individuo y la sociedad, y no es posible aislar el uno de la otra en importancia y atención. La escuela ha reflejado siempre esta vinculación estrecha, con alternativas de predominio, es cierto, de acuerdo con los conceptos históricos que cada núcleo colectivo tenía sobre el hombre y la sociedad, pero nunca con criterio de exclusión.

Esparta y Atenas representaron concepciones distintas: Esparta, con espíritu militarista y guerrero, concibió al individuo como célula social y lo absorbió en un régimen severo de educación de Estado, por y para el Estado. No el individuo para la sociedad, como erróneamente puede considerarse, sino para un tipo especial de Estado, que no tenía otro fin, que el de formar guerreros; no ciudadanos. La educación era física y moral; no intelectual.

Atenas tuvo otro concepto de la vida y del hombre: la familia era para ella la célula social y a ella dejaba la formación del hombre, mientras la escuela se encargaba del ciudadano. El Estado ateniense no reposaba en un sistema de organización militar como el de Esparta, sino en un concepto político más amplio, que comprendía a la sociedad en todas sus necesidades y aspiraciones. Pero era siempre una concepción social de la escuela, pues que fundamentaba el objetivo de la educación en la "ciudadanía". Es posteriormente que surge la doctrina individualis-

(*) Véase la primera parte en el número anterior.

ta, en los albores de la decadencia y en la antecámara de los sofistas.

La Edad Media tiene un concepto abstracto del hombre, que lo aleja de la vida y de la sociedad y dentro de él organiza la escuela, como una simple transmisión de conocimientos, aceptados universalmente, como productos de la revelación y la autoridad. La inteligencia del niño es para ella una masa pasiva, sin actividad propia, que se limita a recibir un material ya elaborado y completo. En el Renacimiento surge el individualismo económico y político, que se desenvuelve desde el siglo XVI y que adquiere su culminación en el siglo XVIII, individualismo que afirma los deberes y derechos del individuo con relación al conocimiento, y proclama el libre examen. La revolución se produce en todos los órdenes: el conocimiento deja de ser el mero transporte de materiales confeccionados y hechos bajo el patrocinio de la autoridad, para ser el producto de la experiencia personal.

Pero aun cuando se transforma el concepto del ideal del hombre, subsiste la concepción abstracta de una naturaleza humana universal, faltando la noción social del hombre real, resultado de una época y de un lugar determinados. La filosofía cartesiana sostiene a su vez la idea de la igualdad de los espíritus y con ello el método del aislamiento del mundo y de la sociedad, para estudiarlo y conocerlo. Surgen de allí las doctrinas filosóficas que formulan el problema de la existencia real o de mera impresión subjetiva del mundo exterior; de si no hay nada más allá del espíritu individual; o de que el conocimiento no es sino una asociación de los propios estados del espíritu. Es así como pudo decirse que el individualismo condujo a una especie de subjetivismo filosófico.

Este concepto, como afirma Dewey, en vez de traducir la verdadera significación de la evolución espiritual operada en la humanidad, la pervirtió. Los hombres no perseguían el propósito absurdo de libertarse de la conexión con la naturaleza y con los otros hombres; al contrario, luchaban por una mayor libertad en la naturaleza y en la sociedad. Necesitaron, no el aislamiento del mundo y de la sociedad, sino una vinculación más íntima y profunda con ellos. Esta conexión se ope-

ra, por lo demás, por el extraordinario desarrollo de las actividades sociales que se reflejan en la industria, el comercio, la vida cívica y la cultura en general, traduciéndose en un mayor bienestar para el individuo y la sociedad. La psicología, a su vez, nos enseña el error de la doctrina cartesiana de la igualdad de los espíritus, haciéndonos comprender, al contrario, la influencia de la naturaleza y de los medios sociales en la diversidad de su estructura y funcionamiento. Hay, en las diferentes épocas históricas y en cada nacionalidad, un ideal concreto distinto del hombre y de su porvenir. Surge así el concepto de la escuela como institución eminentemente social, que si bien persigue la formación del hombre, lo persigue dentro del ideal y del concepto que la sociedad que la organiza y dirige se ha formado de él. El individuo desenvuelve su actividad en la sociedad, en relación y contacto con ella, y no hay uno solo de sus movimientos que no tenga una repercusión social. La cultura, como la conducta, son actividades sociales, como la educación y la moral son ciencias sociales.

Hay, por consiguiente, en la escuela una doble faz que refleja relaciones profundas y armónicas: la individual y la social. Así, ha dicho Dewey: "creo que toda educación procede mediante la participación de lo que es individual en la conciencia social de la raza". Y agrega: "el proceso educativo tiene dos aspectos: uno psicológico (individual) y otro social, y ninguno de ellos puede subordinarse al otro, o considerarse en lugar secundario, sin conducir a desagradables consecuencias". El niño es, indudablemente, factor sustancial en la escuela, es la materia sobre la que ha de elaborarse la educación. La psicología es, pues, la base, y no es posible concebir aquélla sin el conocimiento profundo del factor sobre el que ha de actuarse. "Que la pedagogía debe reposar sobre el conocimiento del niño como la horticultura reposa sobre el conocimiento de las plantas, es una verdad que parece elemental, dice Claparède. Es sin embargo completamente desconocida de la mayor parte de los pedagogos y de casi todas las autoridades escolares, ya que en la mayor parte de las escuelas normales no se dá un curso de psicología del niño". Lo que Claparède dice de Suiza puede con mayor razón aplicarse a nosotros. La psicología, y sobre todo la infan-

til, nos es casi desconocida. Su enseñanza, deficiente y fragmentaria en los institutos obligados a darla, no ha llegado en la forma exigida, a las escuelas normales.

! Pero la escuela es también una institución social. Es una organización de carácter colectivo, con un personal directivo y docente, articulado dentro de una jerarquía, con deberes y derechos, que nacen de esta articulación. Comprende a su vez un grupo de niños, divididos en grados, clases o secciones, que cada uno constituye una unidad social, con su psicología y características. Cada niño es a la vez que una individualidad, una síntesis social: lleva en sí el sello de un conjunto de influencias sociales polarizadas en la familia de la que sale, que posee una tradición, un lugar determinado en el ambiente social en el que actúa, con sentimientos, ideas, costumbres, de carácter comercial, industrial, político, religioso, intelectual, según la actividad que desenvuelva.

La escuela está, pues, en sí misma cimentada en una organización social. Lo es su propia arquitectura y las bases en que reposa. De estructura colectiva, están, tanto el personal directivo y docente, como el núcleo de alumnos, sometidos a leyes y reglamentos, que establecen relaciones de jerarquía, deberes y derechos de los unos para con los otros. Dentro de este concepto, Durkheim, que estudia en la forma más completa y comprensiva esta materia, da como elementos fundamentales de esta organización: 1º: El espíritu de disciplina; 2º: la adhesión a los núcleos sociales; 3º: el espíritu de autonomía.

1.—Define la disciplina: el sentido y el gusto de la regularidad, el sentido y el gusto de la limitación de los deseos, el respeto de la regla, que impone al individuo el ejercicio del esfuerzo y la inhibición de los impulsos. La disciplina regula, efectivamente, la vida de la pequeña colectividad y hace posible la aplicación de sus fines y propósitos. Al operar esta coordinación de individualidades produce en cada una de ellas una modificación interna, consistente en el desarrollo de una actividad psíquica que se traduce en la creación de hábitos, modificación determinada por el imperativo de las reglas que representan la acción social. Los hábitos son individuales, "fuerzas internas del

individuo”, las reglas son externas, fórmulas sociales. Esta relación de individuo y sociedad, relación de convergencia, producto del espíritu de disciplina, es la que con mayor poder evidencia la estrecha vinculación existente entre ambos. La disciplina, a la vez que resultante de una modificación interna individual, llega, pues, a ser un elemento indispensable para la organización y la vida colectivas.

Pero para que este factor externo, que gravita en forma tan decisiva sobre los estados psíquicos individuales, adquiera tal poder de transformación interna, es necesario que posea algún otro elemento a más del de la regularidad: ese elemento es el de la autoridad. Durkheim la define: el ascendiente que adquiere sobre nosotros todo poder moral que reconocemos como superior. La disciplina, en consecuencia, a más de regularizar la conducta, es una autoridad regular.

No es una simple policía exterior y material, cuya única razón de ser sea la de prevenir ciertos actos, sin ninguna utilidad fuera de estos actos preventivos, como pretenden algunos, sino un instrumento *sui generis* de educación moral, que tiene su valor intrínseco y que marca con sello especial su carácter ético.

De allí dos condiciones: 1º Utilidad social. 2º Espontaneidad, lo que significa que no choca con resistencias irreductibles del ser humano.

1.—Su carácter de utilidad social es evidente, pues la vida social no es sino una de las formas de la vida organizada, y toda organización viviente supone reglas determinadas, de las que no puede apartarse sin sufrir graves perturbaciones mórbidas. Para que el organismo pueda conservarse es necesario que esté a cada instante en condiciones de responder a las exigencias del medio; de allí la función de los órganos, con actividad perfectamente limitada y maneras de actuar que se imponen regularmente cada vez que intervienen las mismas circunstancias. Es lo que pasa con la vida colectiva, sometida a las mismas necesidades, con igual exigencia de regularidad. “Es indispensable que en todos los momentos el funcionamiento de la vida doméstica, profesional y cívica, estén aseguradas y para ello es imprescindible que no se esté obligado a buscar perpetuamente su forma”. Se hace

necesaria la existencia de normas establecidas que determinen estas relaciones y que los individuos se sometan a ellas, sometimiento que constituye el deber cotidiano.

2.—La disciplina no es una coerción, una violencia a la naturaleza del ser humano. Al contrario, está fundada en la limitación de las actividades vitales, necesaria para el equilibrio, la salud y la vida misma. La cantidad de energía que podemos y debemos aplicar en la persecución de cada fin particular, está forzosamente limitada por la suma total de fuerzas de que disponemos y por la importancia de los fines perseguidos. Toda vida es un equilibrio complejo, cuyos diversos elementos se limitan los unos a los otros y este equilibrio no se rompe sin producir dolor y enfermedad. En todos los órdenes, biológico, psíquico, social, la limitación es la ley de conservación y de existencia. Durkheim hace una enumeración prolija, fundando este principio limitativo, como norma imperiosa de funcionamiento vital, en la regulación de las funciones biológicas: hambre, sed, necesidades diversas de orden fisiológico, que si no tienen un límite de satisfacción, generan perturbaciones y hasta la muerte. En el orden psicológico se impone igual necesidad de restringir el campo de acción y actividad de cada una de sus funciones, la extra-limitación conduce fatalmente a la disolución psíquica y a la locura. En el orden social la organización jurídica no tiene otro fundamento que el de la limitación de derechos y actividades, en la que, en última instancia, reposa el soporte de su articulación. La sociedad, en sus inquietudes y anhelos espirituales, tampoco encuentra otro equilibrio que el de la limitación. El individualismo trajo con el desequilibrio romántico, esta sed del infinito, que perturbó la tranquilidad de la vida. Produjo la vana agitación, el delirio, el pesimismo. Werther, René, Oberman, Chatterton, Manfredo, Fausto, son sus héroes. "El pesimismo, dice Durkheim, acompaña siempre a las aspiraciones ilimitadas..." Es el tormento que roe y destruye la vida misma, es el mal del infinito la causa de los desequilibrios individuales y de las astenias colectivas.

La disciplina es, pues la base del equilibrio orgánico social en la que reposa no solamente el bienestar colectivo, sino la misma

felicidad individual. Tiene su fundamento en la naturaleza biológica y psíquica del ser humano, y se transforma en una necesidad irreductible de la existencia social.

Corresponde, en consecuencia, a la disciplina escolar una alta función educadora: organiza la psicología del niño, generalmente móvil y cambiante, acostumbrándolo a la regularidad y al método en el trabajo, conteniendo sus impacencias, sus saltos bruscos de una impulsión a otra, moderando sus deseos. Durkheim encuentra en el niño predisposiciones que ayudan a realizar este objetivo, facilitando la transmisión, hasta el fondo de la conciencia infantil, de la acción educativa. Estas predisposiciones son: 1º: El tradicionalismo. 2º: La receptividad del niño a la sugestión en general, y sobre todo a la sugestión imperativa.

El niño a la vez que inestable, móvil, cambiante, es también un misonéista. La afirmación parece paradójal, pero es fácil observar que el hábito contraído por el niño adquiere sobre él un imperio mayor que sobre el adulto. Difícilmente se desprende de aquellos que han llegado a hacerse carne en sus mecanismos cotidianos.

Ambas predisposiciones facilitan la formación de los hábitos correspondientes a los elementos de la disciplina: la regularidad y el respeto a la autoridad.

Esta noción de la disciplina, de la que emergen las penalidades escolares, explica mejor que el "orden" de que habla el doctor Terán, la base de la organización y funcionamiento de la escuela, y obedece a un concepto eminentemente social. El "orden" es una noción de derecho público, de policía, más bien que de regulación de ajustes internos. Actúa sobre relaciones jurídicas, no sobre mecanismos y psicologías en formación. El concepto de la disciplina es más amplio y comprensivo de las actividades docentes: abarca la estructura individual y la colectiva, comprende a su vez las relaciones que tienen atingencia con la moral, la ley y las actividades intelectuales; pues al imponer el sometimiento a las normas, que representan la conciencia social, provoca una determinación de la conducta individual.

VII

II.—El segundo factor social que organiza la escuela es el que se refiere al ambiente en el que actúa y se forma la psicología del niño, contribuyendo a desarrollar sus sentimientos morales. Su vida se desenvuelve bajo la influencia de distintos núcleos colectivos: la sociedad, en primer lugar, en su acepción genérica, y como consecuencia la de las diversas agrupaciones sociales en que se diversifica: los núcleos formados por el parentesco (la familia), para seguir la clasificación de Maunier; las agrupaciones de localidad (parroquia, municipio, ciudad, provincia, patria, humanidad); las de actividad (clase social, oficio, religión, deporte, etc.).

“Tenemos, desde luego, la sociedad, a la que hay que considerar, dice Durkheim, no como una suma o colección de individuos, sino como un ser *sui generis*, que tiene su naturaleza especial, distinta de la de sus miembros, y una personalidad propia, diferente de la de las personalidades individuales”. Existe, agrega, y es necesario que exista con toda la fuerza del término, un *ser social*, a fin de que la sociedad pueda jugar en moral un papel que el individuo no puede llenarlo. El doctor Terán no acepta esta concepción de la sociedad, porque cree que ella importa “suponer una sociedad sin individuos, o considerar a éstos como obra de aquélla”. ¿Porqué? La existencia de una individualidad biológica, ¿importa acaso negar la de los órganos y elementos que lo forman? El hecho de que el producto de la combinación adquiera propiedades diferentes de las de los elementos que lo componen, no importa negar la influencia de éstos sobre aquél, sino al contrario, afirmar cualidades específicas. La existencia del “ser social” es un hecho, una realidad, que se impone con la fuerza de las verdades objetivas, como lo es igualmente el de los individuos que la componen. Por lo demás existen en el individuo actividades que no tienen otra razón de ser que la del “ser social”, al que están vinculadas. El hombre no actúa moralmente, dice Durkheim, sino cuando persigue fines superiores a los individuales, cuando se hace el servidor de un ser superior a si mismo y a todos los otros individuos. Toda la

moral está edificada en vista de este ser superior al individuo, y como una limitación a las actividades de éste.

El doctor Terán nos dice que al hablar de individualismo, no lo toma en el concepto corriente, que considera al hombre como átomo social, sino en el de "fuerza original, de la que sale todo lo bueno y lo malo de la sociedad. Es el protagonista del drama social, el único capaz de conciencia, el único responsable trascendental sometido como criatura a leyes superiores. Es soberano en frente de la naturaleza y de la sociedad, a quienes el siglo XIX deificó para reemplazar al único Dios". El concepto es indudablemente absoluto, en cuanto contempla al individuo como algo más que "célula social", es la clásica concepción antropocéntrica, llevada a sus extremos y totalmente desvirtuada por la ciencia. La soberanía del hombre frente a la sociedad, aparece bastante quimérica, ante el hecho innegable de que sus deberes y derechos están subordinados a los de ésta, la que ha llegado a arrogarse derechos hasta sobre su vida, en los casos de actividad antisocial peligrosa. La misma responsabilidad, a la que se pretende dar un carácter de entidad trascendental, no existe, sino como una consecuencia de los deberes y derechos del individuo frente a la sociedad. Es una institución social, aun cuando se localice en el individuo, lo que se verifica, porque se trata, precisamente, de una actitud de éste, frente y en relación a aquélla.

También encuentra el doctor Terán en la estructura social argentina, "una forma larvada de comunismo" a causa de "la tradición del Estado-Providencia, con la que estamos connaturalizados". Y agrega, "decimos, pues, individualismo, en el plano social, como antítesis de comunismo, que hace la síntesis de la vida a la altura del apetito". De allí y de "la llamada tendencia social" deduce la existencia de nuestra inclinación burocrática.

Hay, en estas afirmaciones, una confusión de ideas, que es necesario aclarar. El "ser social", "espíritu social", o "sociedad", simplemente, como quiera llamársele, que la ciencia descubre como un hecho en el análisis de la vida colectiva, nada tiene que hacer con socialismo, comunismo, anarquismo o sindicalismo. Son cosas distintas. En la afirmación del ser social la investigación científica se limita a señalar la existencia de un ele-

mento con realidad objetiva, fijando su naturaleza, estructura, leyes de funcionamiento, tal como el anatomista describe el órgano que estudia y el fisiólogo su función. Socialismo, comunismo, anarquismo, son sistemas políticos, sociales y económicos que atacan como deficiente la actual organización y proponen otras en su reemplazo. "Es socialista, dice el más eminente de los sociólogos, toda doctrina que preconiza el enlace de todas las funciones económicas o de algunas de ellas, que hoy aparecen difusas, con los centros directores y conscientes de la sociedad". El comunismo, al contrario, en vez de preconizar esta unión de las funciones económicas a los centros directivos, propende a colocar la vida industrial fuera del Estado. Considera perniciosa la riqueza, por cuya razón sostiene que debe situársela fuera de la sociedad, y que el Estado solo puede desenvolver plenamente su papel, sustrayéndose por completo al contacto de la vida industrial. Para el socialismo, el carácter del Estado es esencialmente industrial y la riqueza solo es perniciosa cuando no está socializada. De allí su sistema de organización social de las funciones propiamente económicas, como la industria y el comercio, dejando, empero, en la esfera privada las de consumo. En el comunismo, a la inversa, la producción queda dentro de la actividad privada y el consumo es común.

Basta la definición de unos y otros, para establecer la ninguna correlación con el criterio sociológico de la sociedad, el estudio de su naturaleza, caracteres y funcionamiento. También basta tender una mirada a la formación histórica de la sociedad argentina, para verificar la inexistencia de cualquier "forma larvada de comunismo". No existe en nosotros tendencia alguna de estructura ni funcionamiento social, que pueda servir de apoyo a una afirmación de esa naturaleza, y si algo puede sostenerse, es precisamente lo contrario: una manifiesta deficiencia de aptitudes para la acción colectiva. Todo nuestro sistema de organización social es de carácter eminentemente individualista, fundado en el hondo arraigo de la propiedad privada y del capitalismo. La inclinación burocrática es consecuencia, no del concepto de extensión progresiva de las funciones del Estado, fenómeno que se observa hasta en los países de individualismo dinámico y emprendedor, sino de la modalidad de nuestro indi-

vidualismo, pues no puede existir "una sólida construcción de la autonomía individual", donde no existe una sólida construcción de la conciencia social. Las deficiencias que generan nuestro burocratismo reposan en una equivocada noción sobre las funciones del Estado y en una ausencia completa de comprensión de lo que importan los intereses colectivos. No existe el sentido real de los servicios públicos, función que se confunde con la beneficencia, no ya social, sino de aparcería. Es que falta, en los cimientos del espíritu colectivo, en la polarización de su sensibilidad atómica, las bases de esa conciencia social, única que forja la moralidad que construye el patriotismo. No hay inclinación burocrática de la naturaleza de la nuestra, en las sociedades en las que existe un alto concepto y una clara conciencia de las funciones sociales superiores.

Nuestra característica es, pues, lo contrario de lo que afirma el autor de *Espiritualizar nuestra escuela*. En nuestra estructura social predomina un individualismo *sui generis*, por que individualismo no significa, en su aplicación a una estructura social determinada, únicamente capacidad dinámica individual, riqueza de energía productora y de trabajo. No, puede también tener un significado meramente negativo: debilidad del espíritu de asociación, ineptitud de formación de una conciencia social superior. Y no es posible negar que carecemos del hábito y la aptitud correspondientes a toda disciplina orgánica. Somos incapaces de desenvolver una actividad determinada, de acuerdo con un plan metódico, en colaboración con otras fuerzas armónicas. No tenemos esa capacidad de administración de energías, imprescindible para la acción de conjunto en las labores colectivas. En materia de actividad asociada, carecemos del concepto básico de la organización, que importa distribución de trabajo y sentido de medida de la actividad individual a prestar. Si el burocratismo fuera el resultado de "la llamada tendencia social", él se habría afirmado por el gusto de los trabajos de la administración pública, el perfeccionamiento en los mecanismos de su organización, la mejora en todo sentido de los servicios públicos, con la elevación de tono del concepto y dignidad de la función pública, lo que no sucede. Al contrario, su descenso ha sido visible, sobre todo en ciertas épocas, acusando una absoluta carencia de

interés y anhelo de bien público. Se busca en él la comodidad personal, el salario fijo, la jubilación indeclinable, sin la preocupación del perfeccionamiento individual, ni colectivo, en la tarea a realizar. Es una manifestación de nuestro individualismo con carácter de egoísmo pasivo, anti-social, incapaz de un esfuerzo que lo ponga en contacto con otros espíritus, movilizándolo el propio.

VIII

Entremos ahora a la consideración de la influencia de los núcleos sociales en los que la sociedad se diversifica. El primer grupo que gravita sobre el niño en forma decisiva, es la familia. Alrededor de ella se forman sus sentimientos primarios y ella trabaja en la adquisición de sus ideas, hábitos y costumbres. Pero la familia evoluciona en un sentido que disminuye gradualmente su cohesión y se aflojan sus resortes. Esta evolución se traza siguiendo un plano que Durkheim califica de proceso de contracción y concentración progresivos: de la familia totémica, a la agnaticia indivisa, después a la patriarcal y finalmente a la familia conyugal. El tipo mismo de esta última, organizada sobre la base del matrimonio, evoluciona debilitando su estructura, con las transformaciones sufridas en el concepto del vínculo matrimonial, la situación de la mujer en el mismo, y la extensión creciente de las actividades de ésta en las funciones de la vida social. Esta modificación se opera por factores que nacen de su propia naturaleza, ya que actúan, según Davy, con un fermento de individualismo sobre la constitución de la familia y la naturaleza del parentesco. El régimen de la comunidad patrimonial tiende a desaparecer casi totalmente, con la transformación de las actividades y funciones femeninas, y el debilitamiento sensible del vínculo matrimonial. El régimen de la familia conyugal está, pues, en crisis, acentuándose, con el aflojamiento de este vínculo, una creciente y peligrosa disminución de la influencia y autoridad de los padres sobre los hijos. Y así ha podido afirmar el autor de *L'Educación moral*, "el centro de gravedad de la vida moral, que ayer residía en la familia, tiende cada vez más a desplazarse. La familia, es hoy, un órgano secundario del Estado".

Las agrupaciones que Maunier califica de localidad, ejercen, sin duda alguna, una influencia determinante, no ya en los sentimientos y estructura mental del niño, sino en los propios ideales de vida. Municipio, aldea, ciudad, provincia, patria, concentran influencias que desde, no ya el idioma mismo, sino las propias modalidades y aires fonéticos, hasta los más elevados sentimientos de ciudadanía y humanidad, están determinados por ellas. Su acción es múltiple, reflejando una diversidad de factores, cuya actuación más o menos permanente y orientada, contribuye a fijar la personalidad del niño. El sentimiento de nacionalidad, que no es otra cosa que el de la conciencia social del extenso núcleo colectivo de que forma parte, llega a transformarse en un sistema de normas, deberes y derechos, y a forjar un ideal de vida determinada. Es este ideal de vida el que plantea un problema: la aspiración de la escuela y de la educación, debe consistir en formar al ciudadano, o al hombre? ¿Deben primar los ideales de la humanidad, o los de la patria? La evolución histórica traza líneas precisas, de acuerdo con los conceptos sociales de la época y los ideales nacionales correspondientes, limitados en los de Grecia y Roma a las ciudades de Grecia e Italia, para desaparecer en la Edad Media, encerrada en los grupos feudales, hasta la formación de las nacionalidades. Pero el concepto del hombre, como tipo abstracto de ideal universal, imperó en las nociones pedagógicas, en forma más o menos vaga, hasta que la filosofía individualista del siglo XVIII le dió forma, aun cuando entonces aparece ya inspirada "en un noble y generoso ideal social: el de una sociedad organizada para abarcar a la humanidad y proveer a su perfectibilidad indefinida". El cristianismo medieval, con su concepción universalista y su base unitaria, definió un ideal humano extra-terrestre, con fines y objetivos extraños a la vida y a la sociedad; el individualismo del siglo XVIII concibe al hombre en la naturaleza, y en consecuencia libra a ésta la función educadora. Pero faltaba determinar cuál sería el órgano, el agente administrativo encargado de organizar y conducir el proceso de la instrucción. Es aquí donde reposó la deficiencia sustancial de la teoría: las individualidades no pueden ejecutar por sí mismas el trabajo que exige una organización determinada. Fué entonces

que, conjuntamente con el movimiento nacionalista en la vida pública, el espíritu germano concibió a la educación como una función cívica, correlativa a la realización del ideal del Estado nacional. "El Estado substituyó a la humanidad, dice Dewey, el cosmopolitismo cedió ante el nacionalismo. La formación del ciudadano, no la del hombre, llegó a ser la aspiración de la educación". La humanidad carece naturalmente de organización, de individualidad, no apareciendo sino como una abstracción, sin realidad visible, especificada en algún órgano definido. En cambio el Estado es el agrupamiento humano más elevado que existe, con realidad tangible y gran capacidad de acción. Necesita cohesionar y fundir en un sentimiento común la sociedad que dirige, por cuya razón le es imprescindible tener en sus manos el instrumento espiritual más apto y poderoso para realizarlo: la educación. Es indudablemente el elemento más eficaz para dar a una organización colectiva el sentimiento de la conciencia social, que en cada Estado se transforma en lo que se denomina el espíritu nacional y es por la educación por la que se realiza en manera más completa la formación del ciudadano. Ahora bien, los adversarios de este concepto señalan el peligro antisocial que puede encerrar la aplicación del sistema: entendido el nacionalismo con un criterio centrífugo, que oriente la actividad nacional hacia la expansión y la conquista, poniendo en situación de guerra a los Estados, crea el conflicto entre los sentimientos nacionales y los de humanidad, conflicto contrario a todo progreso y bienestar social. Pero cabe preguntar: ¿es éste el nacionalismo, o más bien una forma mórbida del mismo? El nacionalismo no puede ser entendido sino como un sentimiento que se concentra en la vida interior de una sociedad, con el propósito de tender a su mejoramiento, persiguiendo, con la unidad espiritual, su progreso y la intensificación de su cultura. Es una conciencia social, en el conjunto de otras muchas, con individualidad que no se excluye con la de las otras, a pesar de las diferencias que puedan separarlas, individualidades que se coordinan en la labor común del progreso universal. No hay, pues, antagonismo entre el ciudadano y el hombre, como no lo hay entre la función de la familia, la de la patria y la de la humanidad. "El hombre, dice Durkheim, no es

moralmente completo, sino cuando está moralmente sometido a esta triple acción”.

En lo que a nosotros respecta, nuestro nacionalismo nunca tuvo una forma expansiva. En nuestro país, como lo dice con mucho acierto el doctor Terán, ha sido siempre “un proceso de construcción interior, una fuerza creadora de solidaridad por la unificación de ideales morales”. Más aún, somos un país de inmigración y como tal necesitamos asimilar profundamente los elementos heterogéneos que se nos incorporan, a fin de no debilitar nuestra estructura social. La falta de esta asimilación nos ha llevado a desequilibrios muy grandes, produciéndose perturbaciones muy serias en el proceso de estratificación de las capas sociales. No hemos habilitado a la sociedad argentina de los elementos necesarios para producir la transformación requerida, ni siquiera hemos tenido la preocupación responsable que el problema exigía. Por eso la penetración extranjera en una serie continuada de generaciones, ha enervado la conciencia nacional, produciendo una clase directiva que ha llegado a las funciones de gobierno, con absoluto desconocimiento de nuestras problemas y necesidades. La falta de patriotismo, y en consecuencia la carencia de espíritu nacionalista, se evidencia más que en ninguna otra, en esta depresión de los conceptos de la función pública y en la despreocupación sobre los problemas vitales y la suerte del país. Es el coeficiente que señala con mayor fuerza y nitidez el descenso moral de nuestro nacionalismo.

La escuela debe ser, indudablemente, el centro de formación del nacionalismo, en su acepción profunda y elevada, que no debe limitarse al culto de los emblemas externos, sino al estudio y conocimiento de los problemas y necesidades del país. Debemos orientar la enseñanza, en lo que tiene de especial y regional, hacia el conocimiento de la vida argentina, vida y ambientes externo e interno, en toda su amplitud. Debemos inclinar la curiosidad intelectual del niño, hacia el estudio de la sociedad a la que pertenece, a fin de que la conozca en su más íntima estructura, y esté capacitado, en la actividad privada o pública que le toque actuar, a contribuir a su perfeccionamiento y a su progreso. “En lo que a la patria respecta, dice Durkheim, pero de la patria entendida en su alto sentido, la escuela es el único medio moral donde

el niño puede aprender metódicamente a conocerla y amarla. Es allí, precisamente, donde radica hoy la importancia primordial del papel que corresponde a la escuela en la formación moral del país”.

Esta misma coordinación de los ideales humanos y nacionales —hombre y ciudadano— nos revela la inexistencia de antítesis alguna entre el individuo y la sociedad. La escuela no puede existir sin la vinculación profunda y la penetración de ambos factores. En la fórmula individualista que subordina la sociedad al individuo y considera a éste soberano en frente de aquélla, está contenido el principio internacionalista que excluye al nacionalismo de la escuela.

ANGEL ACUÑA.

RABINDRANATH TAGORE, PEDAGOGO

LA pedagogía de Tagore es una pedagogía integral, como se la consideraba en la Edad Media, cuando el término tenía un significado muy amplio y quería decir “acompañar o conducir al niño y al joven por la senda de la educación física, intelectual y moral”. Hoy su significación se ha limitado mucho, y la pedagogía, salvo algunas excepciones, es el arte de enseñar al niño los conocimientos físicos e intelectuales, relegando la parte moral a un lugar subalterno. En realidad, esa ciencia comprende tanto la instrucción como la educación. De manera que se hace indispensable dedicar algunas palabras a explicar los dos términos.

La instrucción es el arte de instruir, impartir enseñanzas, amaestramientos y suministrar informes con un fin práctico. Así que tanto da instrucción el maestro que enseña a leer y escribir al niño, el carpintero que enseña al aprendiz el empleo de la gualpa, como el profesor universitario que da a sus alumnos un cuerpo determinado de teorías, y el artista que comunica a su discípulo la técnica de su arte. La instrucción, pues, es siempre una función externa, necesaria, por cuanto proporciona los medios de ser un elemento útil en el engranaje social. Por lo general, su misión termina otorgando un diploma que acredita la capacidad de quien lo pesee. En casi todos los países modernos, la instrucción está organizada por el Estado y presenta muchas gradaciones.

La educación es algo bien diferente. Es cierto que también imparte enseñanzas, pero la finalidad es otra. Más que a fines de utilidad práctica, ella tiende a formar el carácter, no tanto por asimilación de enseñanzas como por el despertar interno de facultades nuevas. Amplio y profundo es el papel de la educación. Las nociones del deber, de la moral, de la urbanidad, de la cortesía,

de la tolerancia, de las relaciones mutuas son de su incumbencia. Y si bien es cierto que la palabra deriva del verbo latino *educo* (de *e* y *duco*: llevar paso a paso), hay que tomar ese significado en sentido relativo y más con referencia a los niños que a los adultos. Si de la instrucción puede decirse que no termina nunca, porque siempre habrá alguien que desde afuera pueda suministrar conocimientos nuevos, de la educación debe afirmarse lo contrario. Llega un momento en que el adulto ha de ser abandonado a sus propias fuerzas, para que aprenda a utilizarlas merced a sus propias experiencias. Es verdad que ella tampoco suele terminar, pero es en otro sentido.

La instrucción y la educación deben ayudarse mutuamente, mirando a un solo fin, al siempre mayor perfeccionamiento del hombre en un sentido de totalidad. Con esta expresión queremos decir que no debe perderse nunca de vista el principio de unidad de la Vida, en que tanto se ha insistido en las dos notas anteriores. En esa totalidad o unidad no puede descuidarse el menor detalle, a fin de que la obra constructora, en lo interno y en lo externo, sea completa. La instrucción, al fin y al cabo, es puro conocimiento, vale decir que es pura acción intelectual, de naturaleza mecánica. La educación es función superior al intelecto, aunque sus resultados puedan quedar invisibles. Es sabiduría.

La instrucción pura, no vivificada por la educación, en la forma que acabamos de exponer, nos dará grandes eruditos, artífices, racionalistas, especialistas. Pero serán todos ellos fríos, carentes del calor que suele dar el fuego sagrado de los sentimientos y del amor hacia todos los semejantes, que jamás son nuestros adversarios y menos enemigos, aunque así nos parezca, sino nuestros colaboradores en el juego eterno y divino de las fuerzas constructoras que estimulan al hombre para que constantemente se esté superando. A su vez, la educación recibe una poderosa ayuda de la instrucción. Esta nos capacita para ser hábiles cooperadores en el mundo externo, cuyos beneficios no sospechamos, y nos enseña, además, la técnica para acelerar el desarrollo interno, la construcción del carácter, la vida espiritual.



Hasta qué punto la educación y la instrucción han contribuido al perfeccionamiento humano está a la vista. Un hondo malestar circula entre los padres, los instructores y educadores y los alumnos. Instrucción y lo que actualmente se denomina educación, se han extendido mucho, pero lo que ambas han ganado en extensión, lo han perdido en intensidad, y es éste el juicio menos severo que podemos emitir. Porque, de atenernos a lo que han afirmado Ibsen y Wells, por no citar a otros, habría que cerrar colegios y universidad y dejar en plena libertad a los adolescentes y a los jóvenes, para que cada uno se eduque y se instruya de acuerdo a sus peculiares tendencias, manteniendo sólo abiertas las escuelas primarias.

No pasa día sin que se haga un ensayo o sin que alguien presente un proyecto de reformas, tanto en los métodos de instrucción pública como en los de educación privada. Muchos de esos ensayos y reformas han fracasado, y el que registra el fracaso más rotundo es el Estado. Nos lo explicamos. En vez de tomar en consideración los valores psicológicos y tener como finalidad el bienestar colectivo, se ha mirado a las conveniencias particulares, a mantener privilegios de clases y prerrogativas heredadas. Los pocos ensayos han sido de resultados bien pobres, por querer conciliar lo viejo con lo nuevo. El espíritu burgués lo echa todo a perder, pretendiendo supeditar las reformas a los viejos principios del patriotismo, de la autoridad inviolable y del respeto a la propiedad privada. La Revolución Rusa ha comenzado, preciso es reconocerlo, una formidable obra de renovación; pero, para que esa obra sea completa, y dé los frutos benéficos que todos los espíritus libres esperamos, ha de prescindir de todos los medios coercitivos que utiliza y abandonar por completo el sistema de infiltrar en el ánimo de la juventud sentimientos de odio contra todo lo que no es proletario con el fin de defender la Revolución.

En verdad, estamos presenciando la agonía de un mundo que muere y los vagidos de otro que nace. Ya ninguna conciliación es posible entre un pasado lleno de prejuicios y un pre-

sente grávido de inquietudes renovadoras y ansias de libertad. De igual modo que la educación no puede subordinarse a la instrucción, ésta no puede supeditarse a los intereses privados, lo mismo da que sean individuales o de clase. Ni la una ni la otra pueden considerarse como un mecanismo que sólo acuerda derechos. Educar e instruir debe significar crear deberes. Los derechos vendrán solos, se darán “por añadidura”, sin que sea preciso invocarlos, pedirlos o exigirlos.

Esta profunda diferencia entre deberes y derechos empieza a ser sentida —aunque en forma vaga porque estamos en la fase inicial— entre los modernos estudiantes universitarios. Precisamente los conflictos que en muchos países se producen entre estudiantes y profesores son el resultado de ese choque entre lo nuevo y lo viejo. La juventud, —por definición idealista, generosa, desprendida— despierta al alborar de una época nueva hecha de comunidad de ideas, de sentimientos, de bienestar. Los viejos cuerpos docentes —por definición conservadores, timoratos, egoístas— representan la mentalidad de una época pasada que se va definitivamente. Quiérase que no, los estudiantes deberán tener en sus manos una de las riendas de la instrucción.

Este malestar debía producirse fatalmente. Es la consecuencia de todos los errores de pensamiento y de acción cometidos durante más de medio siglo. En ese tiempo hemos estado valorizando conquistas que no debían haber pasado de “motivos de experiencia”. La idea de la recompensa ha dominado nuestra mente y ha movido nuestros actos. Ha faltado una más amplia visión de la vida y una mayor capacidad de gozar de las cosas espirituales. Hemos sustituido siempre, como dice Gowrie, el placer fugaz a la felicidad estable. Nos hemos olvidado por completo de que en el mecanismo de dar y de pedir o exigir, el más rico y el más beneficiado es siempre aquel que sabe dar sin nada exigir, sin nada pedir.

No es de extrañar que un hombre de talento como Wells proponga el cierre de los Colegios y de las Universidades —con toda su *mise en scène*— y poner a los jóvenes de 15 ó 16 años en contacto con la realidad de la vida; que sea la vida la gran escuela de la enseñanza —que no puede ser impartida por medio de la literatura— conservando algunas instituciones al objeto

de las investigaciones científicas y para beneficio de aquellos estudiantes que deseen el contacto directo y la ayuda de profesores eminentes, cuyo deber sería participar el resultado de sus estudios a los estudiantes de todo el mundo.

El antiguo profesor —que hacía de su labor un apostolado— ha desaparecido, salvo raras excepciones. Hoy el profesor de enseñanza secundaria y universitaria ha sido arrastrado por el vórtice de la vida común y lo que menos le interesa es su misión, de la que con frecuencia tiene una idea equívoca; a veces no tiene ninguna. Lo que le interesa es figurar, mandar, ser reverenciado y ganar dinero, cuanto más dinero posible. Y así asistimos al triste y vergonzoso espectáculo de los profesores “acaparadores” de cátedras y de empleos, además del ejercicio de su particular profesión. Son hombres-máquinas que podrían ser sustituidos —con gran economía de tiempo y de dinero— por gramófonos, por films y por aparatos de radio.

Los casos de aquel profesor norteamericano a quien se le procesó por enseñar la ley de evolución, contraria a la Biblia, y el del profesor inglés que estuvo a punto de perder su cátedra por haber actuado de testigo en un proceso de divorcio, indican bien claramente a qué punto de gravedad ha llegado la cuestión. Los estudiantes que no conciben las claudicaciones, las imposiciones, el mercantilismo profesional y las camandulerías políticas, protestan y se alzan. Y hacen bien. Ellos son el presente. Un presente que ya no está dispuesto a dejarse sacrificar por la presión del pasado.

*

* *

Alma Mater o *alma parens*... Madre Alma llamaban los latinos a la patria para indicar que no sólo abstractamente sino físicamente ella debía ser considerada como la madre común de todos los ciudadanos: No cabe duda que en la jerarquía de la impersonalización, era un gran paso que el ciudadano daba, hallándose siempre dispuesto a inmolarsse sobre “el altar de la patria”.

Más tarde, el nombre de *alma mater* se dió a las Universidades. La expresión fué un símbolo espiritual. Se creó la Uni-

versidad cuando surgió la necesidad de recoger todo el inmenso caudal de los conocimientos, organizarlo en cuerpo de doctrinas y enseñarlo con método. Pero el nombre de Universidad, como su etimología lo indica, significa algo más. Significa no perder nunca de vista que nos movemos dentro de un Universo del que somos células y partes-integrantes. Significa no perder nunca de vista que como base de los conocimientos hay siempre un principio de unidad, de universalidad que tiene más valor que los conocimientos mismos.

Cuando en la Edad Media se fundaron las Universidades, su objeto fué el de formar hombres que dieran a la colectividad toda la eficiencia de sus aprendizajes, todo el calor de su alma, heredada del alma mater —llegando hasta el sacrificio de sus vidas, si fuera necesario, para el bienestar de sus semejantes— en el que estaba representada la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia. La Universidad estaba predestinada a minar los cimientos de la autoridad eclesiástica, feudal y real, y en gran parte lo ha conseguido. Cuando Víctor Hugo escribió: “esto matará aquello”, refiriéndose respectivamente a la Universidad y a la Iglesia, resumió en una frase, con la visión del genio, lo que fatalmente ha de suceder.

Las Universidades no han cumplido todavía su misión. Hasta podría agregarse que sufren un período de decadencia. No se han salvado de la modalidad general. Diariamente ellas lanzan al mundo hornadas tras hornadas de especialistas. Es que con la especialización de todas las ciencias, de todas las artes, de todas las actividades con la finalidad única de ganar la mayor cantidad de dinero en el menor tiempo posible, el especialista no sólo es indispensable sino que es el preferido en el engranaje social. La Universidad, en ese sentido, no se diferencia de las grandes fábricas industriales en que un obrero comienza torneando un perno y muere torneando un perno.

La síntesis, la Universalización, la idea de la Unidad se ha perdido de vista. A fuerza de tanto estudiar una estrella, un planeta, un cometa a través del telescopio, ya no se fija la vista en el firmamento para contemplarlo en conjunto, sentir toda su grandeza y su poesía. ¡El fragmento ha eclipsado el Todo!

En la química, en la física, en la electrotécnica, en todas las esferas de los esfuerzos humanos —dice William A. Gowrie— fué siempre el hombre de instrucción sintética y el educado en la santidad del amor el que ha triunfado. Hay hombres que a menudo suelen aventurarse en mares inexplorados, aun contra de las reglas del sentido común, guiados sólo por su intuición y su desprecio por las limitaciones. El inventor de la fotografía fué un oficial del ejército; el del motor eléctrico el empleado de un encuadernador; el del telégrafo un pintor retratista; el del telar Packard un sastré; y el de la máquina de escribir un agricultor. Un poeta inventó la máquina de sembrar; mientras el invento del disco de la máquina parlante fué el resultado del trabajo nocturno de un revendedor de trajes. El amanuense de un abogado inventó los cilindros de cera del fonógrafo; un droguero la máquina para fundir les letras de imprenta; un médico el neumático; un empleado de banco la máquina fotográfica portátil; un sacerdote de campo el film y un editor el aparato de defensa en los trabajos de perforación de montañas. El telar de medias fué inventado por un dentista; el primer aeroplano por dos reparadores de bicicletas; y el empleado de una droguería inventó el altoparlante. Y la lista podría aumentarse muchísimo más.

En medicina las más grandes revoluciones fueron producidas por personas extrañas a la profesión. Pasteur era químico. Priesnitz, creador de la hidroterapia, era un rudo campesino. Teodoro Hahn, Raussé, Rikli y Just no poseían ningún título académico. Parecería como si hubiese una voluntad invisible que se encargase de demostrar que los especialistas hallan el trabajo preparado por otros que no lo son; que las Universidades no tienen el monopolio de la inteligencia y que poseer un diploma no significa haber adquirido la sabiduría.

A esto hay que agregar la oposición casi sistemática que las Academias, Facultades y Corporaciones han hecho a los inventores. Galileo, Mesmer, Stephenson, Bell, el mismo Edison fueron tratados de locos. Los revolucionarios en el orden filosófico y religioso fueron a parar a la cárcel, a la hoguera y al cadalso.

A pesar de tantas andanzas, contrariedades, oposiciones, per-

secuciones y caídas, el *alma mater* no ha muerto. No puede morir. Desalojada de las Instituciones oficiales y oficializadas, que sólo trabajan a través de la línea cerebral, engendra fuera de ellas hijos no menos legítimos que trabajan a través de la línea intuitiva. Siendo así, hay que devolverla a su misión primitiva. Las Universidades deben albergarla nuevamente; reanimarse al contacto de su calor; transformarse de fábricas de especialistas en almacigos de hombres de cultura sintética que no pierdan jamás de vista que los secretos arrancados a la naturaleza deben servir para hermostrar la existencia de todos, sin exclusivismos odiosos; comprender y realizar, en fin, la mejor educación que es la que enseña a no estorbar y permite la mayor cantidad de experiencias individuales, únicas que pueden cambiar el conocimiento en sabiduría. Las Universidades deben terminar la obra empezada en el hogar y continuada en la escuela y en el colegio. Porque el *alma mater* cobija en su regazo al niño, al adolescente y al joven. Lo que tiene más importancia no es lo que se enseña sino para qué se enseña. Somos todos como viajeros en la Tierra y el *alma mater* —el principio de la Síntesis, de la Unidad y de la Universidad— es el faro que nos guía en nuestro andar para que resulte lo menos penoso posible.

*

* *

Hemos aludido a los ensayos hechos para una total renovación de la Pedagogía. Algunos de éstos han dado excelentes resultados. También nos hemos ocupado en esta misma revista de la admirable obra de Bakulé. Sería muy extenso detallar esos ensayos. Nos limitaremos a decir que se han realizado en Alemania, en Francia, en Bélgica, Turquía, y principalmente en Estados Unidos de Norte América. En agosto de 1928 recibimos la visita de Miss Elvira Brainer, jefa de la sección Educación de la Unión Panamericana, con sede en Wáshington, de la que es presidente el doctor Rowe, bien conocido en toda Sud América. El objeto de tal visita era adquirir un conocimiento directo de las formas que tiene en cada país, pues son ellas las que reflejan más fielmente las características de cada pueblo. Ya sabemos, por otra parte, que la Unión Panamericana persi-

que el loable propósito de una siempre más estrecha vinculación entre los elementos intelectuales de la América entera. La señorita Brainer nos expuso extensamente lo que en su país se ha hecho en materia de educación y de instrucción, particularmente por iniciativa de la Universidad de Harvard, de la fundación de *Colleges*, del sistema de Winnetka, así llamado por la localidad donde la institución funciona. Sin embargo, a nuestro entender, ninguna de esas iniciativas ha tenido un carácter más amplio y más completo que la de Rabindranath Tagore. Es de ella que deseamos ocuparnos con preferencia. Hemos de advertir que utilizamos los datos que hace unos años nos suministró nuestro buen amigo, el mejicano don Adolfo de la Peña Gil, quien visitó la escuela del Poeta.

A pocas horas de Calcuta (Bergala, India) se halla una modesta aldea denominada Bholpur. En el límite de su ejido está situada la propiedad de la familia Tagore, conocida con el nombre de Shantiniketan (la Casa de la Paz). Ya hemos dicho que allí se retiraron en 1866 Devindranath Tagore, a raíz del cisma que se produjo en la Brahmosamaj, y en 1905 Rabindranath Tagore, al comprobar que el movimiento nacionalista hindú adquiriría caracteres violentos. En esa heredad, el Poeta fundó la *Visva Bháratí*, expresión que significa Universidad Internacional. El pensamiento básico de la fundación fué, además de pedagógico, dar a conocer al mundo occidental cuanto el Oriente, y en particular la India, tienen de más excelso en filosofía y arte; y al mismo tiempo recibir del Occidente lo mejor que produce. Tagore supo conciliar, dentro de una estructura ética, los elementos más puros de su humanismo y de su nacionalismo, sin la menor antítesis. En el acto de la constitución de la *Visva Bháratí* constan la cesión de la heredad como base de la dotación de la Universidad.

El paisaje y la campiña circundantes son bellos, tranquilos y apacibles. Se ve y se respira serenidad en todas partes. Grupos de jóvenes hindúes, vestidas de blanco, ponen en el escenario agradables notas de alegría. Practican ejercicios eurítmicos en pleno campo, cerca de la escuela especial para ellas, que forma parte del plantel educacional. Allí habitan con sus maestras; pero la instrucción se imparte a grupos mixtos. Y no es éste el menor de los méritos de Tagore: haber implantado y aclimatado en su suelo la coedu-

cación; pues hay que recordar que en Oriente, excepción hecha de Burma, la mujer no goza de las prerrogativas de su hermana occidental. Por lo general vive excluida de todo beneficio social y cultural, casi hasta del religioso. Apenas ahora en la India la mujer comienza a hacer su aparición en la vida social, sin ser considerada como entidad aparte y libre de la tutela del padre, del marido o del hermano. Adulterando el pensamiento primitivo de los Arios, la civilización de la India ha pecado por exceso de unilateralismo, excluyendo al elemento femenino de todo lo que no fuese deberes matrimoniales. Hasta hay quien afirma que si tal país ha sufrido desoladamente ha sido por la ausencia de la mujer en la vida social, intelectual, artística y comercial, municipal y política, y que esta noble y generosa nación no pesará mucho en la balanza internacional mientras la mujer no salga de la reclusión del gineceo en que hoy vive. Tagore, que procede de una familia de rebeldes a toda ortodoxia y a todo convencionalismo, ha establecido la coeducación como el mejor medio de combatir viejos prejuicios sociales, ofreciendo a las mujeres la posibilidad de conquistar por sí mismas su propia emancipación.

El "casco" de la hacienda, es decir, la vieja casa que habitó el padre del poeta, sirve para ofrecer hospedaje gratuito a los visitantes, cuyos nombres quedan anotados en un registro. Allí cerca, diseminados, se ven los modestos locales habilitados para oficinas administrativas, salas de clases, refectorios, dormitorios, etc. En cualquier parte donde haya sitio para un grupo de oyentes y su profesor, bajo la arboleda o en alguna pequeña esplanada, se han colocado bancos semicirculares de cemento, en anfiteatro romano. Uno cree verse en los jardines de alguna academia griega, ilusión que se acrecienta al contemplar parejas de estudiantes que pasean a lo lejos, envueltos en mantos de alegres colores y delicadas volutas.

Los muchachos expresan gozo y vivacidad en la mirada, evidenciando la satisfacción de hallarse allí. Los dormitorios, muy modestos, son aseados, sin recargo de muebles, sin amplios salones ni suntuosas escalinatas ni nada que indique lujo. Sus residentes trabajan casi al aire libre en pleno contacto con la naturaleza y con la vida. Todo es, pues, distinto de las viejas o

mundanas universidades tan ricamente dotadas por el Estado. Bien al contrario: ésta de Tagore acabará por donde aquéllas empezaron, por un sólido edificio. La tónica de la institución es un ideal de servicio y de cooperación desinteresados. Los sueldos y precios de matrícula apenas si merecen ese nombre. "Las universidades no se hacen con hermosos edificios y rico mobiliario —dicen— sino con profesores y alumnos".

La biblioteca formada con donativos de muchas partes del mundo y por libros en muchos idiomas, contiene más de tres mil manuscritos en hojas de palmera o arroz y preciosos "incunables" tibetanos que sólo esperan competente traductor. Por allí cerca y bajo un arbusto, un banco de mármol sobre una pequeña plataforma de azulejos, señala el sitio donde el Rishi progenitor de Tagore —un santo, según allí se le conceptúa— alcanzó su primer contacto con la luz de la Unidad. El epígrafe del frontón triangular del tablero que sirve de respaldo conmemora la frase que en tal circunstancia pronunció.

La habitación del Poeta es una primorosa casita en cemento, semirromana en su disposición, casi una *loggia* abierta a los cuatro vientos, limpia y reluciente como la excelsa individualidad que la habita. Esos peristilos, bien techados, para servir, a la vez, de terrazas, llevan por plataformas escalonadas, de rojo cemento, a una especie de sala central sin paredes, donde Tagore recibe. Desde allí se divisa la diminuta alcoba, el reducido despacho, un saloncito de lectura y otro pequeño cuarto en el ángulo de incidencia de los peristilos. Muebles solamente los indispensables. Todo allí sugiere desapego de lo material; todo habla de usar de nuestras cosas como si fuesen ajenas, viviendo en un ascetismo ciudadano. El techo se compone de varias torrecitas, y en la más alta, la del centro, dos confortables bancos de cemento que la encuadran como un parapeto, convidan a sentarse en la quietud de la tarde, para escuchar la voz del que sabe, para conversar sobre la belleza de las cosas naturales.

Inmediata se halla la casa habitación del hijo de Tagore, acaudalado e influyente ciudadano bengalés. A cierta distancia, una semirrotonda para residentes europeos, otras casas y más allá un "Templo" de paredes engalanadas con discreto color, en donde se efectúan las plegarias colectivas al Uno sin nombre.

La atracción principal de Shantiniketan es, por supuesto, la presencia del fundador de la Universidad. La nota internacional se halla representada por algunos profesores y artistas de diversos países.

*

* * *

Tres parecen ser los postulados fundamentales —dice de la Peña Gil— del concepto pedagógico tagoriano:

- a) La Universidad debe ser planetaria (Unidad).
- b) El sistema acaba donde el educando empieza (Conciencia).
- c) El maestro debe enseñar aprendiendo (Vida).

Toda universidad occidental ha llevado en sí misma la gran limitación de ser hemisférica en sus ideales y sistemas. En cualquiera de ellas se aprende lo que el genio occidental ha aportado al conocimiento y civilizaciones generales, pero se ignora todo lo que atañe a la cultura de la conciencia individual, y es por eso que nuestras universidades dejan trunca su labor. De ellas proceden los “jóvenes apolos extraordinariamente mal preparados para la gran pequeñez de la vida”. El intelecto se cultiva normalmente, pero no así el carácter. Y nada digamos de las emociones. De ahí la imprescindible necesidad de una infusión de sabiduría oriental acerca de procedimientos introspectivos para dotar a los planteles aludidos su verdadero carácter de universidad perfecta.

“El sistema con sus rigideces de uniformidad, es opuesto a la expresión que la conciencia pide a través del niño o del adulto. No puede haber mayor diversidad que en las maneras bajo las cuales la conciencia busca su manifestación y no habrá, tal vez, peligro más serio para la mente que el hallarse limitada por un sistema. Es dura de romper la cáscara de la ortodoxia universitaria, y mientras los graduados permanezcan perfectamente fieles al sistema, mientras todo su equipo mental se halle moldeado por él, su infortunada conciencia sufrirá por ambos conceptos: la opresión impuesta y el estímulo omitido.

El maestro nunca podrá serlo de veras a menos que él

mismo esté aprendiendo aún. Pues cuando el maestro cree haber agotado el estudio en su ramo, cesa de poner vida en él y empieza a cargar la mente del alumno con ideas catalogadas que pronto le ocasionan pereza mental. Es, por lo tanto, indispensable que el saber del maestro debe conservar contacto diario con los reactivos de la siempre cambiante vida. Su conocimiento expira cuando no inspira; obstruye cuando el alumno nada construye por sí mismo. No necesita el estudiante ideas ya clasificadas, sino más bien motivos tendientes a ser clasificados con su propia mente. Asuntos que fueron vitales para sus antepasados son fósiles de museo para él. La vida está siempre viviendo y el joven necesita comunicarse con ella, manejar el crisol del saber al mismo tiempo que lo recibe de manos del maestro. Por eso deben ambos vivir en comunidad, dominados por una conjunta aspiración hacia la verdad y participando simultáneamente de los beneficios de la investigación y de la cultura.

Los artistas italianos, en la época del Renacimiento, solían conservar a su lado al discípulo por largos años, aprendiendo mientras enseñaban, fomentando la inspiración de la juventud. Ese mismo sistema es el adoptado en la época inmemorial por los Gurús de la India; es el que ha preconizado Tagore y el que se pone en práctica en Shantiniketan, donde se da el caso de un profesor encargado de un grupo cuadragesimal de muchachos, vivir, estudiar, jugar y cantar conjuntamente con ellos, cultivar el jardín, edificar una casa, fabricar los muebles y decorarlos, al mismo tiempo que enseña el arte de hacer todo eso; acudir a las plegarias de conjunto; en fin, sentirse como cualquiera de los educandos”.

*

* *

Si queremos que haya en el mundo una verdadera democracia es necesario que preparemos los elementos que han de integrarla, elementos que se forman en el hogar, en la escuela, en el colegio, en la Universidad, mediante una buena educación. Donde no hay educación no hay democracia.

Si cuando fabricamos una máquina no descuidamos el menor detalle, el más pequeño tornillo, ¿cómo es posible el descuido tratándose de la máquina humana, que es la más perfecta de todas? Es verdad que en ella hay una fuerza interior impelente que todo lo dirige y plasma; pero también es verdad que cuanto mejores son las condiciones externas, en mejores condiciones aquélla funcionará. No sin fundamento se ha dicho que las malas voluntades de las personas que cuidan y rodean a un niño pueden hasta hacerle malograr una existencia.

La última gran guerra —dice un escritor hindú— fué en parte el fruto de una educación que había desarrollado en los hombres, desde la niñez, la animalidad. La función principal de la educación es hacer que los hombres fraternicen y se amen. Esa es la verdadera civilización. Las satisfacciones de la existencia deben hallarse no en poseer riquezas y honores sino en la cantidad de bien que se puede hacer. Los mejores métodos educadores serán siempre aquéllos que infiltren en el ánimo de los hombres la tendencia a la cooperación. La educación actual se ha dirigido más bien al intelecto; la futura debe dedicarse a despertar la intuición sirviéndose como auxilio de la belleza. A la belleza exterior de la forma debe corresponder la belleza interior del alma, porque donde ésta se halle están el amor y los sentimientos fraternales. En las escuelas del futuro todo se dispondrá alrededor de los alumnos tan bellamente como para que adquieran esa noción de unidad.

Los maestros, por su parte, harán que cada escuela sea una fuente viva de deleite, de inspiración. Debemos reverenciar a los niños porque en ellos más maravillosamente se manifiesta la divinidad. Todos cuidaremos de los niños como flores que nacen en el jardín de la Vida. Educadores y educandos aprenderán que sólo merece ser conocido aquéllo que acerca a los hombres sin limitaciones de razas, credos, nación, castas y sexos. Unos y otros aprenderán que, por encima de todo eso, está la divinidad que late en el interior de cada uno.

ARTURO MONTESANO DELCHI.

ALBERT SAMAIN Y SU CRITICO MAS RECIENTE

Pocos poetas modernos han logrado dejar una obra que satisfaga a las exigencias de los críticos actuales más heterodoxos y resista los viceversas de los gustos estéticos que en materia literaria predominan.

El destino póstumo de Albert Samain ha sido una privilegiada supervivencia espiritual que ha esfumado los linderos restrictivos del tiempo para convertirlo en el autor predilecto no ya de una época, sino de un período de la vida humana: el de la juventud.

Numerosos son los estudios dedicados al poeta francés, y entre ellos se destaca el del joven crítico Georges Bonneau (1) como el más completo y metódico a todas luces. Ciertamente que no supera en la parte biográfica a la obra maestra de León Bocquet, *Albert Samain, sa vie, son oeuvre* (Paris, *Mercur de France*, 1905) —ensayo que no aspira a la imparcialidad, por ser ante todo fino tributo de simpatía—, pero profundiza con mayor suficiencia la teoría de su arte y establece todos sus nexos y afinidades con el de otros prominentes cultores de la lírica en Francia.

Deseo aquí examinar las ideas substanciales de Bonneau, aunque debo advertir de antemano que me es forzoso opinar en desavenencia con el reputado crítico que merced a su trabajo sobre Samain conquistó el título de “docteur ès lettres”.

Bonneau comienza por formular, en una de las primeras páginas de su libro, una hipótesis interesante: las diversas relaciones —afirma— existentes entre el yo y las cosas, entre el

(1) *Albert Samain, poète symboliste, tesis* (Paris, 1925). Las ideas esenciales de este estudio aparecen repetidas en *Le Symbolisme dans la Littérature française contemporaine* (Paris, 1930), del mismo Bonneau.

sujeto y el ser, explican fundamentalmente la evolución de la poesía moderna, a partir del romanticismo. Los partidarios de Chateaubriand y Hugo imaginaban la descripción de los objetos como la oportunidad de expresar un estado simultáneo, pero no correspondiente, de la conciencia individual. No atinaban a fundir las cosas con el alma, porque el mundo les parecía una pantalla o telón ("écran") en que las manifestaciones del yo se dramatizan y amplifican. En cambio, los simbolistas han sabido identificar los dos términos supremos, el espíritu y la realidad exterior, que los parnasianos vacilaban en unir y los románticos desvinculaban por completo.

A esto puedo objetar, ante todo, que la teoría del autor francés dista mucho de ser nueva. Como reminiscencia de mis lecturas, citaré a Robert de Souza, que en su obra, publicada a fines del siglo pasado, *La poésie populaire et le lyrisme sentimental*, dice: "Les poètes traditionnels s'efforcèrent d'acquérir le sens de l'art populaire, pour ainsi dire, par le dehors, par la préoccupation du sujet, par l'exactitude de la mise en scène. C'est par le dedans que les poètes novateurs le retrouvèrent, d'instinct, tout d'abord sans y penser, par le seul fait d'une analogique manière de sentir" (1). En otro lugar del mismo estudio cita estos versos tan sabidos de Verlaine (que precisamente reproduce Bonneau):

Il pleure dans mon cœur
Comme il pleut sur la ville,
Quelle est cette langueur
Qui pénètre mon cœur?

y formula el siguiente comentario: "Il est important de remarquer ici comment le sentiment noue le détail extérieur au détail intérieur sans les juxtaposer par sucesions de placages suivant les procédés romantiques".

Toda la doctrina del crítico de Samain está encerrada en las palabras precedentes. "Le Symbolisme fond —expresa Bonneau— dans une communion intime les deux termes moi et chose que le Romantisme posait simultanément, que le Parnasse hésitait à juxtaposer".

(1) He tenido a la vista la segunda edición (1899).

Ambos coinciden, pues, punto por punto, pero veamos qué ejemplos o pruebas aducen en apoyo de tal aseveración. El primero se escuda en el transcripto pasaje de Verlaine, pero no hace mención de ningún romántico en particular. En cuanto al segundo, habla de Lamartine, y en abono de su aserto copia estos versos de *Meditations*:

Souvent, sur la montagne, à l'ombre du vieux chêne,
au coucher du soleil, tristement je m'assieds...
Mais à ces doux tableaux mon âme indifférente...

(*Le Vallon*).

A primera vista, nada cabe replicar a la demostración: es "irrefutable"... , pero en seguida se verá que no del todo. Lamartine desliga las cosas de su yo; Verlaine, según nuestro autor, procede a la inversa, como se infiere de estas frases de *Poèmes saturniens*, que pertenecen a la serie de *Paysages tristes*.

Et je m'en vais
Au vent mauvais,
Qui m'emporte
Decà, delà,
Pareil à la
Feuille

Morte.

Y aquí Bonneau se aparta de la probidad intelectual que fuese de desear, pues en las *Meditaciones poéticas* de Lamartine figuran los siguientes versos —desde luego por aquél no mencionados—, que vinculan al poeta romántico con Verlaine y son bastantes a rebatir su tesis:

Et, je suis semblable à la feuille flétrie:
Emportez-moi comme elle, orageux aquilons.

El símil es exactamente el mismo. Verlaine no dió con ninguna imagen nueva al compararse con una hoja marchita, como no dice novedad alguna la poetisa gallega Rosalía de Castro en el pasaje que sigue:

Levaime, levaime airiños
Come unha follia seca.

¿Es posible entonces basar toda la diferencia entre los románticos, los parnasianos y los simbolistas sobre la asociación o el desligamiento del yo y las cosas? Creo firmemente que no.

Sería, a lo sumo, una regla tan sujeta a excepciones que perdería su valor de tal y parecería anulada por ellas. Además, nuestro autor no alude a los poetas anteriores a la época del romanticismo, sin duda porque los cree totalmente ajenos a lo que él considera como una "innovación" de los simbolistas. Otro error. Desde hace muchos siglos suelen los cantores líricos fusionar su propio espíritu con la materialidad objetiva, actitud peculiar a casi todos los hijos de Apolo.

¿No parangona Lope de Vega su vida a una desorientada barquilla, sin brújula ni gobernalle?:

Pobre barquilla mía,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola...

¿Y Jorge Manrique en sus *Coplas* no compara la existencia humana, incluyendo por supuesto la suya, a los ríos?

Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar en la mar,
Que es el morir.

Según se ve, me refiero a versos bien difundidos, que nadie osará tachar de "rebuscados", supongo.

* * *

¿En qué estriba la originalidad de Samain? Este poeta no introdujo ninguna innovación en la métrica ni en el fondo conceptual de la lírica (1). Era un cantor esencialmente ecléctico, tímido en la vida y en el arte, es decir, incapaz de revolucionar los cánones estéticos consagrados. No se alistó en ninguna escuela literaria en realidad, a pesar de que por algún tiempo fue discípulo de Mallarmé.

En Samain se reflejan y convergen todas las tendencias poéticas del parnaso francés de la pasada centuria, pero a ninguna modalidad literaria se entregó en forma absorbente. Su idealismo es puramente romántico, y el hondo encanto que emana de sus poemas se explica por dos cualidades substanciales — belleza y emoción—, características de todas sus composiciones.

(1) Ya lo dijo León Bocquet: "Il n'a rien inventé, rien découvert, ni dans la forme, ni dans le fond, ni même dans le rythme".

Samain parece haber escrito sus versos en un estado de éxtasis y en un ambiente de misterio. Sueña siempre con cosas vagas e indefinibles; así habla de la oscura emoción de la soledad, de la inquietud de las horas silenciosas, etc. De los románticos se ha apropiado, además, la propensión a exaltar los sentimientos enfermizos. El poeta nos recuerda a René por su nostalgia, si imaginamos a René no como una creación de Chateaubriand, sino como un personaje real y que escribiese versos por añadidura.

Afirmaba Samain, como fruto del estudio psicológico de sí mismo, que las almas tienen sexo, al igual que las personas, sin coincidir empero con el de éstas. Hay hombres que poseen un alma femenina, y viceversa. Pues bien, el poeta era "une âme femelle", delicada, impresionable, lánguida, y hasta dijérase "ruborosa"; princesa vestida de gala, pero de quien la alegría ha huído sin perspectiva de retorno:

Mon âme est une infante en robe de parade,
Dont l'exil se reflète, éternel et royal,
Aux grands miroirs déserts d'un vieil Escorial,
Ainsi qu'une galère oubliée en la rade...

Su poesía, envuelta en sueños de vaporosa transparencia, toda de nostalgia, sumisa y recóndita, está sahumada con hábitos de azahares en flor, y a través del verso serpentea la gracia como una vena azul bajo la piel mórbida y sedosa. Vate sin arrestos ni bizarrias, que practicaba la elegante abstinencia de los entusiasmos plebeyos y andaba inseguro por en medio del torbellino de la vida, permanecía aislado en su mirador de ensueño, extático y meditabundo, como un antiguo sacerdote de Heliópolis. Su voz es pura, confidencial, triste, con un hilo de sollozo en el acento, por lo común algo grave y solemne. Por eso fluye de sus rimas cierta límpida agua romántica: ese tono continuamente plañidero, de quejumbre no justificada, ha hecho siempre las delicias de los lectores de veinte años. Samain tenía el orgullo de su nostalgia y de su llanto, según lo declara sin rebozo en el siguiente verso:

Et que mon âme où vit le goût secret des pleurs...

Creía firmemente en la inutilidad del esfuerzo, evitaba em-

prender ninguna acción pragmática y era sombríamente fatalista como un devoto del Corán (“Sachant trop pour lutter comme tout est fatal”). Jamás le preocupó el mañana: su página favorita llamábase “naguère”, y trató de explicar su abulia en esta frase de *Poèmes inachevés*: “Je suis trop las d’hier pour commencer demain”. Es cierto. Su juventud, monótona, vulgar y gris, le había envenenado el alma de melancolía y tedio incurables. ¿“Pero fué acaso juventud la suya”?; cabría repetir con Darío, o preguntarle con palabras de Verlaine:

—Qu’as-tu fait, ô toi que voilà
Pleurant sans cesse,
Dis, qu’as-tu fait, toi, que voilà
De ta jeunesse?

Que su alma era femenina lo prueba el hecho de que, impotente en su infinita ternura, no pudiese amar: en vez de apasionar el corazón de su amada, le entregaba el suyo, como un pájaro azorado, “al que una mirada hace temblar”. Su gran pasión eran las rosas. De ellas gustaba “hasta el sufrimiento”, y en su belleza ansiaba inspirarse cuando ejercía el sagrado misterio del arte:

Je rêve de vers doux mourant comme des roses

Bajo la influencia de Mallarmé rendía un culto casi supersticioso a las flores y cantaba a los serafines vespertinos que sollozan sobre el azul de las corolas cuando la luna se atrista:

Le Séraphin des soirs passe le long des fleurs...
La Dame-aux-Songes chante à l’orgue de l’église;
Et le ciel, où la fin du jour se subtilise,
Prolonge une agonie exquise de couleurs.

Le Séraphin des soirs passe le long des coeurs...
Les vierges au balcon boivent l’amour des brises,
Et sur les fleurs et sur les vierges indécises
Il neige lentement d’adorables pâleurs.

Después de las rosas nada solicitaba más su afecto que el silencio, el augusto y dulce compañero ponderado también por el autor de *Hérodiade*.

Et je restai, bercé sur un flût d’indolence,
A respirer ton âme, ô beau soir de silence.

Extrême-Orient (1).

(1) Poesía de *Au Jardin de l’Infante*.

Como Darío, no era un poeta "para muchedumbres", y al contemplarlas sentíase disgustado de la vida, al extremo de que una especie de basca "le subía hasta los dientes". Pero —y este es el milagro de la creación estética— Samain que alardeaba de su aristocrático horror a las multitudes, ha alcanzado relativa popularidad, por virtud de la emoción y la belleza que avaloran su obra y son a la vez dos cualidades que identifican a los espíritus nobles.

Imaginábase solo y magnífico como una princesa legendaria (nótese que no se compara a un príncipe), en una atalaya sidérea, que describe en el soneto "La Tour" y cuyo "real tesoro" era su orgullo:

Un soir, j'ai fait monter mon trône de porphyre,
 Pour jamais, au plus haut de ma plus haute tour.
 Et là, dominant l'homme et les cités sonores,
 J'ai vécu seul parmi l'azur silencieux...

Samain fué un mero espectador consciente de la existencia, cuya verdadera luz fulguraba más allá de su alcance. La vida parecíale una flor, cuyo perfume intenso no se atrevía a aspirar plenamente, sabedor de que todo "parfum terrestre est douloureux au fond". Y no es que mostrara indiferencia ante el espectáculo de la naturaleza: los bosques y los montes, los pastores y el ganado, son temas que resuenan triunfalmente en el cántico panteísta titulado "*Symphonie heroïque*, incluido en *Chariot d'or*. Su pesimismo se refiere a los sentimientos humanos ("Vieux couple eternel: l'Avarice et l'Amour"), la esterilidad del esfuerzo y lo baladí de las satisfacciones mundanas. La sociedad le fué hostil: nadie se compadeció de su juventud adusta, condenada al sufrimiento. El destino le fué adverso: su alma superior floreció en un cuerpo feble y canijo, zamarreado como un sauce por los vendavales de la cruel estación. De ahí su desdén por los hombres y su tono de continuo lamento, que si bien no aparecen justificados en su poesía; como he dicho, se explican suficientemente por su vida y su sino ingratos. Pero el dolor del poeta no brota nunca empapado en lágrimas amargas: logra reprimirlo serenamente y lo atempera por el contacto de sus etéreos ensueños, que parecen bordados con caprichosas volutas de humo. Los parnasianos, por otra parte, le habían enseñado los peligros de la

antigua fórmula "Omnia lugens". Y esta tranquila resignación, que se adquiere cuando el carácter ha sido bien templado por las contrariedades, constituye su cualidad dominante y presta un sutil encanto a sus poemas. "No hay acción que llegue a la grandeza —ha expresado con pleno fundamento Alfredo Capus—, no hay obra de arte que llegue a lo sublime, sin que haya disciplina interior en el poeta, en el artista o en el héroe". Samain supo, en efecto, disciplinar admirablemente sus sentimientos, imponerles el freno del arte y repudiar las expresiones desgarradoras para desfogar su alma crepuscular, propensa a la queja. Por preferir esta digna templanza y moderación, el tono apacible al exaltado, se apartó de los románticos fogosos para acercarse más bien a Petrarca, cuyo sensato consejo puso en práctica:

Per gridar forte non si canta bene,
Ma con soave e dolce melodia
Si fa bel canto, e ció vuol maestria.

Otra característica esencial del poeta es la vaguedad de sus aspiraciones, lo impreciso de su nostalgia, que halla ambiente propicio en "la forêt du Rêve et de l'Enchantement". E indefinida pero no nebulosa es la poesía por él anhelada, sin ritmo, ni trama, libre y fragante como "la cabellera de Ofelia":

Des vers blonds où le sens fluide se délíe
Comme sur l'eau la chevelure d'Ophélie,
Des vers silencieux et sans rythme et sans trame
Où la rime sans bruit glisse comme une rame...
Des vers de soir d'automne ensorcelant les heures
Au rite féminin des syllabes mineures,
Des vers de soir d'amour énervés de verveine,
Ou l'âme sente exquise une caresse à peine.
Je rêve des vers doux mourant comme des roses...

Por todas las consideraciones precedentes creo que Bonneau se arriesga demasiado cuando dice: "J'ai salué dans Samain le plus pur des symbolistes", juicio que se basa en que Samain emplea "más" el símbolo que cualquier otro poeta. Pero está claro que se trata de lo que el crítico contemporáneo entiende por "símbolo": la afirmación de una analogía esencial entre un momento de la duración de las cosas y un momento de la duración del yo y el esfuerzo por mantener la plástica y la música de las palabras en íntima relación entre los colores y los ritmos

externos". Dicha analogía la halla Bonneau empleada con suma frecuencia por Samain, pero ya se ha visto que no es exclusiva del poeta en cuestión. Convengo en que el autor de *Aux Flancs du vase* revela clara preferencia por tal procedimiento poético, pero esto no basta, a mi entender, para considerarle como "el más puro de los simbolistas", puesto que no puede subordinarse la caracterización de una escuela literaria a un concepto cuantitativo. Es necesario dar con algún rasgo fundamental que muestre a las claras la diferencia existente entre el simbolismo y todas las escuelas poéticas que le precedieron. Por otra parte, afirma Bonneau que Verlaine es también un autor lírico simbolista, y "más grande poeta que Samain", pero los símbolos de este último son "más puros", a su juicio. Sutilezas demasiado tenues, como se ve...

Preciso es observar que el profesor francés no reconoce originalidad en el autor que estudia, y arriba, después de una análisis muy completo, a estas conclusiones irrefutables: Samain tomó de Baudelaire el gusto de lo irreal, así como el asunto de las "mujeres fatales"; de Heredia, las evocaciones de Cleopatra y Marco Antonio; de algunos pintores como Gustave Moreau, Boucher y Wateau, asuntos íntegros, que versificó (verbigracia: *La agradable lección e Invitación al viaje*), de Poe y Macpherson el sentido de lo misterioso y trágico, de los parnasianos, la preocupación artística, y particularmente de Leconte de Lisle, el método descriptivo aplicado a la naturaleza, etc.

Pues bien: Verlaine es mucho más personal, y en su alambique poético no han sido destiladas tantas substancias diversas. Apenas se le ha señalado un precursor indiscutible: Marcelina Desbordes-Valmore.

Recordemos, por otra parte, que el simbolismo lírico es ante todo un intento de poesía "puramente intuitiva" e implica una reacción contra la poesía grávida de elementos conceptuales, tal la de los románticos, tal la de un realista como Campoamor, muchos de cuyos poemas son sencillos tratados filosóficos en verso. De acuerdo con este criterio, Lamartine resulta totalmente distinto de los autores modernistas auténticos, mientras que con el concepto de Bonneau no se puede menos de llegar a la conclusión de que el autor de las *Meditaciones* no se diferencia funda-

mentalmente de Samain, puesto que empleó también el procedimiento de la analogía, como lo demuestro antes, aunque contra la voluntad del crítico nombrado, quien quiso hallar rasgos esencialmente distintos.

Si alguna vez ha existido estrecha correlación entre lo poético y lo filosófico, ella nunca ha sido más patente que en el caso del simbolismo, pues esta escuela guarda íntima correspondencia con el intuicionismo de Bergson y Le Roy, sin que pueda hablarse de influjo recíproco. Así lo reconoce el mismo Bonneau: "On ne saurait se défendre, en vérité, de rattacher pareille philosophie (bergsoniana) à l'art des poètes symbolistes". Sólo existe un punto en que no coinciden: los simbolistas no han querido "simpatizar" con los demás hombres. Por el contrario, se complacen en exaltar su individualidad. Pero en cambio han comprendido que la inteligencia no abarca la complejidad de lo real y el flujo de la vida (1). Para percibir el íntimo ritmo de las cosas es preciso extender el conocimiento inmediato que el yo adquiere de su duración. Así nace el método intuitivo, que amplifica nuestra conciencia al comunicarnos con el resto de los mortales, en una compenetración mutua perfectamente natural. Y el poeta simbolista es tanto más intuitivo cuanto más se "hunde" en la duración de los objetos, "hundimiento" que escapa a la definición conceptual y es expresable sólo por imágenes (desemejantes entre sí).

En suma: si Samain es simbolista por el frecuente uso que hizo de la analogía, no supera, ni con mucho, como tal a Verlaine, de quien aprendió —como lo reconoce también Bonneau— que el alma y el mundo están de tal suerte unidos en su esencia que una modificación momentánea de un ser repercute en el infinito. Si el poeta se halla triste, por ejemplo, transferirá su estado de ánimo a cuanto lo rodea, y dirá de la brisa que "trae ecos plañideros".

Verlaine es más universal, de emoción mucho más sincera y no menos claro que Samain —a pesar de la decantada nebulosidad que se ha querido ver en sus versos—, pues el ideal que siempre respetó fué éste:

(1) "La inteligencia está caracterizada por una incomprensión natural de la vida", dice Bergson en *L'évolution créatrice*, pág. 179.

L'art, tout d'abord, doit être et paraître sincère,
Et clair absolument.

(*Bonheur, XVIII*).

En cambio, Mallarmé retornó a la poesía conceptual y se apartó de lo intuitivo. "Fué —ha dicho Adolphe Retté— el error del simbolismo". La emoción que expresa el autor de *Hérodias* es una emoción invariablemente "intelectual", y por lo mismo artificiosa. Su oscuridad, buscada ex profeso, no es simplemente un modo subjetivo de expresión, y en esto radica su falla.

No hay, pues, en definitiva, a mi juicio, un poeta simbolista "más puro" que Verlaine (si se exceptúan sus primeras composiciones de índole parnasiana), por ser ante todo más original que Samain, tanto o más individual que éste y por el "defecto" que le atribuye Emile Faguet: "Il est un enfant, un primitif, un lyrique" (1). Esa simplicidad es acaso un mayor mérito, y demuestra que acierta con la esencia prístina de la poesía, sin alterarla con importunas generalizaciones e ilegítimos elementos conceptuales.

Creo así haber caracterizado estéticamente a Samain, poeta de profunda vibración espiritual y de exquisito arte —"plus poëte quam humane locutus est"—, pero de visión limitada en su lírica. La nostalgia, que es su "leitmotiv", resulta además artificiosa o, por lo menos, no aparece justificada, y si logra emocionar es por la belleza de que la reviste siempre.

ANTONIO PORTNOY.

(1) E. Faguet, *Sur le symbolisme* (en *Revue des Deux Mondes*, 15 de enero de 1913).

ELOGIOS LIRICOS

REMO BOLOGNINI

(Tema con variación)

HIENDE el remo en el río celeste de la música
con el gesto sereno y el ademán pausado:
de par en par se abren las puertas del silencio
y asoma la belleza desnuda, en un milagro
de castidad perfecta, luminosa y divina
como cielo de Grecia en atardecer áureo...
Una sonrisa tenue de misterio y nostalgia
pone en su faz un velo de angelical encanto:
mi sangre se evapora, mi carne se hace espíritu,
mi corazón evoca no sé qué país claro,
todo luz y pureza, todo flor y dulzura,
donde el deseo ardiente fructifica en un cántico...

VARIACIÓN

Suenan las llaves de la música
en los cerrojos del silencio:
de par en par puerta de plata
abre Remo...
En su desnuda perfección,
suave el andar, sereno el gesto,
asoma virgen melodía,
pura y lejana cual un sueño.
¿De dónde viene? ¿a dónde va
divinamente sonriendo?

Viene del alma de un artista
y va a mi espíritu sediento
de yo no sé qué claridades
de ignoro cual divino sueño...

Suenan las llaves de la música
en los cerrojos del silencio:
de par en par puerta de oro
abre Remo.

En su sagrada desnudez,
con ademán pausado y tierno,
asoma el canto y todo vibra
en un fervor dulce y secreto:
¿De dónde viene? ¿adónde va
con su celeste pensamiento?
Viene del alma de un gran mago
y va a mi corazón hambriento
de yo no sé qué dulce pena,
o qué dolor noble y angélico
o qué alegría sobrehumana
o qué purísimo deseo...

Viene del huerto del amor
y va al palacio de mis sueños...
Suenan las llaves de la música
en los cerrojos del silencio:
ciérrase puerta diamantina;
queda flotando en el silencio,
no sé qué nube de nostalgia,
no sé cual humo de recuerdo...

CUARTETO DE LONDRES

ESTOS cuatro intérpretes
serios y tranquilos
viejos en el arte
y del arte hijos,

NOSOTROS

vienen del país
dulce de la música;
que es como decir,
vienen de la luna.

Con lenguaje claro,
luminoso y tierno,
simple como el agua,
puro como el fuego,

con ingenua gracia
y perfecto estilo,
nos narran historias
de origen divino,

que sin decir nada
lo sugieren todo...
Si Dios habla, así
debe hablar tan sólo.

CUARTETO AGUILAR

LAÚD, laudón, laudete y laudin,
Pepe, Ezequiel, Elisa, Paco:
cuatro instrumentos, cuatro artistas
y un sólo corazón sonoro y claro,
latiendo en un ensueño de belleza
purísimo, sagrado...

Con naturalidad y sencillez,
como va el agua al hueco de la mano,
así ofrecéis la melodía
o regaláis el canto.
En vosotros, la música
es un juego divino y espontáneo:
¡con qué felicidad en vuestros dedos
aletea el espíritu del canto!

Dadme un puñado de bondad
 —sóis luz vosotros y yo barro—
 dadme un manojo de pureza
 —¡dulcemente os admiro, hermanos!—

Bañad en luz, bañad en luz mi alma
 que se busca a sí misma en luchar vano...

Con naturalidad y sencillez
 como va el agua al hueco de la mano,
 así quisiera yo deciros
 todo el amor que siento al escucharos.

¡Que la mar que crucéis al retornar a España
 os sea dulce y fácil como un cántico,
 y os diga lo que vanamente yo
 he querido expresaros!

Aceptad esta hojita de laurel
 Pepe, Ezequiel, Elisa, Paco...

RICARDO ODNOPOSSOFF

L EONCILLO de la belleza:
 ¡qué fuerza la de tu arco!
 En tu violín canta el fuego
 de la vida, en un relámpago
 de fervor y claridad,
 de pureza y entusiasmo;
 canta la naturaleza
 en su lenguaje más diáfano,
 el lenguaje del arroyo
 de plata y el verde prado
 bajo la luz matinal;
 y también canta, Ricardo,
 tu gloriosa juventud,
 su más espontáneo canto.

MAYORINO FERRARÍA.

LA GRAN AVENTURA DE SOCRATES

HOMBRE que amas a Nuestra Señora de la Belleza, he de preguntarte... Pero antes me presentaré a ti.

Yo soy Diótima, la extranjera de Mantinea, que habló con Sócrates sobre el Amor. No he muerto; mis artes mágicas me han revelado el secreto de la inmortalidad. Viví bajo el claro cielo de la Grecia legendaria y vivo aún bajo los cielos eternos de todos los países.

Estoy en todas partes: al lado de los niños cuando ríen, de las vírgenes cuando aman, de los hombres cuando forjan, de las madres cuando ruegan, de los ancianos cuando meditan. Soy invisible, pero ellos me presienten en ese algo misterioso que escapa siempre a sus sentidos.

¡Oh! Tú que me escuchas: no cuentes a nadie que aún vive la maga Diótima.

Los hombres me han olvidado, y si empiezan a buscarme de nuevo, las guerras azotarán el mundo, porque descubrirán muchas cosas que no les hacen gran honor... Y ahora, te pregunto: Estudioso que amas las almas bellas, ¿quieres conocer una aventura ignorada de Sócrates, del filósofo que descubrió la felicidad? ¿Sí? Entonces ven conmigo al país que era fino como una joya cincelada, a la Grecia del claro cielo. Yo lo puedo todo. Los Dioses se confiaron con nosotras, las sacerdotisas. Ya estamos. Con mi varita mágica retrocedemos a los tiempos en que vivía aquél, ante quien Apolodoro exclamó, cuando fué condenado: "Sócrates, lo que me aflige es verte morir inocente". Y él, pasándole suavemente la mano sobre la cabeza, le dijo, con la risa en los labios: "Amigo mío, ¿querías más verme morir culpable?"

Pues bien, el filósofo vino a hablar conmigo. “Sabia Diótima, dijo, ¿me dirás qué es el Amor?”

Ambos nos fatigamos estudiando la esencia del Dios-Demonio. Pero, ¡qué deliciosa sensación de cansancio en la agitada búsqueda! La sangre saltaba en nuestras venas como una loca bailarina y, muy dentro, el corazón golpeaba lo mismo que un fogoso herrero sobre el yunque.

Ya habrás leído en Platón lo que le dije al final de la ruda batalla, exhausta, pero feliz, ¡oh, qué feliz! Es tal como lo cuenta su discípulo. Te lo repito: “Préstame ahora, Sócrates, toda la atención de que eres capaz. El que en los misterios del amor se haya elevado hasta el punto en que estamos, después de haber recorrido en orden conveniente todos los grados de lo bello y llegado, por último, al término de la iniciación, percibirá, como un relámpago, una belleza maravillosa, aquélla, ¡oh, Sócrates! que era objeto de todos sus trabajos anteriores; belleza eterna, increada e imperecible, exenta de aumento y disminución”...

“Si por algo tiene mérito esta vida, es por la contemplación de la belleza absoluta, y si tú llegas algún día a conseguirlo, ¿qué te parecerán cotejados con ella, el oro y los adornos, los niños hermosos y los jóvenes bellos?... ¿Qué pensaremos de un mortal a quien fuese dado contemplar la belleza pura, simple, sin mezcla, no revestida de carne ni de colores humanos, y de las demás vanidades perecibles, sino siendo la belleza divina misma?”

Y aquí viene, ¡oh tú que me escuchas con la cabeza caída sobre el pecho!, la aventura ignorada; sencilla, pero grande. Convencí a Sócrates con mis razonamientos. Y él se alejó con la mirada perdida a lo lejos, muy lejos, en algo sobrehumano que debía estar más allá de los mares, de las nubes y del sol.

Soy Diótima, soy maga, pero soy mujer... Y la curiosidad me empujaba como una niña traviesa que no piensa en lo que hace. Recurrí al maravilloso poder de la invisibilidad y heme aquí marchando detrás de Sócrates. El filósofo se dirigió a un gran bosque solitario. Estoy segura que si vivieses en aquella época, amarías también los bosques sagrados. Allí podrías in-

vocar a los dioses de faz serena, de mármol sin mancha, sin que nadie turbase tu oración.

Y Sócrates oró.

La noche subió en negras espirales: se alzó, rompiendo, con sus brazos poderosos, el seno de la madre tierra, heló las copas de los árboles y se remontó al cielo para dar luz en lo alto. Los rayos de la luna comenzaron a danzar en el bosque. Bajaron caballeros montados en los pálidos bailarines y se posaron sobre las hojas que temblaban en las ramas.

Y ellas se estremecieron bajo sus caricias y sollozaron dulcemente de alegría. Allá, en la espesura, expiraba la brisa, tan callando como la luz de la triste vagabunda que baja en danza silenciosa, como los pasos quedos de la muerte, que viene sin parar...

Y Sócrates no se movió. Tal el amante aguarda a la amada, en la sombra, bajo la mirada del cielo, en la gloriosa comunión del yo y el más allá.

De pronto, lo ví levantarse de un salto y llevar las manos al pecho, con señas de dolor, cual si el cuerpo le estallase por un esfuerzo inaudito o le arrancasen el corazón.

Pero los ojos, ¡qué ojos! Deslumbrados, como si le encendieran delante de cada uno al mismo sol. Y su aliento era entrecortado y afanoso, y profería gritos roncós, desesperados, como implorando de la muerte un segundo más de vida.

Momento de exaltación. Y le sucedió el momento de serenidad. Era el supremo. No hay transiciones en la gran hora que a todos nos llega en la vida. Entonces se arrodilló y levantó los brazos como un árbol de invierno alza sus ramas que piden sin llorar.

¿Qué visión sobrenatural se apareció a mi amigo? ¡Pobre Diótima! Impotentes eran tus filtros mágicos y tu varita y tus artes sabias para distinguirla.

¡Amada! —balbuceó el filósofo—. ¡Amada!

Nada más. No le contó cómo la había buscado ni cuánto la había esperado, ni todo lo que había sufrido.

Su alma entera estaba en esa sola palabra. En ella se concentraban la miel de todos los néctares, la amargura de todas

las lágrimas, la inquietud de todas las ansias, la luz de todas las verdades y el poder de todos los dioses.

No quise turbar aquel gran amor. Me alejé.

Al día siguiente, cuando el carro de Apolo hubo pasado ya la mitad del camino, el filósofo me visitó otra vez: pálido, desencajado, como el guerrero que vuelve de la batalla cubierto de sangre y victorioso.

Su noche de amor había sido ruda. Pero algo de la bienamada flotaba en su persona toda. No era el perfume de sus cabellos, que le rozaron la frente cuando reclinó la cansada cabeza en su pecho, ni la frescura de su tez de flor, ni sus abrazos de placer y de muerte. Era algo divino "no revestido de carne ni de colores humanos".

—¡La he visto! —exclamó—. ¡Como un relámpago! ¡Oh, extranjera! Poder verla siempre así, con los ojos cerrados, cerrados...

Su respiración se cortó; no pudo seguir.

—Sócrates —atiné a decirle— ámala siempre. Ya eres inmortal.

Y no faltó quien, oyendo esto, y pasando de regreso por Atenas, narrase a Jantipa, su esposa, con abundancia de pruebas, que Sócrates, el grande y noble Sócrates, le era infiel, que tenía citas misteriosas con una desconocida y que Diótima, la de las artes mágicas, era su confidente y mala consejera.

La esposa aguardó sintiendo una aguja clavada en el pecho. Y al verlo de nuevo rogó a los dioses que su maldición cayera sobre el pecador. Porque en lugar de desvanecer sus temores, le oyó murmurar en sueños: ¡Amada!

La aguja entró más hondo en el pecho de Jantipa.

—¡Sócrates! —gritó— ¿a quién llamas?

—Querida Jantipa —contestó sereno el filósofo— te amo a tí, mi esposa y madre de mis hijos. Mira bien lo que dices. Tus celos furiosos no tienen razón de ser. Pero amo más, y de otra manera, a la otra.

Los filósofos son distraídos. Por eso mi amigo se expresó así. El cinismo que creyó entrever en estas palabras, dejó sin habla a Jantipa.

El se bañó y vistió, calzó sus sandalias y fué a comer a casa de Agatón.

Ya sabes que en aquel banquete se abordó el tema del Amor. Como yo estoy siempre al lado de las esposas mordidas por los celos y de las madres que ruegan, oí cómo Jantipa suplicaba:

—¡Oh, tú, Venus, la de los rosados brazos veteados de azul, devuélveme el amor de mi esposo!

Probablemente, Venus, allá, en el Olimpo, se sonrió y comentó irónicamente, en rueda de dioses:

—Una esposa me pide que le devuelva el amor de su esposo. Pero, ¿sabéis de quién, nada menos, se ha enamorado el infiel? ¡De mí! Mas no de mi cuerpo, sino de mi alma.

Porque has de saber que yo, la sacerdotisa Diótima, he descubierto que la belleza pura, eterna e inmortal, es el alma de Venus. Ella es el fuego que anima el cuerpo de la Diosa.

Y Apolo pasó muchas veces por su ruta de azul.

Sócrates fué condenado a morir. Lo sabes y sientes un dolor agudo al recordarlo. Pero él oía resonar campanas de gloria y llamados de amor en la bóveda alta y grande de su alma.

Cuando Critón fué a suplicarle que salvara su vida por la fuga, le respondió con alegría:

—“He tenido un sueño esta noche; me ha parecido ver cerca de mí, una mujer hermosa y bien formada, vestida de blanco, que me llamaba y me decía: “Sócrates, dentro de tres días estarás en la fértil Phtia”.

Y aumentó el odio de Jantipa por su presunta rival. Pero él quería partir. Estaba preparado para el gran viaje. El viaje sin retorno. El viaje que será ¿sin luz o con luz?...

Mi claro amigo, noble Sócrates, en noches como aquélla en que te hiciste inmortal, veo pasar tu sombra alrededor de Palas Atenea, cruzar los templos y los bosques, descansar al pie de las colinas; y hasta te veo sonreír en las túnicas de las danzarinas de mármol eterno que bailan en los muros de los palacios y en los armoniosos vasos griegos.

Yo, Diótima, lloro, ahora y siempre, por el amigo con quien hablé sobre el Amor. Y, ¿sabes? Tan olvidados están de mí que nadie me viene a preguntar otra vez... Terminó el encanta-

miento. Vuelve a tus tierras, ¡oh amante de las almas bellas! y deja que la extranjera de Mantinea, extranjera ahora en su propio suelo, eleve sus rezos graves hacia los dioses muertos, vivos para la maga inmortal. Vete.

Déjame penetrar en el rosado cuerpo, veteado de azul, para ver de cerca aquélla a quien tanto amó Sócrates.

DINA R. GOLDMANN.

LUIS MARIA JORDAN

LUIS María Jordán, poeta, novelista y ensayista que acaba de fallecer, se contó entre los primeros amigos de NOSOTROS. Su firma aparece en el primer número al pie de un cuento, *El sacristán*, impregnado, a la moda del tiempo, de un ambiguo y refinado aroma entre místico y erótico. Pertenecía entonces él a un selecto círculo de escritores que reconocía por maestro a Angel de Estrada. Su primer libro de cuentos, *La túnica de sol*, de 1906, llevó un prólogo de éste. Le siguió en 1907, otra colección, *Cavalcanti*, y en 1909, un volumen de versos, *Los jardines galantes*. Tenía alma de poeta y supo escribir hermosos versos. Glosando uno suyo, podemos repetir con él que llevaba adentro mucho sol. En él se cumple, así en sus libros en verso como en los en prosa, más visible que en otros escritores, la evolución espiritual que ha sufrido nuestro arte en lo que va corrido del siglo. Nació a las letras Jordán bajo el signo de D'Annunzio, cultivando un diletantismo estético, con algo de prerrafaelista, con mucho de francés, de cuyo refinamiento, penetrado de vaga melancolía finisecular y a la vez un poco nostálgico de los mitos paganos, dan testimonio títulos como *Los jardines galantes*. Todavía en 1917 no resistió a la tentación de publicar su novela *Los atormentados*, escrita años antes bajo la influencia del preciosismo perverso de Barbey D'Aurevilly, de Lorrain, de Huysmans, de D'Annunzio, historia cínica de una especie de Monsieur de Phocas porteño, refinado maestro en el amor, en el vicio y en el complicado *dandysmo*. Pero ya entonces el espíritu de Jordán había puesto la proa hacia diferente rumbo. Así lo reconocía él en el prólogo, confesando haber pagado su tributo al gusto del momento y exaltando los va-

lores morales, así como el retorno de las artes a sus fuentes sanas y fecundas. Ya lo venía proclamando en verso también desde años atrás, al renegar, quizá con demasiada prisa, de Europa y de la antigüedad clásica, para reclamar un arte que expresara el ideal de la raza. La lucha se había entablado en el alma del escritor y poeta, y de ella Jordán salió en gran parte renovado. El poeta lírico de estirpe dannunziana, el novelista satánico, había de alcanzar en el verso una serena bon-



LUIS MARIA JORDAN

(1883-1933)

dad, aunque impregnada de añoranzas románticas, como lo acredita en sus libros *La copa de oro*, de 1914, y *Primavera interior*, de 1920; y en la prosa, había de convertirse en sus *Cartas de un extranjero*, en el satírico eficaz de las costumbres argentinas, confiado sin embargo, a pesar de la amargura, la indignación y el pesimismo de las horas de desaliento, en la aparición en esta tierra de un mundo nuevo, "más bueno que éste que vamos a abandonar en breve". En la madurez fué, pues, bro-

tando del corazón del poeta, la vena lírica humana antes sellada por el arte postizo de escuela, y fué entonces cuando en libros y en muchos artículos que han quedado dispersos en diarios y revistas, en los cuales describió distintos aspectos de la vida argentina, Jordán mostró la plena riqueza de su alma y de su arte. Muy feliz éste, aun desde los días de la juventud, porque fiel al consejo de su maestro Estrada, cinceló siempre con cuidado su verso y su prosa flexibles y expresivos.

Además de los libros antes citados, debemos recordar su novela *La bambina*, de 1924, y varios opúsculos, algunos de carácter pedagógico, pues largos años ocupó la cátedra y dirigió el Museo Escolar Sarmiento.

Había nacido en Buenos Aires el 14 de marzo de 1883.

LA DIRECCIÓN.

CRÓNICA

INFORMACION FILOSOFICA

Una sociología de los sexos (1)

EN un prefacio de ocho líneas —buen ejemplo para quienes se creen obligados a referir perentoriamente al lector en el prólogo cuanto han de decirle después por extenso en el cuerpo del libro— advierte Ernesto Bergmann que las ideas capitales de su libro brotaron en él bajo la impresión de la guerra y de los conturbados años subsiguientes. Así como el genial y extraño libro de Weininger, *Geschlecht und Charakter (Sexo y Carácter)*, el más semejante al de B. que conozcamos, es una caracterología de los sexos, bien que con extensas y profundas ramificaciones filosóficas de todo género, incluso metafísicas —este otro se propone directamente ser, alrededor del mismo tema central, la contraposición de lo masculino y lo femenino, una sociología filosófica, que es lo que para el autor significa la palabra “sociosofía”.

Aun cuando el autor refiera el origen de su obra a la guerra y a los acontecimientos traídos por ella, hemos de entender sin duda que el impulso lo ha recibido en realidad de lo que puede llamarse la “revolución femenina”, acelerada por la catástrofe y la crisis consecutiva. El advenimiento de la mujer a la vida civil y económica, en la manera como sucede en nuestro tiempo, plantea una maraña de problemas de suma gravedad. Se habla, desde las primeras luchas en pro de la liberación femenina, de “feminismo”, cuando acaso debiera hablarse, si nos atenemos a cómo se encara generalmente la cuestión, de “masculinismo” o de “masculinización”. Es una propensión humana irrefrenable, y que sólo tardíamente corrige la parsimoniosa reflexión crítica, la de considerar las situaciones dadas como incondicionadas y absolutas. Es lo que sucede con ciertos aspectos de los movimientos de reforma social, que imaginando ir radicalmente contra la estructura capitalista de la sociedad, se mueven sin embargo dentro de una concepción en la que los factores predominantes son los de producción y consumo, concepción que es en el fondo consustancial con la organización capitalista. La “revolución femenina” es una revolución a medias, porque acepta implícitamente los grandes cuadros de la civilización masculina, y sólo aspira a ensancharlos para que entren en ellos cómodamente las mujeres. Una revolución femenina auténtica no estará cumplida sino cuando los mismos grandes marcos del orden social hayan sido determinados en la proporción correspondiente por lo humano-femenino, por la genuina, irreductible feminidad. Y sólo cuando conscientemente se tienda a ello podrá hablarse con razón de “feminismo”. Si se argumenta que tal definitiva reforma sólo pueden intentarla las mujeres después de haber llegado a los puestos de influencia y de comando, nada habrá que objetar, salvo que no se advierte por ahora el propósito de hacer servir las conquistas logradas de medios o recursos para una reforma más substancial y profunda. Lo que no obsta,

(1) ERNST BERGMANN: *Erkenntnisgeist und Muttergeist. Einer Soziosophie der Geschlechter*. Ferdinand Hirt in Breslau, 1932.

por otra parte, a que la transformación vaya operándose, porque la conciencia de los fines no es sino uno de los elementos que inciden en la tensión y la marcha hacia ellos, cuando son efectivamente fines legítimos, puestos por la misma naturaleza de las cosas, y no producto del arbitrio o del capricho. — Debemos a Manuel García Morente (*El Espíritu filosófico y la Femenidad*, en el N.º LXIX de la *Revista de Occidente*, año 1929) unas agudas previsiones sobre las consecuencias futuras de la intervención de las mujeres en la filosofía. Reflexiones de pareja intención pueden dar lugar a interesantes conclusiones aplicadas a los demás órdenes de la cultura y de la civilización material, siempre que se evite incurrir en cualquier mito amazónico o abordar a cualquier “Maravillosa Isla de las Damas”, en que la dialéctica de los sexos no ha superado el momento de la antítesis.

Para este apasionante problema, tan de la hora que vivimos, aporta material abundante el reciente libro de Ernesto Bergmann, en el que la contraoposición entre lo viril y lo femenino se compendia en la oposición entre espíritu de conocimiento y espíritu —o sentido— materno. El examen de Bergmann se extiende por las zonas más variadas; parte de consideraciones biológicas y se prolonga en interpretaciones de datos filosóficos, históricos, artísticos, míticos. En el mito mismo halla el autor; en algunas de sus páginas más eficaces, un vehículo adecuado para sus tesis, como cuando ve en la Euménides esquilianas un documento histórico que registra la victoria del varón usurpador en la civilización de Occidente. Orestes, el hijo matricida, señala el triunfo de una “revolución masculina” a la que hoy da respuesta la sublevación de las mujeres. “Aun hoy domina en nuestra cultura el espíritu de Atenas, enemiga de la madre, aun hoy se asesina a la madre cuotidianamente... Pero el coro de las Euménides está también aquí... Y ahora estamos escribiendo nosotros el acto final de la tragedia de Esquilo” (p. 272). Toda verdadera sociedad es o debe ser, según Bergmann, de tipo femenino, materno; la sociedad humana actual es exclusivamente masculina, está desde sus orígenes bajo el signo fatídico de Orestes. El análisis de esta sociedad “orestiana” es una de las partes mejor logradas del libro, y abunda en aciertos como la comprobación de las consecuencias de la adaptación sexual femenina a los supuestos y exigencias de un contorno determinado por el otro sexo. Las palabras finales son de admonición al pueblo alemán; sólo prevalecerá en los venideros conflictos entre las nacionalidades, sólo perdurará el pueblo que se constituya sobre las bases de lo femenino-materno.

La concepción de Bergmann comporta un resuelto naturalismo biológico. Piénsese lo que se piense de esta actitud fundamental suya, el problema agitado por él no es de los que se suprimen reprochando al pensador que lo plantea un “ismo” cualquiera. En las tesis de *Erkenntnisgeist und Muttergeist*, en los materiales allegados por el autor en apoyo de sus puntos de vista, hay substancia para largas meditaciones.

Una filosofía de la cultura

LA editorial de la *Revista de Occidente* acaba de publicar el libro de Alois Dempf, *Filosofía de la Cultura*, editado en el original alemán el año pasado, en la larga serie de trabajos que desde hace años van constituyendo el monumental *Manual de Filosofía* que dirigen A. Baeumler y M. Schröter. De los cinco grandes tomos de que constará la obra, están completos dos, el segundo y tercero, y está por completarse el primero; faltan en total seis o siete secciones, que son, como el libro de Dempf, obras en sí independientes, aunque concebidas según un plan de conjunto que ha ido sufriendo por uno u otro motivo más de una modi-

ficación. Así va acercándose a su cumplimiento uno de los más considerables empeños editoriales en asunto filosófico de los últimos tiempos. Antes del libro de Dempf, la misma editorial española ha extraído del *Manual*, con ponderable acierto, la *Ética moderna* de Litt y la *Metafísica moderna* de Heimsoeth.

El libro de Dempf aproxima por primera vez al lector de idioma español muchos de los problemas que hoy se investigan con más extensión y asiduidad en Alemania.

Filosofía etérea

LA *Universidad del Aire* es una institución de radiodifusión cultural que dirige en La Habana el conocido escritor cubano Jorge Mañach. Este extracto del Reglamento puntualiza sus fines: "El objeto de las disertaciones de la *Universidad del Aire* es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductorias y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurando sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Estos son los propósitos. En cuanto a la realización, guarda medida con las discretas razones del estatuto. Tengo a la vista uno de los *Cuadernos* en que semanalmente se reproduce las conferencias, fechado el 25 de marzo de este año; las cuatro breves exposiciones que trae se intitulan "La Epoca Moderna: sus caracteres", "Los grandes sistemas filosóficos", "La filosofía empirica" y "Las Ciencias físico-matemáticas", y son sus autores, respectivamente, Jorge Mañach, Bustamante y Montoro, Roberto Agramante y Manuel F. Gran.

Con una renuncia ejemplar a cuanto sea brillo ocioso o realce personal, con un perfecto sentido de lo que es una exposición para vastos auditorios indiferenciados, estos hombres de Cuba cumplen una tarea efectiva de educación popular, poniendo el saber, incluso el filosófico —más como incitación que como contenido— al alcance de todo el que pueda escuchar delante de un altoparlante.

Pero conviene insistir en el tino y acierto con que esta función de cultura —que no es don gracioso, sino deber de las minorías— se desarrolla en La Habana, a juzgar por la muestra. Y conviene también contraponerla a la manera desdichada como por aquí se ha encarado casi todos los intentos del mismo orden. Nuestros radioescuchas están tan escarmentados, que apenas la onda —nunca como en este caso "la onda péfida"— captada por equivocación o azar, deja suponer ante el distante micrófono a un señor en trance de dispensar sabiduría científica o política, giran los diales en busca de un tango cualquiera. Y con razón sobrada.

Calendario

ESTE año se cumple el centenario del nacimiento de Guillermo Dilthey (1833-1911), la figura máxima de nuestro tiempo en el problema filosófico de la historia, especie de coloso casi enterrado que se ha ido

descubriendo poco a poco. Su significación literalmente excepcional acaba de reconocerla Nicolai Hartmann (*Das Problem des Geistigen Seins*, 1933, p. IV) al tomar por su cuenta un problema que es en esencia el mismo de Dilthey. Y poco antes advertía Fritz Kaufmann que Dilthey, por algunos de sus costados, más que a nuestro tiempo pertenece al porvenir. Acaso esta conmemoración nos traiga el libro sobre Dilthey que ya tarda.

FRANCISCO ROMERO.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

Con los buscadores del camino, por *F. Cossio del Pomar*. Ediciones Ulises-Madrid.

Es necesario hablar, explicar. La expresión va más lejos que la realización material. El pintor, el escritor, el poeta, el escultor, el músico, rara vez están totalmente —el hombre, su destino y su visión del mundo— en las obras que producen. Por eso, todas sus opiniones interesan; aun las más diversas y ajenas a su propia actividad. Sus palabras completan la obra, aclaran las zonas de sombras que ésta contiene, informan sobre lo inexpresado, ayudan a comprenderla.

Toda manifestación de un autor sobre su arte, es un empujar su obra hacia la comprensibilidad general. Se busca el consenso. ¿Qué artista puede engañarnos fingiendo que el público no le interesa?

El arte es siempre un ademán imperativo. —“¿Ve usted esto? Así es el mundo” — No hay arte humilde. No conozco arte humilde. Salvo aquel en el que la creación está ausente y la obra es una copia servil.

En este libro de F. Cossio del Pomar, creo yo que está vivo el problema de la impotencia del hombre para su total expresión. Ciertamente, en definitiva, sólo la obra es la concreción material del sueño del artista, que el espíritu sólo puede manifestarse fragmentaria, parcialmente. Las palabras de un poeta nuestro, Ricardo E. Molinari, vienen bien aquí: “La obra es también inferior al sueño”. Quienes quieran ahondar, pues, en el significado de las obras, harán bien en leer y meditar lo que sus autores dicen de ellas. Hoy más que nunca, la obra de arte no es algo aislado, separable enteramente del resto de las cosas, de la resonancia que implica el solo hecho de su presencia. Es una estética premeditada, que integra; es de una actitud espiritual ante el mundo, que resulta. De todo un mundo. Y en el fondo de éste, la raíz, que es necesario ahondar para descubrirla, y donde el artista y el hombre se funden.

Pienso que el crítico más que nadie, tiene obligación de conocer esas manifestaciones de los autores y considerarlas. A una estética fuerte y verdadera, corresponde casi siempre una obra fuerte y verdadera. Es difícil el engaño.

Pero ocurre, también, que de un individuo situado en una situación espectacular, interesa todo lo que dice. Más que autor determinado, es el espectáculo de una inteligencia, reaccionando ante los asuntos más diversos y simples, el que despierta nuestra curiosidad. Hay un género, el de las entrevistas, reportajes, etc., que satisface ese deseo del público. Se anhela conocer la vida de los héroes modernos del espíritu. Y se recoge de sus labios, todo, hasta las minucias más ridículas. El periodismo insaciable, lo hace así. Pero existe una categoría superior: la que recoge de esos hombres —personajes de la cultura— sus manifestaciones sobre sus obras, sus ideas y sus fines. A esta superior categoría corresponde este libro que comentamos. Todo lo que dicen en este volumen, los buscadores del

camino, como los denomina su autor, interesa vivamente. Y algo hay que vincula a todas esas declaraciones. Es esto: en todos ellos, menos en Gandhi (yo no puedo, como occidental, descubrir en él ninguna hipocresía) mueve sus palabras una vanidad sorda. Se aprovecha la entrevista para adoptar una pose y hablar para la posteridad. No sé qué rara y penosa impresión de algo que ha de morir un día fatalmente, dan, a veces, las palabras de estos hombres. Un ansia enorme de quedar, anima su voz. Sus juicios sobre el mundo, su arte, cosas e ideas vigentes, parecen siempre un resentimiento. Un resentimiento porque la *Vida* no se haya acomodado entera, totalmente a sus deseos y sueños.

*

Ghandi, Rolland, Picasso, Unamuno, Papini, Bourdelle y Claude Farrère desfilan por las páginas de este libro. No me explico la inclusión de este último. ¿Qué representa el orientalismo de segunda mano de Farrère? ¿Qué de grandioso hay en su obra que pueda compararse a la de las demás figuras que integran este volumen? Las declaraciones que logra arrancar Cossio del Pomar a sus entrevistados, y las semblanzas que traza de éstos, despertarán el interés de los lectores. Aunque el autor no ha sabido, o no ha querido usar el estilete de sus interrogaciones más a fondo, poderosa arma de que dispone el entrevistador y que obliga a desnudar y descubrir el juego al entrevistado, los siete capítulos de este libro encierran una valiosa referencia de las ideas y propósitos que animan la obra de esos hombres. Hay aquí retratos muy comprensivos. F. Cossio del Pomar ha trazado de Unamuno —ese viejo genial y extravagante— uno de los más ajustados que conozco. ¿No está en las palabras que siguen, de cuerpo entero el autor de *La agonía del Cristianismo?* “Su alma está llena de la inquietud sugeridora de nuestros tiempos. Encarna, a la vez, el dualismo de las cualidades y defectos que se resumen en la historia del pueblo español. Empirismo y acción, duda y fe, vanidad y bondad, intransigencia y generosidad, individualismo y fuerza espiritual. Desinterés”.

Hay un pálido retrato del Mahatma, compensado por una ilustrativa reseña sobre su obra. Obra incomprensible en sus métodos, creo, para una mentalidad de occidental. Experiencia interesante que despierta curiosidad. Se trata, nada menos, que de incorporar a la vida civilizada, a esta vida nuestra, entrecruzada hasta ahogarnos casi por problemas y relaciones complejas y paradójicas, a millones de seres cuyo íntimo sentido de la felicidad y de la vida, es algo extraño y que desconocemos.

Picasso forma el mejor capítulo del libro. Tal vez cierta predilección del autor por el tema pictórico (Cossio del Pomar es autor de un interesante trabajo sobre la vida y arte de Pablo Gauguin), ha logrado la profunda visión que del arte de aquel pintor se nos ofrece. Y luego, Bourdelle. Bien tratado también. En la página 197, el autor recoge estas palabras del que fuera, en un principio, discípulo de Rodin: “La técnica consiste en saber copiar un objeto. Primero hay que saber reproducirlo tal como es para poder exagerarlo luego como uno quiera”.

Sería preferible cambiar aquí esa palabra “exagerarlo”. Huele a capricho, a insinceridad. Es el deseo de expresión lo que mueve al artista a quebrar y retorcer los objetos del mundo. La materia diríase que se resiste al trabajo del artista. De allí esas obras que parecen gritos disonantes, y que con el andar del tiempo, forman un acorde perfecto con una sensibilidad ya renovada.

ENRIQUE MALLEA.

Actitud de los años, por *Alberto Hidalgo*. Buenos Aires, Gleizer, 1933.

ALBERTO Hidalgo cree que son "definitivas" estas páginas, destinadas "a sobrevivir a su autor".

El hermetismo de los conceptos, lo abstruso de ciertos símbolos, obligan a leer la *Actitud de los años* con forzada dedicación. Esfuerzo inútil, sin embargo. "Esto ha sido escrito para que lo comprendan solamente los que no comprenden", según reza un epigrafe inicial. Las diecicocho poesías que forman el volumen, son explicadas por sendas glosas, escritas por el mismo autor. Esta "Clave para que tampoco se entienda", contiene bellos poemas en prosa, de carácter filosófico, los que —lejos de ser inferiores a los versos— atraen al lector por la altura de ciertas especulaciones, la bizarría de algunas ideas y la normalidad de medios expresivos. En cuanto a las poesías, véase una muestra:

*Entre llanto quemado y risa hundida me nace el ser.
Vida tan semejante a la del número.
Alguien lo escribe entre la tiza de los años.
Algo lo borra, cifra ya bien cumplida en la pizarra.
Limitado sin bordes, las soledades lo maduran.
Y su figura es una desaparición.
Es esta, aquella lámpara que siempre se apaga.*

*Su intermitente perpetuidad acerca las ausencias activas.
Ilumina interiores de queja, penas de símbolo.
Sombra que da a las calles con historia de patio.
Balcón llorado y maceta lo dicen.*

Hidalgo piensa que la poesía, "esencia de lo desconocido", no puede valerse de expresiones directas. Ella es, por naturaleza, impenetrable. A medida que el poeta madura, su expresión se hace más personal. Por tal motivo, es más difícil que lector y poeta se entiendan.

¿Cuál es el lector del poeta? Solamente su yo humano, una especie de desdoblamiento del ser. Tal público, aparentemente pequeño, es, sin embargo, grande. El autor, orgulloso de su hermetismo, siente, "cada día con más apremio, la necesidad de escribir en lenguaje cifrado". No por estrategia, sino para ponerse a tono con la poesía, que —cuando se adentra uno en ella— aparece cada vez menos literaria, menos arte, y se revela como *ciencia oculta*. Los poemas de Hidalgo, participan un poco —según él— "de la dialéctica del acertijo". El poeta trata de explicarlos, aunque con poca fe, "porque los misterios son, después de todo, irrevelables".

Pasemos por alto la irrespetuosidad y aun la ociosidad de una obra que fuera escrita realmente para que no se entienda. Alberto Hidalgo dice de sí mismo: "Yo soy el hombre de los actos puros, el deportista de los actos, el que hace el acto por el acto, sin entender la pasión del acto mismo". Tratemos de captar algunas ideas que, ciertamente, son dignas de interés. Véase lo que opina del lenguaje poético, de la metáfora, del verso, de la vieja *inspiración*.

La metáfora, en poesía, lo es todo. Pero la experiencia demuestra que la metáfora —atrayente de por sí— resulta perjudicial para la percepción de los valores poéticos. El lector experimentado, debe saber orientarse por entre las metáforas y descubrir, a pesar de ellas, la poesía esencial. Para Hidalgo, la metáfora es atributo de la poesía. Donde aparece una metáfora, tenemos poesía y no prosa. Por consiguiente, para el verso, nada importan el ritmo ni la rima. Si no hay metáfora, no hay verso sino prosa rítmica, rimada o medida. Recíprocamente, si un es-

crito —por imperceptible que resulte su ritmo y cualquiera que sea la cantidad de sílabas— se halla esmaltado por una o más metáforas, es poesía. Verso y metáfora vienen a ser una sola y misma cosa. La diferencia entre verso antiguo y verso moderno, finca en la unidad de éste con la metáfora, a más del abandono de la rima, la métrica y el ritmo.

Toda poesía consta de metáforas parciales, sobrepuestas a una metáfora total, que abarca toda la composición. Dicha metáfora total, debe, con más exactitud —según Hidalgo— llamarse imagen. Quien no la percibe, no ha entendido la obra y se deja deslumbrar, más de una vez, por el colorín de un fragmento aislado. Esta imagen o metáfora de fondo, resulta indispensable para que haya poesía, y no tan sólo verso; poeta, y no tan sólo versificador.

.....
*Pero, de pronto, una vaga presencia remota.
 Un aire líquido, formado en utópica física.
 Baño sólo de brisa, de lento fluido tangible.
 Y el labio mueve el verso hacia afuera.*

*Por el crecido milagro, ambiente y ser desuélpanse de golpe.
 La pluma temblorosa enciende las cuartillas.
 Y para que pedure toda la noche del día, este poema puro cuelga
 [del cielo en lámpara.*

En el fragmento anterior se canta *La extraña visita*, que es la de la inspiración. Afirma Hidalgo que la inspiración, si acaso existe, disminuye al poeta. Al posesionarse de éste, la inspiración es el verdadero poeta y el poeta, simple amanuense. La inspiración es una suerte de improvisación, en privado o en público. En este último caso, se requiere cierta dosis de impudor.

Quien compone versos regulares, es autor —solamente— del primero, o —a lo más— de los dos primeros. Los subsiguientes nacen como consecuencia natural, casi mecánicamente.

Cada verso moderno —blanco, amétrico— (“limpio” lo llama Hidalgo), será creado y bruñido separadamente, goza de cierta autonomía dentro del poema, no se presta a farsas, y torna, por tanto, imposible la improvisación. Tiene Hidalgo expresiones atrayentes por su valentía. Conviene conocer algunas.

“...el poeta comprende que todos los años del mundo son los suyos...”
 “Porque el poeta tiene la edad del tiempo.” El trascrito final de glosa, se refiere a este otro final de poema: “Mira que hoy he cumplido mil novecientos treinta y tres años.” El tiempo, el hombre, son —es bien sabido— bastante más antiguos. Limitar la longevidad de aquéllos a la era cristiana, perjudica la grandeza del poema.

Hablando de los errores científicos, Hidalgo formula esta jectauciosa expresión, bella en un poeta: “De sobra sé los (errores) míos ausentes, y así, cada vez que las posiciones sean opuestas, diré equivocadas las ajenas, pues sólo verdad es la dictada por el ardor poético.” Refiriéndose a la Tierra, escribe las exaltadas palabras que, leídas hasta el fin, arrancan indefectiblemente leve sonrisa: “La tierra es el supremo bien, el gozo entero. Yo me entrego a ella con una fruición religiosa. Muchas veces me salgo para palparla en su más directa fisonomía, en su estado diremos natural. Cojo un puñado de ella y me lo arrojó sobre la cabeza; entonces siento que escribo mejor. El fluido magnético de que es solvente, baña mi ser, y o mucho crezco o el cielo se agacha para

mí. Me hundo en la tierra hasta el cuello, y penetran en mi espíritu sus influjos por el vehículo del cuerpo. El secreto de los enterrados vivos reposa en eso: ella contiene todo, el agua, el aire, el alimento. El mundo entero puede nutrirse de su substancia, y *si indefinidamente no podemos conservar la existencia unos metros dentro de ella, ha de ser sólo por desacomodamiento, por inadaptación secular.*" (El subrayado es mío). Finalmente: El mar "es una enorme herida verde en la carne terrible de la tierra." "...la castidad, en fin de cuentas, es lujuria del alma."

Temas de Hidalgo en este libro, son: la mujer simbólica, el ala simbólica, el tiempo, el espacio, "el dolor que se abre en herida, en flor, en rosa", la Muerte, la Madre Tierra, la significación del nombre, la inspiración mentida o censurable, el amor ("tema antiguo y eterno... pero que en las voces cambia"), el "programa para el día siguiente de la ausencia", la que no puede morir (llamada por el poeta "la existente del tiempo-todavía"), etc.

Tal parece ser el contenido de esta extraña obra. Escrita par que no la entiendan, bien puede ser que su capciosidad esotérica me haya inducido a error. En tal caso, pido que se me reconozca la buena fe que puse al comentarla, así como no dudo del elevado propósito que tuvo el autor al escribirla.

AUGUSTO CORTINA.

HISTORIA

La anarquía de 1820 en Buenos Aires desde el punto de vista institucional, por Ricardo Levene. Buenos Aires, 1933.

ALGUNA vez se ha dicho que la historia argentina objetiva, sin pasiones, será hecha por los extranjeros e hijos de extranjeros, animados sólo por el amor a la verdad y a la patria. Es el caso de recordarlo en presencia de este trabajo: el doctor Levene ha estudiado brillantemente una época que es difícil por su complejidad y por el cristal teñido con que se le ha mirado siempre.

El doctor Levene tiene realizada una vasta labor historiográfica. Obras suyas alcanzaron difusión tan envidiable como la lograda por sus *Lecciones de historia argentina*; obras suyas obtuvieron consagraciones como el primer premio nacional y el de la Raza conferidos a su libro sobre Moreno y la Revolución de Mayo. Ninguna, sin embargo, tiene la trascendencia del ensayo que comentamos. Sólo algunos capítulos del libro sobre Moreno pueden aparearse por la masa documental puesta a la luz y aprovechada para rehacer partes de nuestra historia; no lo aventajan en la "aprehensión" del devenir histórico, en la precisión del pensamiento y de la expresión, en la objetividad y decisión con que diverge de la opinión consagrada.

En un párrafo encierra Levene la esencia del año 20: "Estos hombres de 1820 observaron el problema —que estaba por otra parte a la vista desde 1810— pero, sin advertir su complejidad, aspiraban a resolverlo con admoniciones, especie de sondajes al sentimiento de unos pocos, pero no golpearon la conciencia de la inmensa masa social que permanecía insensible e ignorante, sólo sacudida con violencia los días en que había que utilizarla para la guerra exterior o las revoluciones intestinas". Ricardo Rojas ha señalado en *La Argentinidad* el proceso, inconcluso en 1810, de la descomposición política del Virreynato: Buenos Aires contra la metrópoli; las intenciones contra Buenos Aires, las ciudades de las intenciones contra las capitales de éstas, y agrega, acertadamente, refiriéndose

al proceso posterior de recomposición que en el Río de la Plata "fué uno de los más largos, acaso porque fué una de los más profundamente revolucionarios".

La política inhábil de los directoriales —"facción realista opresora del país", la llama Ramirez—, precipitó ese proceso y de su última etapa da Levene una muestra interesante: "La derrota de Cepeda había creado un estado nuevo en la campaña, produciendo el desbande de sus poblacionns. Abandonada por sus jefes, en muchos lugares se reunían los vecinos y nombraban nuevo comandante. El de Baradero, designado en la forma explicada, se dirigió al gobierno de Buenos Aires, informándole que la campaña estaba sin autoridad, "y habiendo fugado a las islas el comandante militar de este pueblo, sus vecinos se alarmaron, uniéndose para defenderse e impedir el robo que amenazaba a sus intereses por las partidas de ladrones que en esta ocasión se habían diseminado por todos los partidos". En la ciudad no quedaba sino el cabildo y éste acababa de ser lapidado: "los jefes del ejército invasor no reconocían a la autoridad legítima para pactar".

Quedaba así cumplida la primera parte del programa de la Revolución de Mayo expuesto por Moreno: "En esta dispersión no sólo cada pueblo reasumió la autoridad que de consuno habían conferido al monarca, sino que cada hombre debió considerarse en el estado anterior al pacto social".

Por esto puede afirmar el autor que "en 1820 hay algo más que ambición insana, venganzas personales y guerras de facción, y aun contando con estos mismos hechos que fueron fermentos de aquella hora, se puede afirmar que la anarquía tiene un aspecto institucional: aquel desorden engendró una organización". Es que debía cumplirse la segunda parte del programa de la Revolución, expuesto por su genial vocero: "La autoridad del monarca retrovertió a los pueblos por el cautiverio del Rey; pueden, pues, aquellos modificarla, o sujetarla a la forma que más les agrade, en el acto de encomendarla a un nuevo representante".

El paso intermedio es difícil y así lo vaticinó Moreno mismo con tono agorero: "consideramos que los pueblos, así como los hombres, desde que pierden la sombra de un curador poderoso que los manejaba, recuperan ciertamente una alta dignidad, pero rodeada de peligros que aumentan la propia inexperiencia: temblemos con la memoria de aquellos pueblos que por el mal uso de su naciente libertad no merecieron conservarla muchos instantes".

*

Una de las creaciones de ese proceso de reconstrucción es la provincia de Buenos Aires como organismo político, asunto en que el autor concentra la atención. Hasta 1820, Buenos Aires era jurisdicción de la autoridad nacional: necesitó ésta caer para ser aquella una provincia como las demás. Los órganos principales de ese nuevo organismo fueron el gobernador y la Cámara de Representantes. A uno y otra compitió una tarea ardua: rearticular la sociedad civil y política. Así concebido el momento histórico, "pasan a ocupar otros planos secundarios, reducidas sus proporciones, la explosión episódica de la crisis, brutal pero desbordante de la vida".

Para reemplazar al Cabildo, sentenciado a muerte, se reunió un cabildo abierto, porque, como dice Levene, la Revolución no había creado otro procedimiento para consultar la voluntad del pueblo. Allí se resolvió elegir una Cámara de Representantes "y así surgió de origen tan discutible y en la hora más peligrosa de la borrasca, la institución típica del gobierno representativo federal, formadora de la autonomía de la provincia de Buenos Aires", junta que "realizó una obra constructiva con intermitencias

y no sin errores, por cierto, más procedentes de los hombres que de las fallas de un sistema".

Sarratea fué el primer gobernador; a los veinte días de ejercicio, el pueblo agolpado, resolvió elegir otro "no por nombramiento de la honorable Junta de Representantes que se halla incompleta sino por votos individuales de todos los ciudadanos que deberán prestarlos por su propia voz, ante el mismo Ayuntamiento". Se eligió a Juan Ramón Balcarce, plebiscitado no sólo por los sufragios regulares sino también por una incontrolable asamblea demagógica: el 9 de marzo, el pueblo reunido en el Cabildo "declaró una, dos, tres y cuatro veces que el nombramiento del señor Balcarce había sido hecho por su libre voluntad, expresada ya antes en la sesión del día 7 en la iglesia de San Ignacio, y que renovaba las omnímodas facultades que le había conferido, y de nuevo le confiere, para que sin consulta alguna obrase en favor del pueblo, de su honor, y libertad". (Por este camino de las facultades extraordinarias siguieron después del usurpador Balcarce los gobernadores legales Ramos Mexía y Rodríguez, que dieron así antecedentes a las de que luego debía abusar Rosas).

Ramírez repuso fácilmente a Sarratea, pero una nueva legislatura nombró a Ramos Mexía —que duró un mes y medio— durante cuya gobernación se sancionó un reglamento, que Levene considera el primer ensayo de constitución bonaerense; fragmentos de constitución, sería más exacto. En sus considerandos se justifican las facultades extraordinarias: "los diputados de 1820 pensaron que era inevitable la dictadura frente a la guerra civil, y para *precaver males de mayor bulto y trascendencia* la legalizaron, pero no por simple y absoluta delegación de facultades extraordinarias, sino limitándola, señalándole atribuciones y aun rodeándola de un Consejo". Los juristas que había en la Legislatura debían recordar al Dictador romano.

Pero todo fracasó. ¿Por qué? Dice Levene: "Una vez más, en 1820 —como había sucedido en casi todo el curso de la década revolucionaria— el problema político es complejo sin duda, pero radica también en la ausencia del grande hombre. La dirección de los acontecimientos está en manos de Tomás Manuel de Anchorena o de Ildefonso Ramos Mexía, que no se sobreponen a sus propias pasiones. Con inspiración patriótica combaten a los "anarquistas" más que a la anarquía, proyectan una carta constitucional de la Provincia, pero no tienen la visión del horizonte político que es el presente y el porvenir de todas las Provincias y lo que es más grave, no se desprenden de su pasado inmediato, se empujan obcecadamente por la vuelta al gobierno del círculo o la minoría depuesta, no obstante sus reiteradas renunciadas. Cayeron vencidos una vez más por la fuerza sublevada. Pero el poder militar, como instrumento de difícil uso que se destruye a sí mismo, sería incapaz de defender el orden y entonces aparecerá, frente a la ciudad dividida en bandos, la fuerza de la campaña. Precisamente será Rosas, el hombre representativo de 1820, el sostén de las instituciones.

Así se ve cómo 1820 es la maduración del año 10 y cómo es la semilla que producirá el ascenso de Rosas en 1829. Este criterio —que no tiene otro nombre que criterio histórico— es el que está mejorando el conocimiento de nuestra historia. La nomenclatura administrativa o militar no es sino indicio de algo más profundo. Mientras no se llega a las corrientes íntimas no hay historia verdadera. Y sin esa historia verdadera sólo puede haber nacionalismo verbal. La verdadera historia prueba que la República Argentina es un solo organismo en maduración. Y el verdadero nacionalismo será el que infiltre en los espíritus la conciencia de la continuidad nacional.

Por esto el trabajo de Levene tiene también una importancia no menos grande que la científica: la patriótica. Merece, pues, todos los aplausos, sin reticencias.

NARCISO BINAYÁN.

PSICOLOGIA

El amor y el genio. — El amor como factor del intelecto humano, por Carlos Sfondrini. — Editorial Poblet. Madrid-Buenos Aires, 1932.

DESDE un tiempo a esta parte trátase de estudiar al *genio* por la *biología*, como antaño intentóse una interpretación del genio por la *fisiología*, la demencia, la frenología, y ahora por el *instinto sexual*, conforme al método freudiano y al muy nuevo del eximio Marañón. Prosaicamente podríamos afirmar que la *genialidad* ha bajado de la cabeza a los pies, y ha perdido por *descenso* su gerarquía culminante. El profesor C. Sfondrini en su reciente libro estudia el amor en el genio, y con tal motivo baja a la parte "clandestina" de sus almas. En el capítulo *La función sexual y el genio*, sostiene el autor que el "genio transforma su energía sexual en energía psíquica creadora". A continuación explica: "Las energías sexuales no gastadas pueden utilizarse así en casi todas las diversas manifestaciones de la vida física, afectiva e intelectual: la ciencia, el arte, la religión, la filosofía, la filantropía, la industria, etc., todas pueden promoverse por el uso de la tendencia sexual no satisfecha, con el desvío hacia el cerebro de su energía dinamoenergética". Sin embargo, cabe responder: los hombres *satisfechos*, como Goethe, v. gr., llegaron a la *genialidad*, sin continencia ni abstinencia. ¿Qué "energía dinamoenergética" pudo Goethe —para tomar un solo ejemplo *faústico*— enviar al cerebro, del *menos* vital, genético, si vivió constantemente abusando de esa su formidable capacidad para amar? Sacristán, el agudo criterio y psicólogo, ha señalado con acierto el proceso amoroso de Goethe en la creación de sus obras, desde el Werther hasta el segundo Fausto; por otra parte, sus numerosas exégetas, entre ellos el escritor Donoso, en Nosotros, han apurado el análisis erótico del titán de Weimar.

Sostenemos con Alberto Palcos, que "el genio es el más alto grado del equilibrio endócrino y nervioso". "La longevidad es una de sus manifestaciones inequívocas", agrega el autor de *El genio*. Pruebas al canto: el creador del *Fausto* y nuestro gran Sarmiento, citados por Palcos en su libro y por Ingenieros en *El hombre mediocre*. "On ne peut aborder la psychologie de l'amour sans parler de l'instinct sexuel", ha dicho Dumas en su célebre *Tratado*. Mas estudiar al genio desde el punto de vista sexual es empresa excesivamente arriesgada. Por otra parte: "Difícilmente se define al genio: pero se le reconoce", como en el bello juicio de Ricardo Rojas sobre Sarmiento.

En el terreno sexual tenemos muchos genios *estériles* y *prolíficos*. Palcos ha anotado una serie de ellos en su denso ensayo. Algunos de ellos enamoráronse en su edad senil, como el grave Diderot, de la señorita Voland, su ninfa inspiradora.

Ingenieros, con su agudo espíritu crítico, señaló en su hora las deficiencias del *método biológico* para observar al genio, el *santo moral* de su doctrina. "La exégesis del genio sería enigmática si se limitara a estudiar la biología de los hombres geniales", afirmó el filósofo en *El hombre mediocre*. Medite sobre este tema el señor Sfondrini, y ponga oído atento al juicio del más grande psicólogo de nuestra época.

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

VARIOS

La Juventud y la Lucha, por *Carlos Alberto de Pierris* (h.). La Plata.

Hoy nadie duda que vivimos una época revolucionaria. Los problemas que se debaten actualmente —sociales, económicos, artísticos, pedagógicos— han dividido a los hombres en dos bandos. No se admiten términos medios. Unos se han aferrado al pasado y defienden sus instituciones; otros más evolucionistas despliegan sus energías, dispuestos a imponer nuevas doctrinas para fundamentar una naciente religión, distinta de las anteriores, una religión —entendiéndose ésta con el sentido y criterio no sólo ético, sino profundamente humanitario y de justicia social— en la que desaparecen las asperezas de clases, haciendo imperar un ideal de libertad que está a la altura de los tiempos.

“Si hablar de la juventud es tarea difícil y peligrosa, hablar a la juventud es labor temeraria”, nos dice Carlos Alberto De Pierris al iniciar su interesante primer libro, *La Juventud y la Lucha*, recientemente aparecido, fruto de sus 18 años bien inspirados y noblemente encarrilados.

Ardua, difícil tarea le corresponde a la juventud sana y luchadora. De Pierris explica el comportamiento de ella frente al ambiente hostil e indiferente; analiza los graves males que la aquejan y a los cuales debe sobreponerse; da soluciones acertadas y, de acuerdo con las opiniones de talentosos autores, que han dedicado su pensamiento, experiencia y saber a los problemas educacionales, a la educación sexual de los jóvenes; con fina sensibilidad y sutileza aborda el complicado y vasto tema del amor noble y elevado, y de la amistad engendrada por un sentimiento puro; nos introduce, con resolución decidida, en las escuelas de la vida: el optimismo y el pesimismo; nos habla, con calor y vehemencia, del idealismo y su influencia sobre el carácter; tiene palabras de crítica sincera, espontánea, a la vez que justa y meditada en lo concerniente a las modalidades de la juventud; y en todo el transcurso de su estudio —poniéndose cara a cara con la realidad y con la tragedia biológica y moral, de la que son víctimas las presentes generaciones juveniles— enseña a “ser jóvenes espiritualmente”, corroborando en su pensamiento valiosas citas y paradigmas.

Los problemas que apasionan a De Pierris están en el ambiente; son de palpitante actualidad; mas, ya sea por cobardía o indiferencia, se callan. Aquí está anotado su mérito y su valor al expresarse clara y valientemente. En el capítulo que trata de la juventud argentina, nos lleva a una atmósfera real, verdadera; nos pone en contacto con muchos jovencuelos superficiales, pesimistas, enfermos mentales que adoran el cine y el deporte exclusivamente, olvidando delicados problemas de argentinidad; y la casi totalidad de las jovencuelas frívolas, coquetas. Estas afirmaciones derivan de la observación diaria en reuniones, en fiestas, en bailes...

En un punto estamos en disidencia con De Pierris: en lo referente a la expresión, “El arte por el arte”. Parece ignorar que la mencionada expresión ha surgido en el período caótico de post-guerra y debió haber sido explicada con una síntesis de la historia del arte. Confundió el origen con la finalidad que le otorgan pseudos artistas, utilitarios y mercantilistas, trayendo como solución de que el arte debe ser hecho por el arte mismo, pero desconociendo que esa fórmula es hueca, pobre, mezquina y egoísta; fórmula que reduciría y hasta anularía la creación artística, y, en consecuencia, está en pugna con los demás principios que sostiene en la obra. La corriente que arrastra hoy las ideas del arte, no debe olvidarlo. De Pierris, aboga por el sentimiento y la emoción realizando lo humano. El movimiento y la agitación de las masas, las características raciaies de

los pueblos, el ambiente exterior e interior que el artista respira, palpa, admira y se hace carne en su espíritu privilegiado, completan la obra de arte.

Nuestro deseo hubiera sido conducir con serenidad, con amplios comentarios, al lector, a través de las 204 páginas brillantes del volumen promisor, que van desde el lirismo a la polémica sin disminuir nunca en intensidad emotiva ni mantenerse por debajo del nivel del pomposo título lleno de sugerencias, pero nos hubiera llevado muy lejos, y este motivo nos obligó a limitarnos. Queremos decir una cosa muy simple. Esto es: los jóvenes tienen el deber de leerlo; más, la obligación ineludible de medir y meditar sobre sus propias fuerzas que, en numerosos casos, llegan al aniquilamiento, se hacen peso muerto, masa inerte para la lucha incesante, sin tregua, de los hombres que aspiran a una cultura nueva y superior.

ROMUALDO BRUGHETTI.

NOTAS Y NOTICIAS SOBRE LIBROS

UN ejemplo de cómo debieran ser impresos nuestros clásicos para las escuelas nos lo ofrece en su más reciente publicación el Instituto de las Españas en los Estados Unidos, centro de cultura hispánica fundado en la Universidad de Columbia en 1920, hoy dirigido por Federico de Onís. Se trata de una cuidada edición de la breve novela de Galdós, *Torquemada en la hoguera*, destinada a todas las personas de habla española lo mismo que a los maestros y estudiantes de nuestra literatura en aquel país. La ha cuidado Angel del Río, director de publicaciones. Suya es la Introducción y suyas las notas, ambas exhaustivas. Abarca la primera, seguida de una bibliografía muy nutrida, cerca de cuarenta páginas, en las cuales el prologuista "ha tratado de resumir, juntamente con algunas ideas propias, las de varios críticos que como Menéndez y Pelayo, Onís, Madariaga, Walton y otros, representan a su juicio, de un modo claro y comprensivo, la actitud más admitida ante un escritor que, por su proximidad e importancia, no ha sido todavía definitivamente valorado". Esta edición ofrece además un texto de renglones numerados de 5 en 5, como se acostumbra para los fines del estudio y análisis, procedimiento aquí rara vez usado en libros de esta índole: por el prof. Moglia en una edición de *El sabor de la tierra*, por el prof. Halperin en algunas ediciones de clásicos españoles de la Biblioteca de Humanidades que fundó sin éxito, por D. Santiago Lugones en su edición del *Martín Fierro*, y no recordamos más. Y al final, una serie de temas de estudio sobre el estilo de Galdós, el carácter de Torquemada, la sociedad española del siglo XIX, el fondo histórico de la novela, etc. Bien se ve, una edición escolar, en el mejor sentido de la palabra, sencilla y completa.

COMENTAMOS en el número anterior, un grueso cuaderno de VERBUM, revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, todo él formado de estudios filosóficos. Merece ser destacado también el que inmediatamente le ha seguido (Nº 82), dedicado enteramente a Goethe, con motivo de su centenario. Han escrito para este cuaderno ilustres escritores extranjeros y algunos profesores argentinos: Vossler, Baldensferger, Farinelli, Golde, A. L. Mayer, Alfonso Reyes entre los primeros; los doctores Capello, Franceschi, Keiper y Ramos, entre los segundos. Unos y otros estudian en bellos ensayos aspectos diferentes de la múltiple personalidad de Goethe. El director de *Verbum*, profesor Angel J. Battistessa, que ha organizado este número con ejemplar dedicación, publica

en él un riquísimo *Breviario goethiano*, formado con aforismos, pensamientos o simples referencias biográficas espigados en las obras del escritor, en sus conversaciones famosas o en su correspondencia, y traducidos y anotados por el propio Sr. Battistessa. Completan el libro —que lo es este cuaderno de *Verbum*— entre otros materiales (Goethe y Spinoza; una cronología bibliográfica; la crónica de las conmemoraciones goethianas en Buenos Aires; una presentación de los colaboradores), treinta y una ilustraciones excelentes, todas ellas acompañadas a su vez de otra ilustración literaria, sacada de las obras del poeta, ofrecida en alemán y en su versión castellana. El todo ordenado y explicado con singular acierto y presentado con sumo esmero tipográfico. En resumen, un libro de los que se conservan y un esfuerzo merecedor del más justo encomio.

—**E**DITADO por la casa La Laziale, de Roma, la señorita Ninnina Satta de Médici acaba de publicar un breve libro, titulado *Amore Rusitano*, en que cuenta, en forma de diario, la pasión de un campesino siciliano por una maestra primaria enviada a enseñar en un pequeño y primitivo pueblo de campaña. La protagonista, que es la misma autora, de condiciones sociales, intelectuales y morales muy superiores a las de su pretendiente, se ve obligada al final a valerse de un subterfugio para recuperar su libertad, sacrificando el puesto.

Son en total 65 paginitas de una prosa límpida, fresca, un poco infantil a veces, pero llena de sinceridad y no carente de alguna que otra observación interesante. No sólo está puesto bien en evidencia el carácter del amoroso pastor, sino también el de la misma maestra que, en su femineidad educada, revela virtudes y defectos inherentes al sexo y a la categoría social a la que la misma pertenece.

*
* *

Salvador Rueda.

VIEJO y ciego, Salvador Rueda vivía ya olvidado, en la tierra donde nació, frente al mar y a las vegas fértiles. Al morir ya su nombre había desaparecido de la circulación; pero su influencia, aunque la nieguen, apóstatas o noveleros, seguía marcando las nuevas generaciones poéticas, a través de evoluciones y revoluciones.

Quienes escriban la historia de la poesía de lengua española en el siglo XIX tendrán que conceder a Salvador Rueda un puesto de precursor y de renovador, indefectiblemente.

Fué el poeta instintivo e intuitivo. Reaccionaba frente al paisaje, a las almas, a los hechos, como ciertos cuerpos cuando se encuentran en contacto con otros: por una ley superior. Si su cultura, que nunca trató de acrecentar, se hubiera profundizado, su influencia habría adquirido mayor importancia.

Rueda nació poeta y se contentó con serlo sin darle trascendencia a esa innata condición.

Su verso, ampuloso, fresco y colorido, como la expresión de los hijos de la tierra andaluza, que lo vio nacer, surgía con espontaneidad y fluidez. Tales fueron sus principales méritos.

De aquella incultura que hemos señalado y de estas virtudes primarias, nació la fuerza natural renovadora de Rueda, en el ambiente academizante y anquilosado de la poesía española de fines del siglo XIX.

Una vez más, desde el pueblo, en sus hondas raíces, venía la sabia renovadora. Era uno de abajo, algo tosco, ingénuo, pueril, que decía la verdad.

Rueda, ya hombre de edad, corrió tierras de América y fué nuestro

huésped. Se había pedido ya, entonces, la muerte del cisne, en todos los tonos. El uso y el abuso de los modelos gratos a quienes Rueda tanto influenció, había traído una degeneración que convenía contener. Tierras calientes lo agasajaron con más efusión que comprensión.

Callado ya, honrémoslo diciendo en su tumba la palabra justa y reconociendo la evidencia que tantos negaran.

Un banquete de solidaridad americana del P. E. N. ---ab

EL sábado 22 celebróse en el Plaza Hotel la comida que el P. E. N. Club ofreció a los escritores uruguayos exilados con motivo de los acontecimientos políticos de que ha sido teatro el país vecino: Emilio Frugoni, Gustavo Gallinal e Ismael Cortinos, y también del escritor chileno Arturo Torres Ríosco, de paso por Buenos Aires. Fué una hermosa fiesta de confraternidad intelectual, a la cual concurrieron escritores de las más diversas opiniones políticas, todos vinculados por el sentimiento de manifestar su adhesión y simpatía a los nobles espíritus a quienes se agasajaba.

Verdadera fiesta de camaradería, culta y cordial, sin ninguna nota disonante. La ofreció el nuevo presidente del P. E. N. Club, Juan Pablo Echagüe, con el conceptuoso discurso que más abajo publicamos. Las palabras improvisadas con que contestaron los cuatro escritores agasajados, pusieron asimismo una nota de dignidad y emoción en la fiesta: Frugoni, elocuente como siempre, y noblemente sereno en la adversidad; Torres Ríosco, muy interesante en la información que dió sobre la misión intelectual que le ha traído hasta la Argentina; Cortinos, bellamente familiar y conmovedor; Gallinal, sobrio y denso. Fernández Moreno leyó una fina selección de su "Cuadernillo de Montevideo".

Además de los nombrados, asistieron los siguientes comensales: Sra. de Torres Ríosco, Sra. de Arturo Capdevila, Luisa Israel de Portela, Alfonsina Storni, María Alicia Domínguez, Margarita Abella Caprile, Juan B. Terán, Manuel Gálvez, Gustavo Martínez Zúvira, Alfredo Colmo, Roberto F. Giusti, Alfredo A. Bianchi, Arturo Capdevila, Julio Navarro Monzó, Julio Noé, Antonio Aita, Emilio Suárez Calimano, Folco Testena, Enrique Loncán, E. M. S. Danero, Ernesto Morales, Guillermo de Achával, Carlos Alberto Leumann, Jorge Nelke, Manuel Augusto Domínguez, M. López Palmero, Max Dikmann, Narciso Binayán, Juan Canter, Pablo Giosi y Edgardo Domínguez.

DISCURSO DE JUAN PABLO ECHAGÜE

Estamos en familia.

Los poetas, críticos, ensayistas, políticos y dramaturgos de Chile y del Uruguay que nos han hecho el honor de aceptar este convite, son nuestros parientes cercanos por la raza, por la tradición, por el espíritu y por el sentimiento. Tal es la impresión que vuestros amigos y admiradores del P. E. N. Club Argentino quisieran que guardaseis de vuestra estada en Buenos Aires, y de esta sencilla acogida confraternal.

Ved en ella el testimonio de nuestra solidaridad con vuestras fecundas actividades artísticas y pensantes, en cuanto las mismas importan la afirmación de una conciencia suramericana. Porque entendemos que a la afirmación de esa conciencia tiende nuestro esfuerzo común.

La persigue usted, Dr. Torres Ríosco, en su sabia obra de escritor y de maestro, que tan sutilmente analiza y exalta en el libro y en la cátedra de las Universidades estadounidenses las literaturas hispánicas de América; poniendo al servicio de su agudeza de crítico su raro don de estilista, sin que su austeridad de profesor nos haga olvidar su conmovedor lirismo de poeta. La persigue usted, Dr. Frugoni, en su acción de

político cuyas ideas sociales nos aparecen también tocadas de generoso lirismo: como que tras el parlamentarista elocuente y el polemista recio, se oculta el portalira de *Los himnos* y el panegirista de *Su ciudad*, himno de entrañable amor a la tierra maternal. La persigue usted, doctor Gallinal, en sus fuertes ensayos a lo Addison y a lo Montaigne, así como en su constante colaboración en nuestros diarios; colaboración que ayuda a mantener el contacto entre el sentir y el pensar de argentinos y uruguayos.

Y en cuanto a usted, mi querido Dr. Cortinas —camarada de horas que se presentan a mi memoria cubiertas de hojas secas—, no ha dejado tampoco de perseguir la afirmación de la conciencia suramericana luchando en la arena política de su propio país. ¡*Politique d'abord!*!, ha dicho Charles Maurras. Lo cual significa que para que los artistas puedan vivir y trabajar en paz en una nación, es ante todo necesario perfeccionar y consolidar sus instituciones.

Pero yo vuelvo los ojos a nuestros días juveniles y evoco el estreno en un teatro porteño de aquella pieza que tituló usted *Cosas de América*. ¿No hemos de ver ahora en ese título un signo de las inquietudes que al iniciarse en la brega lo solicitaban? “Estoy dispuesto a perseverar en esa labor, la que más place a mi espíritu”, me escribió usted por entonces. Permitame reclamarle el cumplimiento de su olvidado propósito. Aun es tiempo. Todos los que conocemos su talento literario, anhelamos la vuelta del político pródigo a sus primeros amores...

He querido y debido pronunciar este breve brindis de bienvenida bajo la advocación de la solidaridad americana; pero no olvido que países hermanos se acometen y desgarran cruelmente en estos momentos, a impulso de fuerzas trágicas que se sobreponen a los principios de nuestro humanitarismo ideal. No nos desalentemos por eso, y por eso mismo reconfortemos nuestras aspiraciones en pro de la fraternidad de la raza. Luchemos porque la paz y la concordia se restablezcan pronto en la gran familia de estos pueblos latinos, a los cuales por mandato de la stirpe y de la historia, les corresponde la misión de prolongar y acrecentar en el futuro la gran herencia civilizadora de la Roma antigua.

Señores: Porque vuelvan a reinar pronto la connaturalización y la paz en nuestra América, y por la felicidad personal de cada uno de vosotros.

A propósito del fascismo alemán

Romain Rolland ha entregado a Europe, la gran revista francesa de ideas, un manifiesto contra el régimen de fuerza que impera en Alemania. Se publicó en el número del 15 de marzo. Como en este manifiesto se apela a todos los voceros de la opinión, tanto de Europa como de América, Nosotros cumple con el deber de traducirlo y reproducirlo. Dice:

La peste gris ha sobrepasado, de un golpe, a la peste negra. El fascismo hitleriano ha acumulado en cuatro semanas más indignas violencias que en diez años su maestro y modelo, el fascismo italiano. El incendio del Reichstag, del cual se sirve torpemente para legitimarlas, es un acto de grosera provocación policial, por el que nadie, en Europa, se ha dejado engañar. Denunciamos a la opinión del mundo estos atentados y estas mentiras —toda la fuerza pública puesta en manos de un partido de reacción violenta, toda autorización oficial concedida de antemano al crimen, toda libertad de palabra y de pensamiento estrangulada, la insolente intrusión de la política hasta en las Academias, de las que son expulsados los raros escritores y artistas que han conservado la valentía de su opinión, el arresto de los hombres de mayor consideración, no solamente

en los partidos revolucionarios, sino entre los socialistas y los liberales burgueses; la instauración del estado de sitio sobre la Alemania entera, la suspensión de las libertades y de los derechos elementales sobre los cuales reposa la civilización moderna—. Apelamos, para que se junten a nuestra protesta, a todos los escritores, a todos los portavoces de la opinión, a todos los de Europa y América, sea cualquiera el partido a que pertenezcan, que sientan la sensación del indigno ultraje hecho a la dignidad esencial del hombre y del ciudadano, y la solidaridad que nos liga a todos aquéllos que luchamos contra el terrorismo desencadenado de una reacción sin escrúpulos y sin freno.

ROMAIN ROLLAND.

*
* *

—**G**ERMÁN Müller, que acaba de fallecer prematura y repentinamente, caballero de origen alemán, natural de Cuba, radicado desde su juventud en la Argentina, fué un buen amigo de Nosotros. Vinculado a sus directores por los lazos de la amistad, por ellos se vinculó a la revista. No era un escritor; era un hombre de negocios, pero su gusto era finísimo y amaba la frecuentación de los artistas y con pasión las artes, sobre todo la música. Fué en los últimos años comensal asiduo de nuestros banquetes, y siempre un amigo seguro de la revista, pronto a ayudarla con entero desinterés en los momentos difíciles. Por eso su muerte inesperada nos ha conmovido sinceramente, emoción que expresó nuestro director Roberto F. Giusti, también en nombre de Nosotros, en el acto de la cremación de sus restos.

—**S**ALUDAMOS afectuosamente a los escritores uruguayos exilados por el régimen de fuerza que ha sustituido al libre juego de las instituciones democráticas en el país vecino: Emilio Frugoni, Gustavo Gallinal e Ismael Cortinas. Frugoni es un viejo y buen amigo de Nosotros. En esta casa se le quiere y se le admira. Tribuno y parlamentario elocuentísimo este propagandista y legislador socialista, tan disertado y persuasivo como conceptuoso maestro en la cátedra —en la hora del exilio, era decano de la Facultad de Derecho de Montevideo—, crítico y poeta, representa el tipo del político completo, en quien se junta a la voluntad de acción, noblemente enderezada a fines colectivos, una inextinguible curiosidad intelectual y un exquisito gusto artístico. Dos bellas figuras intelectuales son asimismo la de Gustavo Gallinal, pensador, ensayista, crítico vigoroso y elegante, y la de Ismael Cortinas, de importancia significativa sobre todo en la historia del teatro rioplatense.

Nosotros espera que la tristeza del exilio, que les augura sea breve, les será aliviada por el afecto de los argentinos, del cual ya se les ha ofrecido una expresión muy simpática en el banquete de que informamos más arriba.

—**E**s nuestro huésped el escritor chileno Arturo Torres Ríosco. Desde las universidades norteamericanas donde sucesivamente ha enseñado (actualmente es profesor en la de California), Torres Ríosco se ha vinculado con todos los escritores de América, que valoran en él al culto poeta moderno, al informador estudioso y al crítico sagaz. Su libro sobre Rubén Darío, comentado en Nosotros recientemente por César Barja, da la medida de sus sobresalientes aptitudes de biógrafo y crítico. Torres Ríosco está recorriendo el continente, becado por la fundación Guggenheim, con el propósito de trazar un cuadro completo de la novela americana. Nosotros no duda que el crítico sabrá ser digno por su agudeza, impar-

cialidad y seguro criterio estético de la vastedad y riqueza del asunto escogido.

—**C**ON motivo del cincuentenario de Venado Tuerto, la Comisión de Festejos ha organizado un certamen literario, con un tema único, un *Canto a Venado Tuerto*, en metro de libre elección, con tres premios, uno de \$ 250 y flor de oro, uno de \$ 150 y medalla de oro, y un tercero, con medalla de oro y diploma. Los premios serán adjudicados en los juegos florales que se celebrarán con motivo de las fiestas del cincuentenario, con la consiguiente elección de la reina de la fiesta por el poeta premiado, y lectura pública de su trabajo. Los envíos, si la comisión no ha postergado los términos, pueden hacerse hasta el 10 de mayo al Presidente de la Comisión Directiva Pro Festejos Cincuentenario de Venado Tuerto, en las condiciones usuales en estos certámenes —escritura a máquina, pseudónimo, un sobre menor con el nombre del autor y en el dorso el pseudónimo adoptado, etc. El jurado se expedirá dentro del mes. Nuestro director Alfredo A. Bianchi ha aceptado formar parte del jurado.

—**L**EÓN Kochnitzsky, el corresponsal viajero de *Les Nouvelles Littéraires*, que hace poco tiempo fué nuestro huésped, en su jira a través de América ha ido dejando en cada uno de sus países, representantes literarios de *Les Nouvelles*. En la Argentina ha sido nombrado representante nuestro colaborador y amigo Antonio Aita, ex-crítico de arte de NOSOTROS y autor de varios libros de ensayos críticos.

—**E**L P. E. N. Club de Buenos Aires, renovó el 11 de Abril sus autoridades. Manuel Gálvez, presidente cesante y animador del P. E. N. Club, informó sobre las gestiones de la comisión directiva en los últimos tres años. A continuación se discutieron y aprobaron los nuevos estatutos y se procedió a elegir las nuevas autoridades. La Comisión Directiva ha quedado constituida en la siguiente forma: presidente, *Juan Pablo Echagüe*; secretario, *Antonio Aita*; tesorera, *Margarita Abella Caprile*; vocales: *Carlos Ibarguren*, *Gustavo Martínez Zuviria*, *Rafael Alberto Arrieta*, *Oliverio Girondo*, *B. Fernández Moreno* y *Eduardo Mallea*.

—**L**A Unión Internacional de los Escritores Revolucionarios, con residencia en Moscú, nos solicita la publicación de las bases de un concurso para la creación de una obra literaria antiguerrera de grande alcance.

Las obras deberán estar dirigidas de un modo explícito contra la guerra imperialista y el imperialismo. Serán aceptadas las pertenecientes a cualquier tendencia literaria, sin excepción, aunque preferidas las que puedan alcanzar a las masas de obreros, campesinos, empleados, y a la juventud. Tampoco se hace excepción de ningún género artístico: serán aceptados cuentos, novelas, poemas, reportajes, ensayos, panfletos, escenas dramáticas, etc. Se instituyen dos primeros premios: uno para el mejor poema contra la guerra; otro, para la mejor obra en prosa, cada uno de 300 dólares y un viaje de dos meses a través de la Unión Soviética, así como dos segundos premios, a los cuales corresponderá el mismo viaje; cuatro terceros premios, cada uno de un viaje de menor duración; además cuarenta menciones públicas con premios de menor importancia. Todas las obras premiadas serán editadas por la UYER y remuneradas además de los premios que les sean otorgados.

Los envíos deberán hacerse a más tardar hasta el 1º de junio de 1933. Los manuscritos serán enviados a esta dirección: *Union Internationale des Ecrivains Révolutionnaires, Moscou, U. R. S. S. Boite Postale 850*, y llevarán la mención: *Concurso internacional*. El jurado será compuesto de

escritores soviéticos e internacionales conocidos y su constitución precisa será anunciado próximamente.

—**H**A regresado de Europa, José León Pagano, que por iniciativa del Instituto de Cultura Itálica e invitado por el Instituto Fascista de Cultura, que preside el filósofo Gentile, asistió en Roma, y después en Milán, a la inauguración de la primera Muestra de Pintura Argentina.

Pagano, profesor, conferenciante, ensayista, autor dramático, crítico de teatro, de letras y de arte —desde largos años crítico de arte de *La Nación*—, hijo además de padres italianos, y formado en sus mejores años en los centros artísticos de Milán y Florencia, ha sido un representante más autorizado de la cultura argentina en cuanto se siente vinculada al espíritu italiano, que quienes en estos últimos tiempos se han trasladado con tal título. El telégrafo ha comunicado también que Pagano se propone dirigir la publicación de una colección de biografías de los italianos que ilustraron su nombre en la Argentina. Entre los colaboradores llamados a participar, según las noticias recibidas, en esta obra, figura nuestro director Roberto F. Giusti.

—**E**L correo de la Unión Soviética ha rechazado uno de los números recientes de *Nosotros*, el 281, de octubre. "Interdit a l'entrée par l'Administration des ouvrages de presse" — dice el sello. Hemos ojeado atentamente el cuerpo del delito y no hemos encontrado otra posible explicación de la censura que el hermoso ensayo de Carlos N. Caminos que encabezaba ese número, sobre *El crepúsculo de la civilización occidental*, cuyas predicciones pesimistas tal vez hayan parecido enervantes para los pocos y selectos espíritus que en Rusia reciben a *Nosotros*. Deploramos este incidente que prueba dos cosas: la intolerancia en que el mundo ha caído (porque aquí, aunque a la inversa, el correo procede de modo parecido) y la necedad de los censores, así pertenezcan a la burocracia burguesa o a la soviética.

—**L**A *Regia Università Italiana per Stranieri de Perugia*, anuncia sus cursos de vacaciones para julio, agosto y setiembre próximo. Ya informamos ampliamente el año pasado (véase N^o 274-5), sobre estos cursos de alta cultura, especial de etruscología, de perfeccionamiento de los profesores de lengua italiana en el extranjero, de lengua italiana y de literatura italiana, historia civil e historia del arte, con todas las ventajas y distracciones de turismo que se ofrecen a los estudiantes. Los ilustres profesores que enseñaron el año pasado continuarán sus cursos sobre sus respectivas materias, así como otros señalados docentes universitarios anuncian para este año los suyos. Bien sabido es como estos viajes de estudio pueden hacerse con grande economía, gracias a las fuertes reducciones que otorgan las compañías navieras, ferrocarrileras, automovilísticas y de aeronavegación, a los inscriptos en los cursos.

Las informaciones completas pueden solicitarse en Buenos Aires, del presidente del Instituto Argentino de Cultura Itálica, prof. Armando Marotta (Rivadavia 1745), del Secretario de la Cámara de Comercio Italiana (Diag. Pte. S. Peña 680), y en Rosario, del Dr. Julio Lencioni (Corrientes 155).

—**E**L escritor italiano Antonio Valeri, se propone ofrecer a algunos editores peninsulares, la versión, que él mismo haría, de algunas novelas de vida moderna y ambiente castizo escritas por autores argentinos y, en general, sudamericanos. Nos pide por consiguiente que hagamos conocer su propósito desde estas páginas, a fin de que los interesados le envíen sus libros y sus propuestas. Su dirección es: *Via Eustachi 53, Milán*.

—HEMOS recibido —desgraciadamente con tardanza que nos obliga a limitar esta nota a un simple aviso de recibo— varios prospectos de la Unión Panamericana y ensayos editados en mimeógrafo, material destinado a facilitar la celebración del día de las Américas, instituido tal por los gobiernos americanos a sugestión de la Unión Panamericana. En la sesión del 7 de mayo de 1930 fué presentada la moción por el entonces embajador del Brasil, señor Gurgel do Amaral, con el objeto, consignado en los considerandos de la resolución de la Unión, que ese día “se establezca como simbolo conmemorativo de la soberanía que asumieron las naciones americanas y de unión voluntaria de todas en una comunidad continental”.

Nosotros aplaudimos los propósitos ideales de la Unión Panamericana, pero recordamos a propósito de Panamericanismo el libro que nuestro colaborador, el doctor Ernesto Quesada, publicó después de concurrir al Congreso Panamericano de Washington, de enero de 1915.

—NUESTRO colaborador Arturo Montesano Delchi, que escribió en el número 284 de NOSOTROS, sobre el libro *Debout, les vivants de Victor Margueritte*, ha recibido del ilustre escritor la siguiente esquila a propósito de su artículo:

Man cher confrère: J'ai lu avec grand intérêt l'article que vous avez bien voulu, dans NOSOTROS, consacrer à *Debout les Vivants*.

Laissez moi vous dire que, dans mon esprit, la question du referendum est, par le temps qui court, secondaire. Je n'y ai vu qu'un clou où suspendre une nouvelle discussion sur la Paix, fonction du Désarmement intégral. Comme vous je pense que ce qu'il faut, d'abord, abatte c'est le capitalisme, et cette anarchie économique qu'est le prétendu ordre social actuel... Mais à chacun sa tache, je ne suis qu'un sèmeur d'idées sentimentales, vous l'avez dit, ce qui ne m'empêche pas d'avoir écrit, vingt fois, du capitalisme ce que vous en pensez vous même. Et, en attendant que les efforts conyugues des hommes d'action et des hommes de pensée en soient venus à bout, j'estime que tout ce qui peut donner au peuple conscience de sa valeur et de sa force n'est pas “de efectos nulos”. Mes meilleurs sentiments. — VICTOR MARGUERITTE.

—EL extenso estudio sobre *La crítica literaria en la Argentina*, publicado por nuestro director Roberto F. Giusti en el número de enero de NOSOTROS, ha tenido una simpática resonancia en los círculos intelectuales, no sólo argentinos sino también del extranjero. *Les Nouvelles Littéraires* del número de marzo le dedica una larga nota, calificándolo de “muy documentado” e “indispensable para quien quiera estudiar el asunto en el futuro”, en la cual, el cronista, Armando Pierhal, traduce varios párrafos de aquel estudio.

También ha recibido el crítico el siguiente juicio espontáneo del ilustre filólogo Karl Vossler, que fué el año pasado nuestro huésped:

“Acabo de leer en NOSOTROS (diciembre 1932) con mucho gusto y provecho su Historia de la Crítica literaria en la Argentina y me siento obligado a decirle qué rico, discreto y amable en toda su objetividad me parece su magnífico ensayo. Los conceptos y los individuos ahí se presentan apreciados como se deben. Su obligadísimo, KARL VOSSLER.”

NOSOTROS.

N O S O T R O S

Año XXVII - Tomo LXXVIII

ÍNDICE

	<u>Página</u>
A	
Acuña Angel	La escuela en el régimen de organización de la Instrucción Pública Argentina 113, 291
Aller Angel	Romance de los siete cerros (Estampa) 135
Amadeo Tomás	Algunas cosas antiguas 69
Atlán Ariel	El porvenir de la inteligencia .. 60
B	
Babini José	Poesía y Matemáticas 139
Balseiro José A.	Poesías 29
Barreda Ernesto Mario	Ricardo Jaimes Freyre 285
Bastianini Delfina M. y V. de	Plegaria (versos) 82
Bollo Sarah	Poesías 134
Browning Webster E.	El cáliz sagrado de Antioquia. 48
Bunge Augusto	A propósito del libro más sensacional del momento: "Upton Sinclair presenta a William Fox" 257
C	
Clulow Ana Amalia	Fernán Silva Valdés 188
Cortina Augusto	En el reino de la melancolia (versos) 278

	D	<u>Página</u>
Diez M. Rogelio	Por tierras de Pelayo	166
Dirección La	Luis María Jordán (con retrato)	342
F		
Ferraría Mayorino	Elogios líricos (versos)	332
G		
Giusti Roberto F.	La socialización de la tierra	195
Goldmann Dina R.	La gran aventura de Sócrates .	336
González Juan B.	En torno a la moderna estilística	5
L		
Luisi Luisa	Poesías	131
M		
Marasso Arturo	Al escritor José de San Martín (Elegía)	164
Menéndez Barriola E.	Panorama de nuestra cultura ..	175
Montesano Delchi A.	Rabindranath Tagore, filósofo (con retrato de Planas)	33
" " "	Rabindranath Tagore, patriota.	149
" " "	Rabindranath Tagore, pedagogo	307
P		
Pillepich Piero	Poetas argentinos	225
Portnoy Antonio	Albert Samain y su crítico más reciente	321
S		
Suárez Calimano E.	Letras Hispano Americanas ...	84
" " "	Letras Hispano Americanas: Carlos Reyles	209
Terán Juan B.	Ricardo Jaimes Freyre (con re- trato)	280

CRONICA

La Biblioteca Nacional, 109. "Les Nouvelles Littéraires", 109. Sobre los cursos de la escuela activa para maestros, 110. La enseñanza de la Biblioteca Quesada, 111. "El Diario" (número extraordinario), 111. Manuel Pedro González, 112. El Partido Aprista Peruano ante el conflicto de Leticia, 112.

Anuario de "La Razón", 255. Las ediciones fraudulentas, 255. Enrique Diez Canedo, 256.

Salvador Rueda, 358. Un banquete de solidaridad americana del P.E.N. Club, 359. A propósito del fascismo alemán (Mensaje de Romain Rolland), 360. Germán Müller, 361. Emilio Frugoni, Gustavo Gallinal e Ismael Cortinas, 361. Arturo Torres Rioseco, 361. Canto a Venado Tuerto, 362. Antonio Aita, 362. El P.E.N. Club de Buenos Aires, 362. Concurso Literario de la Unión Internacional de los Escritores Revolucionarios, 362. José León Pagano, 363. La censura soviética, 363. La *Regia Università Italiana per Stranieri di Perugia*, 363. El escritor italiano Antonio Valeri, 363. El día de las Américas, 364. De Victor Margueritte a Montesano Delchi, 364. A propósito de *La crítica literaria en la Argentina*, de Roberto F. Giusti, 364.

ARTÍCULOS BIBLIOGRÁFICOS

Lobodón Garra: *La tierra maldita* (Pablo Giosi), 92. Renata Donghi de Halperin: *Relatos de la vida gris* (Pablo Giosi), 93. Aníbal Ponche: *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina* (Porfirio Fariña Núñez), 95. Rafael Pineda Yáñez: *La manceba de Juan Manuel de Rosas, María Eugenia Castro* (J. A. Rodríguez Morel), 96. Juan Filloy: *¡Estafan!* (M. Llinás Vilanova), 98. Enrique M. Amorim: *La carreta* (Fernán Silva Valdés), 98. José Torre Revello: *La virgen del Buen Aire. Juan José de Vértiz y Salcedo. El gremio de plateros en las Indias Occidentales* (Enrique de Gandía), 100. Abel Romeo Castillo: *Los gobernadores de Guayaquil del siglo XVIII* (Enrique de Gandía), 102. Emílio de Matteis: *Storia della civiltà argentina nelle fonti letterarie* (Enrique de Gandía), 104. Victor Margueritte: *Débout les Vivants!* (Arturo Montesano Delchi), 105.

José Martínez Jerez: *Linterna mágica* (Augusto Cortina), 233. Alfredo Tarruella: *Cantos para Hilda* (Augusto Cortina), 236. Carlos Alberto Leumann: *El país del relámpago* (Jorge Nelke), 237. Rosalba Aliaga Sarmiento: *Freda Malaver* (Pablo Giosi), 237. Victor Mercante: *Cuentos* (Porfirio Fariña Núñez), 239. Alfonso Reyes: *Horas de Burgos* (Enrique Mallea), 240. Ricardo Donoso: *Barros Arana, historiador y hombre público* (Enrique de Gandía), 242. Julio C. Larrea: *Cuestiones educacionales del ambiente nacional* (Porfirio Fariña Núñez), 244. Essad Bey: *Stalin* (H. B. Delio), 245. A Montesano Delchi: *Naturismo* (C. La Gamma), 246.

F. Cossio del Pomar: *Con los buscadores del camino* (Enrique Mallea), 348. Alberto Hidalgo: *Actitud de los años* (Augusto Cortina), 350. Ricardo Levene: *La anarquía de 1820 en Buenos Aires, desde el punto de vista institucional* (Narciso Binayán), 352. Carlos Sfondrini: *El amor y el genio* (Porfirio Fariña Núñez), 355. Carlos Alberto de Pierris: *La juventud y la lucha* (Romualdo Brughetti), 356.

NOTAS Y NOTICIAS SOBRE LIBROS

- M. L. Smith de Lottermoser: *Cachitos de verdad*, 107. Clemente B. Greppi: *El niño moderno*, 107. Victor y Paul Margueritte: *La Comuna*, 108. Mario Verdaguer: *Las mujeres de la revolución*, 108. Anibal Ponce: *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*, 108.
 Benito Pérez Galdós: *Torquemada en la hoguera*, 357. Verbum: *Goethe*, 357. Ninnina Satta de Médici: *Amore Rusticano*, 358.
 Libros y folletos recibidos en enero, febrero y marzo 250

LAS REVISTAS

- Verbum* (Nº 83, febrero), 254. *Espero* (Génova), 254. *L'Italia Letteraria*, 255.

INFORMACIÓN FILOSÓFICA, por Francisco Romero.

- El Segundo Congreso Polaco de Filosofía 231
 Una sociología de los sexos. Una filosofía de la cultura. Filosofía etérea. Calendario 345